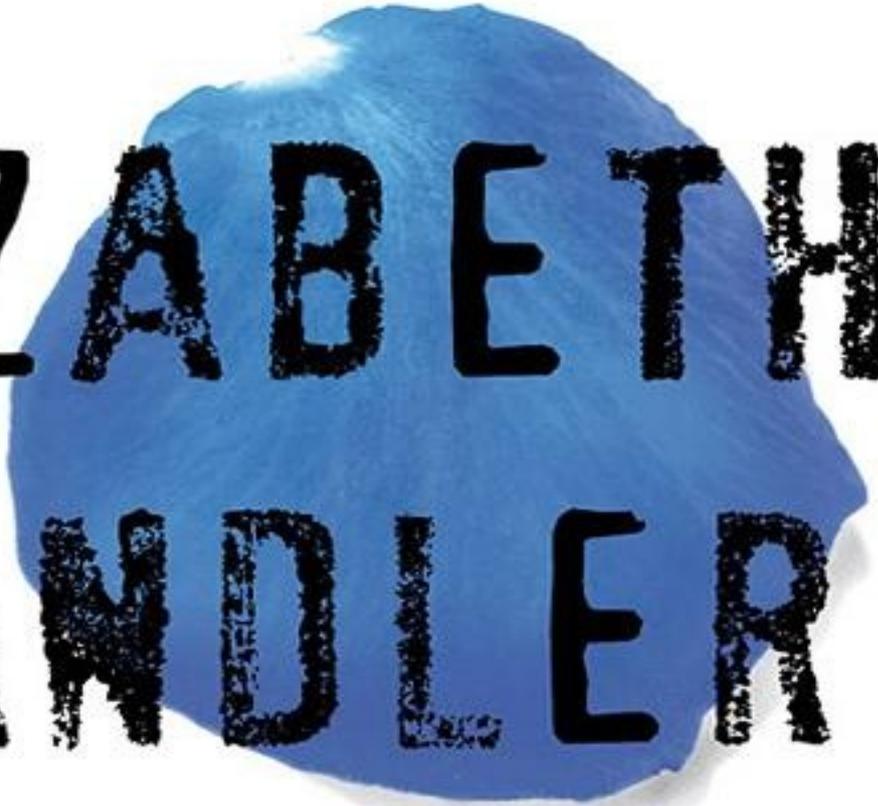




**ALMAS**

**CRUZADAS**



**ELIZABETH**

**CHANDLER**



Lectulandia

Hace un año que Tristan murió. Ivy y sus amigos deciden pasar el verano en la playa, trabajando en el pequeño hotel de la tía de Beth. A todos les apetece poner un poco de distancia con los lugares de siempre, tan marcados por la ausencia de Tristan. Son días muy difíciles, y tienen que pasar página, cada uno a su manera. Ivy sólo tiene ganas de pasear junto al mar con sus amigos, pero un fatal accidente de tráfico acaba con su vida...

Tristan, en el más allá, sabe que a ella todavía no le ha llegado su momento y le da un beso que la devuelve a la vida... Cuando al fin Ivy despierta en el hospital conoce a Guy, un chico un tanto extraño y misterioso que ha perdido la memoria. No se habían visto antes pero, sin embargo, a ella le resulta extrañamente familiar... Pronto se harán inseparables, como lo eran ella y Tristan... ¿Puede éste haberse colado en el cuerpo de un desconocido?

Lectulandia

Elizabeth Chandler

# Almas cruzadas

Besada por un ángel II

ePub r1.0

sleepwithghosts 16.07.14

Título original: *Evercrossed*  
Elizabeth Chandler, 2011  
Traducción: Mireia Carol Gres

Editor digital: sleepwithghosts  
ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Puck, mi compañero de oficina, que  
estuvo ronroneando mientras yo escribía  
todos y cada uno de los capítulos*

## PRÓLOGO

Tras despertar, estuvo pensando largo tiempo.

No había ninguna esperanza. Y cuando no había esperanza, uno tenía dos opciones: desesperarse o vengarse. Los cobardes y los inútiles se desesperaban. Él se vengaría.

Venganza. La palabra en sí le daba fuerzas.

Pero debía andarse con cuidado, actuar con astucia. Había cosas que no sabía, cosas que no podía recordar.

Se acordaba de las palabras, pero no de dónde procedían, quizá de algún libro antiguo. No importaba; las hizo suyas: «Mía es la venganza».

Si no hubiera perdido el corazón, estas palabras habrían estado grabadas en él:

«Mía es la venganza».

«Mía es la venganza».

«Mía es la venganza».

—Escuchad. Es sobrecogedor.

La bruma nocturna, que olía a sal tan intensamente como el mar, se arremolinó en torno a Ivy y a su mejor amiga, Beth. El anticuado columpio del jardín en el que estaban sentadas crujió y se detuvo.

—Escuchad —repitió Dhanya—. Está... quejándose.

—Tranquilízate, Dhanya —le respondió Kelsey. Estaba repanchigada en una tumbona blanca de madera entre el columpio y los escalones de la entrada de la cabaña, en los que se había acomodado Dhanya—. ¿Es que no has oído nunca una sirena de niebla?

—Claro que sí. Pero esta noche parece tan triste, como si estuviera...

—Gimiendo..., lamentándose, susurrando, suspirando, llorando mientras espera a su amante, que jamás regresará del mar —dijo Beth. Acto seguido, rebuscó en su bolsillo y sacó un pequeño bloc de notas y un bolígrafo para garabatear aquellas palabras que, gracias a la sirena, podría incluir en su siguiente epopeya romántica.

Kelsey echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada.

—No has cambiado nada, Beth. Incluso sigues llevando encima ese viejo bolígrafo. ¿Por qué no escribes en el iPhone?

—¿Aquí? —contestó Beth—. ¿En este lugar en que famosos literatos estamparon sus palabras sobre papel a la luz de lámparas que quemaban aceite de ballena mientras la lluvia azotaba sin piedad los techos de pizarra de sus casuchas, y el viento bajaba aullando por el hueco de sus chimeneas, y no lejos de su puerta el violento oleaje rompía en infinitos...?

—Vale, vale —repuso Kelsey, agitando con impaciencia una pierna en dirección a su prima—. Lo pillo.

Ivy se echó a reír. Beth la miró de reojo y se unió a sus risas.

Desde que llegaron al cabo Cod cuatro días antes, Ivy tenía la impresión de que Beth y Will, el novio de Ivy, estaban continuamente pendientes de cómo respondía ella a las cosas. Ivy sospechaba que no era la única que pensaba en el aniversario de la muerte de Tristan, a finales de junio. Ivy había querido a Tristan más que a nadie o a nada en el mundo. La alegría que sentía cuando estaba con él no se asemejaba a nada que hubiera experimentado jamás. Que él la amara le parecía un milagro. Pero el 25 de junio se cumplía un año del comienzo de la pesadilla que habían vivido el verano anterior, un año desde la noche en que el hermanastro de Ivy, Gregory, había tratado de asesinarla y, en su lugar, había matado accidentalmente a Tristan.

—La niebla es tan espeluznante —prosiguió Dhanya—, el modo en que invade un

lugar, la forma en que oculta las cosas...

La tarde de otoño en que murió Gregory había niebla. Al final, su deseo de destruir a Ivy era tan intenso que había pasado por alto el peligro al que él mismo se exponía. Cuando se precipitó a la muerte desde el puente del ferrocarril, Ivy y Will apenas si podían distinguir las rocas y el río que había debajo.

Un ruido sordo y amenazador hizo que Beth mirara hacia atrás.

—¿Eso ha sido un trueno?

Kelsey suspiró.

—Ojalá estallara una tormenta y acabáramos de una vez.

—¿Dónde está Will? —le preguntó Beth a Ivy, con tono preocupado.

—Pintando —le respondió ella, mirando en dirección al granero, donde Will se alojaba.

El granero restaurado —que formaba parte del pequeño hotel Seabright— se hallaba a tan sólo unos cuarenta y cinco metros de la casita. Aquella noche estaba a oscuras. El edificio albergaba tres suites para invitados, pero aquella segunda semana de junio Will era su único ocupante, y las ventanas de su habitación no daban a la cabaña de las chicas. Las luces del edificio principal, situado al otro lado del jardín, eran una serie de manchas amarillas entre la niebla.

—Odio este tiempo —dijo Kelsey, tirando de su largo cabello castaño como si así pudiera alisárselo. Se lo dejó caer sobre los hombros—. Se me está declarando un caso severo de pelo crespo. A ti también, Ivy.

Ivy sonrió y se encogió de hombros. Su cabello estaba siempre hecho una maraña dorada.

—Me parece increíble que la tía Cindy no instalara el cable en la cabaña —siguió quejándose Kelsey—. ¡Yo no voy a ver la tele en la «sala común», con sus alfombras de nudos, su porcelana vieja y sus flores! No puede culparme si me voy a Chatham a divertirme.

—Es casi medianoche y, con esta niebla, no podrás ver la carretera —le advirtió Dhanya a su mejor amiga—. Will tiene cable en el granero —añadió.

—Si está pintando, deberíamos dejarlo tranquilo —intervino Beth.

Los destellos rosados de unos relámpagos iluminaron el cielo por el oeste. Los truenos sonaban más fuertes, más próximos.

Kelsey hizo una mueca.

—En una noche así, lo único que se puede hacer es ir a un bar que ofrezca retransmisiones deportivas o celebrar una sesión de espiritismo.

—¡Una sesión de espiritismo! ¡Es una idea genial! —exclamó Dhanya—. Iré a por la tabla de ouija.

Ivy se dio cuenta de que Beth se agitaba, incómoda, en el columpio.

—Me parece que yo paso —les dijo Beth.

—Yo también —terció Ivy, al ver lo intranquila que estaba su amiga. Supuso que, para Kelsey y para Dhanya, comunicarse con los espíritus era un juego con el que animar las fiestas. Pero Beth era vidente, y el año anterior había presentado en varias ocasiones el peligro que acechaba a Ivy.

—¿Pasáis? ¿Por qué? —las retó Kelsey—. ¿Es que las sesiones de espiritismo son demasiado infantiles para unas chicas de Connecticut como vosotras?

—No. Son demasiado reales —respondió Beth.

Kelsey arqueó una ceja, pero no dijo nada.

Dhanya se puso en pie. Era bonita y menuda, con un cabello largo y sedoso y unos oscuros y exóticos ojos.

—A mí se me dan bien las sesiones de espiritismo y demás cosas de tipo paranormal. En el instituto, la gente siempre me pide que le lea el tarot.

—Sí —repuso Kelsey, balanceando sus largas y atléticas piernas, que colgaban del reposabrazos de la tumbona—. Cuando mis amigas venían a dormir a casa, Dhanya era la estrella.

Kelsey se acercó al columpio y tiró de Ivy hasta obligarla a levantarse.

—Venga. Tú también, Beth. No seas aguafiestas —amonestó a su prima.

Una vez que Kelsey y Dhanya hubieron entrado en la cabaña, Ivy se volvió hacia Beth.

—Todo irá bien —le dijo en voz baja.

—No les he hablado del verano pasado, ni de Tristan ni de Gregory ni de nada.

Ivy hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Se imaginaba el asombro de Kelsey si le contaban que Tristan había regresado en forma de ángel para proteger a Ivy de Gregory y que Beth había sido la primera en comunicarse con él. No pararía de darles la vara con el tema.

—Lo único que quieren es pasar el rato.

—¿Y no te molesta? —Beth escrutó con expresión preocupada el rostro de Ivy.

Cuando se conocieron, hacía ya dos inviernos, Ivy había pensado que Beth tenía el aspecto de un maravilloso búho. Ahora, su amiga tenía la cara más delgada, su cabello castaño claro, que formaba unas capas parecidas a plumas, había crecido, y lucía un estiloso corte hasta la barbilla; pero sus ojos azules seguían siendo tan grandes y redondos como los de un búho, sobre todo cuando estaba intranquila.

Varios meses antes, Ivy había comprendido el porqué de toda la propaganda de su amiga en favor de pasar el verano en el cabo Cod. Según Beth, era una tormenta perfecta ideal, una oportunidad para vivir, jugar y trabajar juntas antes de ir a la universidad, y una forma de ayudar a la tía de Beth y de Kelsey. Recién divorciada, la tía Cindy, como quería que todos la llamaran, dirigía su pequeño hotel con un presupuesto muy justo. A cambio de su ayuda, les ofrecía un lugar donde vivir que estaba a escasos minutos del mar, una bahía, marismas de agua salada, senderos para

ir en bicicleta... Pero, sobre todo, lo que Beth deseaba para Ivy, para Will y para sí misma era un verano lejos de Connecticut; Ivy era consciente de ello. Beth estaba decidida a apartarlos de los siniestros recuerdos del verano anterior.

—¿Venís o no? —les gritó Kelsey.

—Cuanto más digamos que no, más insistirán —le musitó Ivy a Beth—. Les seguiremos la corriente.

—Ya vamos —le contestó Beth a su prima.

Entraron en la cabaña de madera, que tenía dos habitaciones en el primer piso, un salón y, justo detrás de éste, una cocina donde Kelsey las estaba esperando. La escalera que conducía al único dormitorio del segundo piso era muy empinada: partía de la cocina y abrazaba la gran chimenea. Ivy y Beth despejaron la mesa que había en el centro de la cocina mientras Dhanya sacaba el tablero de ouija de debajo de su cama. Kelsey registró los armarios y los cajones de la cocina en busca de velas.

—¡Ajá! —Exhibió un paquete de seis velas de té de color rojo oscuro que olían a arándanos.

—Deberíamos usar velas blancas —aconsejó Beth—. El blanco atrae a los buenos espíritus. Iré a buscar unas cuantas al hotel.

—No, éstas servirán —se obstinó Kelsey.

Dhanya puso el tablero y la tablilla sobre la mesa.

—Sentaos —ordenó Kelsey, mientras colocaba las velas en círculo alrededor del tablero.

Ivy miró a Beth por encima de la mesa y le sonrió, esperando aliviar la tensión que detectaba en los hombros de su amiga, que estaban muy rígidos. Beth sacudió la cabeza y, luego, miró con el ceño fruncido el tablero dispuesto entre ellas.

Con el fin de que Dhanya pudiera leerlo todo con mayor facilidad, colocaron invertidas las tres filas del alfabeto, las hileras de números y, en la parte inferior del tablero, la palabra «ADIÓS». La palabra «SÍ» estaba impresa en la esquina más próxima a Ivy, y «NO», en el ángulo cercano a Beth.

—Intentad no volveros locas de emoción, chicas —dijo Kelsey, cerrando la puerta trasera de la cabaña para que no hubiera corriente. Encendió las velas, apagó las luces del salón y de la cocina, y se sentó frente a Dhanya—. ¿A quién vamos a convocar? —inquirió—. ¿Quién ha muerto hace poco? ¿Alguien famoso, alguien perverso...? ¿Alguna buena idea?

—¿Qué os parece esa chica de Providence que asesinaron hace unos meses? —sugirió Dhanya.

—¿Qué chica? —preguntó Kelsey.

—¿No te acuerdas? Esa a la que su antiguo novio estranguló. ¿Caitlin? ¿Karen?

—Corinne, creo. —Kelsey aprobó su sugerencia con un gesto de la cabeza—. Amor, celos y asesinato. Una combinación imbatible.

—La persona con la que entras en contacto debería ser alguien que conoces —recomendó Beth—. Tienes que saber su nombre a ciencia cierta y además, importantísimo, tienes que estar segura de que tu contacto es un espíritu benévolo.

Kelsey la miró con desdén.

—Todo el mundo cree que sabe más que nadie.

Beth prosiguió:

—Con un tablero de ouija, haces algo más que charlar con un espíritu; estás abriéndole a ese espíritu un portal para entrar en tu mundo.

Dhanya desdeñó la idea con un rápido movimiento de la mano.

—Sé por experiencia que resulta más fácil si abres la comunicación con cualquier espíritu cercano conocido y dispuesto. Por favor, unid vuestras manos —las instruyó—, la izquierda encima de la derecha.

Beth siguió a regañadientes las instrucciones. Dhanya echó la cabeza hacia atrás y entonó:

—Espíritu errante, hónranos con tu presencia. Tú has visto lo que nosotras no podemos ver, has oído lo que no podemos oír. Te pedimos humildemente...

—Parece que estemos en la iglesia —interrumpió Kelsey—. Vamos a acabar con la Virgen María.

—De hecho —intervino Beth—, antes de empezar deberíamos rezar una oración para protegernos.

—¿Rezarle a quién, Beth? —repuso Kelsey—. ¿A ese ángel de piedra que hay entre la cama de Ivy y la tuya?

—Yo no le rezo a ninguna figurita —contestó Beth, cortante. Y luego añadió en una voz más suave—: Al ángel o al guardián que tú quieras, sea el que sea.

—No es preciso —insistió Dhanya—. Estamos sentadas en círculo. Eso nos protegerá.

Beth frunció los labios y meneó la cabeza. Cuando cerró los ojos como si estuviera llorando, Ivy pronunció en silencio su propia oración. Se dijo que la incredulidad de Kelsey impediría que sucediera nada, pero comenzaba a sentir cierto recelo.

—Colocad el dedo índice sobre el señalador —les indicó Dhanya—. Espíritu, te invitamos a unirte a nosotras esta noche. Tenemos muchas preguntas que hacerte y nos alegraría recibir tus respuestas. Por favor, haznos saber si te encuentras presente. —Y les dijo a las demás—: Esperaremos en silencio.

Esperaron. Y esperaron. Ivy oía a Kelsey dar golpecitos con el pie por debajo de la mesa.

—Muy bien —dijo Dhanya—. Moveremos lentamente la tablilla en círculo sobre el tablero. Eso ayuda al espíritu a reunir la energía necesaria para comunicarse.

Movieron la pieza triangular en el sentido de las agujas del reloj, evitando el

alfabeto y los números.

—No tan rápido, Kelsey —advirtió Dhanya.

Desplazaron la tablilla una y otra vez, describiendo círculos tan suaves y continuos como el gemido de la sirena. De pronto, la tablilla se detuvo. Parecía como si se hubiera quedado enganchada en algo. Ivy levantó la vista al mismo tiempo que Beth, Dhanya y Kelsey. Sus ojos se encontraron por encima del tablero.

—No empujéis —aconsejó Dhanya en voz baja—. Dejad que el espíritu tome el mando. Dejad que el espíritu nos guíe.

El señalador volvió a ponerse en movimiento. Se desplazaba con fuerza, como si estuviera empujando consigo el dedo de Ivy. Ésta observó con atención las manos de Kelsey y Dhanya, buscando un tendón flexionado o un dedo tenso, cualquier pequeña señal de que una de ellas lo estaba moviendo. Ahora, volvía a trazar un círculo. Ivy se percató de que se estaba desplazando hacia atrás.

Su mirada se posó en los rostros que la rodeaban. Los ojos de color avellana de Kelsey centelleaban, con más sorpresa que malicia, al parecer.

Dhanya tenía la mirada baja; se estaba mordiendo el labio. A la luz titilante de las velas, Beth parecía pálida.

La tablilla describió otro círculo en sentido contrario al de las agujas del reloj. Y luego otro más. Ivy contó los círculos: seis.

—Tenemos que ponerle fin a esto —dijo Beth, inclinándose hacia adelante.

La tablilla se movió más de prisa.

—Acabad con esto —espetó Beth, alzando bruscamente la voz. Fuera se estaba levantando viento. Ivy lo oía silbar en la chimenea.

—¡Acabad con esto ahora! —gritó Beth—. Llevadlo hasta ADIÓS.

Se oyó el retumbar de un trueno.

—¡Desplazad el señalador hasta «ADIÓS!».

Pero parecía como si una voluntad fuerte e inexorable no les permitiera hacerlo. El señalador se movía con mayor rapidez mientras seguía describiendo círculos en sentido contrario al de las agujas del reloj, como si la fuerza fuera a perforar el tablero. Los ojos de Dhanya se dilataron de terror. Kelsey soltó un taco. Ivy tenía la impresión de que la punta del dedo le ardía allí donde mantenía contacto con la pieza triangular.

—Está creando un portal. Tenemos que...

Un trueno y un destello de luz interrumpieron las palabras de Beth. La puerta principal se abrió y se cerró de golpe. Unos cristales se hicieron añicos.

La boca de Beth se abrió en un grito inaudible. Kelsey medio se puso en pie, con la mano aún sobre el señalador. Dhanya se echó hacia atrás, encogiéndose de miedo en la silla. En un segundo destello de luz, Ivy vio que las tres muchachas estaban paralizadas.

—¡Ángeles! Ángeles, protegednos —rezó, esperando que la oración no llegara demasiado tarde.

Kelsey se precipitó hacia el interruptor de la pared. Un instante después de encender la luz volvían a estar sumidas en la oscuridad. La lluvia se abatía contra las ventanas. Una ráfaga de aire que se coló por la chimenea llevó consigo un olor a quemado.

Con mano temblorosa, Dhanya intentó volver a encender las velas de té apagadas. Kelsey le cogió a Dhanya el encendedor y terminó de prenderlas.

—¿Hay alguien en casa? —gritó una voz masculina.

Ivy lanzó un suspiro de alivio.

—Will, estamos aquí dentro. Se ha ido la luz. ¿Qué ha pasado? —le preguntó en cuanto él entró en la cocina—. ¿Qué ha sido ese estrépito?

—El gato, creo. Me dirigía hacia aquí cuando ha estallado la tormenta. Justo cuando he llegado a la cabaña, el aire ha abierto la puerta. La he cruzado a toda prisa, y *Dusty* ha entrado volando detrás de mí.

Las chicas cogieron las velas y fueron al salón. El gato anaranjado estaba en un rincón encogido de pánico.

—¡Mira que eres miedica! —le dijo Kelsey a *Dusty*—. Vaya estropicio has hecho.

Una lámpara, varios vasos sucios y un montón de conchas marinas yacían en el suelo cerca de la mesita auxiliar que había junto al sofá. Kelsey puso de pie la lámpara e intentó enderezarle la pantalla. Will recogió los pedazos más grandes de cristal roto.

—Traeré una escoba —dijo Beth, hablando por primera vez desde que les había gritado al final de la sesión de espiritismo.

—Ten cuidado —le advirtió Ivy a Will cuando éste intentó recoger los fragmentos más pequeños.

Él se volvió a mirarla durante unos instantes, con el oscuro cabello revuelto por la tormenta; los ojos castaños del chico brillaban suavemente a la luz de las velas.

Dhanya estaba sentada en el sofá, con los puños cerrados en el regazo. Ivy se sintió tentada de rodearla con el brazo, pero no sabía si ella se lo tomaría bien.

—La tormenta está amainando —dijo en tono tranquilizador.

Dhanya asintió con la cabeza. Ivy fue a por el gato y lo llevó hasta el sofá. Eran más de nueve kilos de felino, un coon de Maine con mechones de pelo de color crema en la punta de las orejas. Ivy le rascó a *Dusty* la barbilla y, a continuación, enterró los dedos en el collar de pelo que, como si se tratara de un león, le rodeaba el cuello. Dhanya miraba al gato, pero no parecía que le apeteciera acariciarlo.

Beth regresó con una escoba, un recogedor y una bolsa de plástico embutida bajo el brazo. Will puso el recogedor en la posición adecuada y, ayudándose de la escoba,

echó en él el cristal. Ivy no podía distinguir la cara de Beth, pero vio a Will levantar la vista, estudiar a su amiga unos segundos, levantar el brazo hasta el lugar en que la mano izquierda de Beth sujetaba el mango de la escoba y cubrir la mano de ella con la suya.

—¿Estás bien?

—Sí.

La expresión del rostro de Beth no debió de ser muy convincente, pues Will mantuvo su mano sobre la de la chica.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —repuso Beth, retirando la mano para agarrar de más arriba el palo de la escoba y proseguir con la limpieza.

Ivy frunció el ceño, molesta consigo misma por haber accedido a celebrar la sesión de espiritismo. La gente llevaba meses vigilándola y cuidándola, y por eso había interpretado la preocupación de Beth como un ejemplo más de la sobreprotección con que su amiga siempre la trataba. Debería haberse dado cuenta de que también Beth necesitaba protegerse de los recuerdos y los miedos del verano anterior.

Habían acabado de ponerlo todo en orden cuando llegó la tía Cindy, ataviada con un impermeable amarillo. «Ni la lluvia, ni la nieve, ni la oscuridad de la noche detienen a la tía Cindy», había comentado Beth en una ocasión acerca su tía favorita. Tenía casi cuarenta años, era menuda pero fuerte, y tenía una mata de cabello, del mismo rojo apagado que el de *Dusty*, que le llegaba a la altura de los hombros.

—El otro día quería daros esto —dijo, abriendo una caja de cartón con tres linternas de acampada que funcionaban con pilas. Le entregó una a Will y miró al gato.

—¿Qué te pasa, *Dusty*?

—La tormenta lo ha asustado —respondió Ivy.

—Pero si nunca habías tenido miedo de las tormentas —reprendió la tía Cindy a su gato—. Creo que estás fingiendo. Has hecho todo un descubrimiento, con cuatro chicas aquí para alimentarte y mimarte. —Se volvió hacia Will—. Ni se te ocurra. Tú tienes tu propia habitación.

Will se echó a reír con buen humor.

—Y ahí es adonde voy.

—Vale, ¿alguien necesita algo más? —inquirió la tía Cindy.

—No —contestó Kelsey.

—En tal caso os veré a todos mañana a las seis y media en la cocina. Habéis hecho un trabajo fantástico estos días, pero mañana, cuando lleguen los huéspedes para pasar el fin de semana, sabréis por primera vez lo que es un hotel lleno. Procurad dormir.

Will le lanzó a Ivy una mirada que era un dulce y largo beso a distancia; luego posó los ojos en Beth, como comprobando una vez más que se encontraba bien, y siguió a tía Cindy bajo la lluvia.

—¿Que Kelsey le dijo a la tía Cindy qué? —exclamó Ivy la noche siguiente, cuando Beth, Will y ella pillaron una mesa en Oliva's, una heladería de Orleans, una población del cabo.

—Que Dhanya y ella iban a reunirse con nosotras aquí. Le dije que, si me preguntaban, yo no iba a encubrirlas.

—A esos chicos de Chatham —intervino Will—, ¿de qué los conoce Kelsey?

—No los conoce —respondió Beth—. Así es ella. Creedme, no hay quien la detenga. Yo lo aprendí por las malas los veranos que pasamos juntas cuando íbamos al instituto.

—Bueno, será mejor que mañana vuelva dispuesta a trabajar —repuso Will mientras, arrastrando las sillas sobre el entablado del suelo, las apartaba para sentarse—. Yo no voy a sacarle las castañas del fuego.

Había sido un largo día para ellos, habían estado poniéndolo todo en condiciones después de la tormenta y adaptándose al ritmo que les marcaba el flujo constante de clientes que iban llegando, así como sus múltiples demandas. Kelsey había dicho que no se encontraba bien y había vuelto a la cabaña temprano, pero, milagrosamente, a la hora de cenar ya estaba recuperada. Tanto Beth como Dhanya tenían dolor de cabeza, pero aguantaron hasta el final a base de aspirinas y té.

En lugar de té, Ivy había tomado un poco del potentísimo café de la tía Cindy —el de la cafetera de la cocina, no el café más suave que servían a los huéspedes y que preparaban especialmente para ellos—. No recordaba los sueños que la habían tenido revolviéndose y dando vueltas en la cama la noche anterior; lo único que sabía era que Tristan aparecía en ellos.

Una vez sentados en la heladería, Will abrió un bloc de notas de espiral y se puso a dibujar.

—Tu amigo llega tarde —dijo Will.

—No, somos nosotros quienes hemos llegado pronto —tranquilizó Ivy a Beth, quien se había puesto nerviosa de repente a causa de su cita y les había pedido a Will y a Ivy que la acompañaran—. Estás muy guapa.

Beth se alisó tímidamente el pelo. Como le gustaban las telas estampadas de todo tipo, a Ivy le daba a veces la impresión de que su amiga iba vestida con papeles pintados que había combinado sin ton ni son. Pero aquella noche, bajo la orientación de Dhanya, Beth se había arreglado con sencillez. El colgante de amatista, que Ivy y Will le habían regalado en su último cumpleaños, destacaba el matiz violeta de sus ojos azules.

—Bueno, ¿cuándo viste a ese chico por última vez?

—En secundaria. Su familia tiene aquí una casa de veraneo. El martes, cuando mamá paró a poner gasolina de camino hacia aquí, no lo reconocí. No creo que él tampoco se diera cuenta de quién era yo. Sólo reconoció a mamá, ella está siempre igual. No sé cómo ha llegado a ser tan alto —prosiguió Beth— ni tan guapo. ¡Es como si uno de mis personajes hubiera cobrado vida!

—¿Y cómo es? —le preguntó Ivy, recorriendo con la vista la multitud.

—Tiene el pelo oscuro y rizado, mucho pelo. Una barbilla fuerte. ¿He mencionado ya que es guapísimo?

—Varias veces en los últimos tres días —contestó Will.

—No sé cómo, ha desarrollado hombros. Quiero decir, unos pectorales de verdad y unos hombros... —explicó Beth, gesticulando con las manos.

Ivy sonrió.

—Por lo que parece, podría ilustrar la portada de una novela romántica.

—Además de los hombros y los pectorales, ¿tiene cerebro? —inquirió Will.

—Sí. Va a la Universidad de Tufts.

—Pues no entiendo para qué necesitas que estemos aquí. —Will parecía malhumorado.

—Bueno, es sólo que tal vez ahora no se me ocurra nada que decir.

Will levantó el lápiz del papel y la miró.

—Beth, ¡llevas años escribiendo diálogos románticos!

—¿Y eso qué tiene que ver con hablar con un chico de verdad? —preguntó ella.

—Hablas continuamente conmigo. ¿Es que yo no soy un chico de verdad?

Ivy se echó a reír.

—Ignóralo, Beth. No lo entiende.

Will miró a Ivy y luego a Beth, y se unió a las risas de la primera.

—Supongo que no —admitió, y le dio la vuelta a su bloc de dibujo, en cuya parte posterior él y Beth probaban nuevas ideas.

Estaban creando una novela gráfica, en la que Beth escribía la historia y Will la ilustraba, acerca de *Ella*, el ángel gato, y su compinche, Lacey Lovitt, un ángel humano, quienes luchaban contra las fuerzas del mal. El hermano de diez años de Ivy, Philip, se lo había pedido.

—Bueno, por lo que respecta a ese nuevo villano... —comenzó Will.

—Es una serpiente —repuso Beth.

—Una serpiente —asintió Will—. Buena idea, es como bíblico.

—Una serpiente con pies —añadió Beth.

—Estupendo —replicó él, haciendo un esbozo con rapidez—. Eso nos da movilidad. Estoy exagerando la cabeza para conseguir espacio. Así podré dibujar muchas expresiones en su cara.

Beth e Ivy se inclinaron hacia adelante, observando cómo, gracias a los hábiles

trazos de Will, iba emergiendo la criatura.

—No, la cabeza es grande, pero así no —objetó Beth de pronto—. Tiene un rostro humano. Tiene ojos con párpados y una boca humana, aunque puede estirarse de un modo espantoso, como una serpiente. —Deslizó la amatista cadena arriba, cadena abajo—. Y unas orejas diminutas —añadió—. Percibe las vibraciones a través de la barriga. Además de oír las palabras, percibe también las emociones, eso es lo que lo hace tan peligroso.

Will levantó la vista del boceto al mismo tiempo que Ivy. Parecía como si Beth, en lugar de inventarse un personaje, describiera algo que estaba viendo.

—Tiene los ojos grises —continuó, tirando de su colgante.

—Yo pensaba en unos ojos amarillos o ámbar —se opuso Will—, de un color como el del fuego.

—Son grises —insistió ella—. Estoy segura.

—¡Elizabeth!

Ivy y Will se volvieron con rapidez hacia un muchacho de cabello oscuro y rizado y ojos grises. A pesar de que el tono de su voz reclamaba atención, Beth no le contestó hasta que Ivy le dio con el codo.

—Hola, Chase —lo saludó, colocándose el pelo detrás de la oreja.

—Veo que has traído a unos amigos —observó el chico—. Qué bien.

Will se puso en pie y le tendió la mano.

—Will O’Leary.

—Y yo soy Ivy.

—Mis dos mejores amigos —explicó Beth a Chase.

—Qué bien —repitió él.

Ivy estudió a Chase, intentando interpretar el «Qué bien». ¿Estaba diciendo que aprobaba a los amigos de Beth o estaba molesto porque los había llevado consigo? Sospechaba más bien esto último.

Los cuatro tomaron asiento y transcurrió un minuto de incómodo silencio. Will volvió a ponerse a dibujar; al parecer, no estaba dispuesto a aportar nada al diálogo romántico de Beth.

—Beth nos dijo que tu familia tiene una casa de veraneo en esta zona —comenzó Ivy—. ¡Qué suerte!

—Aquí, y en los cayos y en Jackson Hole —repuso él—. Agua o nieve, da igual, siempre y cuando pueda esquiar.

—Sí, eso me pasaba a mí —manifestó Will.

Ivy parpadeó sorprendida. Will detestaba la nieve y sus destinos soñados eran la Gran Manzana y París.

—¿Ah, sí? —replicó Chase, aunque no parecía muy interesado.

—Pero eso fue antes de mis tres operaciones.

Ivy sabía que lo único que había en el historial médico de Will eran las vacunas infantiles. Una parte de ella quería darle con el pie por debajo de la mesa, recordarle que debía ser cortés; la otra, echarse a reír.

—Vaya —repuso Chase con escaso entusiasmo.

—Los médicos me dijeron que podía seguir esquiando pero que, si me caía, tal vez no pudiera volver a caminar.

Beth observaba a Will, divertida. Chase parecía no saber si creerle o no.

Ivy meneó la cabeza. Will le lanzó una mirada a Ivy, sonriendo con picardía, y prosiguió con sus dibujos.

—¿Y qué playas y senderos del cabo te gustan más? —le preguntó Ivy a Chase—. Si vienes aquí todos los veranos debes de conocerlos todos.

—Me encanta Billingsgate Island. Tengo pensado llevar a Elizabeth allí mañana.

—¿De verdad? —dijo Beth, sorprendida.

—¿Dónde queda eso? —inquirió Ivy.

—En la bahía, a unos nueve kilómetros y medio de Rock Harbor. Solía estar habitada. Había un faro, casas, una escuela y una fábrica, pero el mar lo arrasó todo. Ahora la isla sólo sale a la superficie cuando baja la marea. —Se volvió hacia Beth—. Iremos hasta allí en kayak y haremos un picnic.

—Es un plan estupendo —dijo ella en voz baja—, pero tengo que trabajar.

—¿Un sábado?

Beth asintió.

—Los fines de semana es cuando hay más trabajo en un hotel.

—¿Y no hay nadie que pueda reemplazarte? —Miró a Ivy, como si ella fuera a ofrecerse voluntaria.

—La tía Cindy nos necesita a todos —le respondió.

Will levantó la vista de su boceto.

—¿Y en qué trabajas tú durante el verano, Chase?

Él no pareció oírle.

—Esperaba que me sorprendieras con una comida fantástica, Elizabeth, algo que tú hubieras preparado sólo para nosotros dos.

Quizá fuera la forma en que dijo «Elizabeth» lo que hizo desconfiar a Ivy, como si aquel muchacho pensara que pronunciando el nombre de una chica podía hechizarla.

—La isla te encantaría —prosiguió él—. En las proximidades hay un barco hundido. Cuando baja la marea, sus viejas costillas emergen del agua. Tiene un aspecto muy misterioso. Te servirá de inspiración para una de tus historias.

—De verdad que lo siento, Chase. ¿Y si vamos la semana que viene?

—Estoy ocupado —contestó él.

—Qué lástima —murmuró Will.

El rostro de Beth traslucía su decepción, pero esbozó una sonrisa y asintió.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Gracias por pedírmelo.

Una camarera se acercó a ellos y les sonrió.

—Eh, Chase, cuánto tiempo sin verte. ¿Has vuelto para pasar el verano?

Chase se estiró y dejó caer una mano, que quedó reposando en la silla de Beth.

—De vuelta hasta que el viento me arrastre en otra dirección.

Will frunció los labios como si fuera a emitir un silbido, pero no llegó a soplar porque Ivy le propinó un rápido puntapié.

—Uno doble de fresa y chocolate —le pidió a la camarera—. ¿Tú qué quieres, Beth?

El pedido llegó en seguida, pero aquélla fue la cita para tomar un helado más larga que Ivy tuvo que soportar jamás. Una de las cosas que le encantaban de Will era que, a excepción de aquella noche, siempre había acogido bien a sus amigos y a su familia. Cuando él e Ivy estaban en compañía, él también disfrutaba con las personas con las que ella lo pasaba bien. Pero Chase era todo lo contrario, parecía un chico de esos que aíslan a una chica con su atención.

A pesar de todo, Beth parecía estar prendada de él, e Ivy hizo cuanto estuvo en su mano para evitar que Will dijera lo que pensaba de Chase una vez que salieron de la heladería. En cuanto Beth se hubo acomodado en el asiento trasero del coche de Ivy, ésta se volvió hacia Will.

—Nada de comentarios —le dijo en voz baja—. No eres tú quien quiere salir con él.

—¡En eso no te equivocas! —exclamó Will, y ambos se echaron a reír.

Al llegar al aparcamiento del pequeño hotel, Ivy y Beth se sorprendieron al ver el Jeep rojo de Kelsey. Hallaron a Dhanya en la cocina comiendo galletas saladas una detrás de otra; al masticar hacía mucho ruido.

—Le he pedido a Kelsey que me trajera a casa —explicó—. Ella ha vuelto a salir con los chicos.

Beth se sentó a la mesa y sacó tres galletitas del envoltorio de plástico.

—¿El dolor de cabeza te provoca náuseas?

Dhanya asintió y masticó despacio.

—Así llevo yo desde ayer por la noche —observó Beth—, y también un poco mareada.

—¿Quieres que vaya a buscar a la tía Cindy? —preguntó Ivy—. Quizá tenga algo en el armarito de las medicinas.

—No, querrá saber dónde está Kelsey.

Ivy siguió a Beth y a Dhanya escaleras arriba con una bandeja de *crackers* y unos tazones de té desteinado, y dejó los tentempiés junto a las camas. El segundo piso de la cabaña era una larga habitación, y la escalera desembocaba cerca de la gran

chimenea de ladrillo que había en el centro. Frente a la chimenea habían construido un pequeño cuarto de baño. Las cuatro camas estaban situadas en las cuatro esquinas de la cabaña, bajo el techo inclinado. Las camas de Beth y de Ivy se encontraban a la izquierda de la escalera; las de Kelsey y Dhanya, a la derecha.

—Es como estar en casa —dijo Dhanya, al tiempo que sacaba el iPod y los auriculares del bolso y se metía en la cama.

—Gracias, Ivy.

Justo antes de que Dhanya se pusiera los cascos, Ivy pilló un fragmento de la canción de *Aladdín*, y sonrió mientras se preguntaba si Disney sería para Dhanya uno de esos elementos del pasado que te aportan bienestar.

Beth se acurrucó en su cama tras cubrirse con una manta ligera. Las noches de junio eran frescas en el cabo. Volviéndose de lado, Beth alargó el brazo hacia la cómoda que había entre Ivy y ella, y dejó que sus dedos reposaran en la figura del ángel. Se dio cuenta de que Ivy la estaba observando y sonrió levemente antes de cerrar los ojos.

Ivy se tumbó boca abajo, mirando por la ventana que había entre su cama y la de Beth. La noche anterior hubo luna nueva, y esa noche un levísimo retal de plata estaba suspendido en el cielo. En el cabo Cod, el aroma de la noche, a sal y a pinos, era más intenso que las pálidas formas que la rodeaban, lo cual hacía que los objetos cotidianos parecieran menos reales. Así era el amor que había compartido con Tristan, más fuerte que cualquier emoción de su vida actual, más fuerte incluso que sus sentimientos hacia Will. Su intensidad aún le hacía daño.

Aunque no podía admitirlo ante nadie, Ivy dudaba que fuera a curarse del todo alguna vez. Por razones que no llegaba a comprender, el verano anterior le habían perdonado la vida; pero, a cambio, debía sentir aquella nostalgia por Tristan. Se secó la mejilla contra la almohada.

La forma en que Tristan la hacía reír, cómo la había convertido en parte de su vida, el modo en que se deleitaba con su música... ¿Cómo iba a olvidar a Tristan?

Se volvió y extendió la mano para tocar el ángel tallado en piedra. Mucho tiempo después se quedó dormida.

La mañana siguiente, mientras Ivy, Beth y Dhanya se vestían para ir a trabajar, Kelsey dormía; la sábana le cubría la cabeza y las plantas de los pies le asomaban por el otro extremo. Las chicas habían llegado a la conclusión de que, si no la despertaban, aquél iba a ser un largo verano en el que ellas se hartarían de trabajar mientras Kelsey se iba de juerga. La sacaron a rastras de la cama y lograron llegar a la cocina del hotel a las 6.33.

Las chicas y Will sirvieron el desayuno en la alegre sala de estar y en el amplio porche, limpiaron las habitaciones, y lavaron sábanas y toallas. El domingo al mediodía, los huéspedes del fin de semana se habían marchado, y Beth y su tía se habían escabullido a Chatham para ir a la iglesia. Beth regresó con aire de estar muy satisfecha de sí misma.

—¡He encontrado un piano para practicar, Ivy! ¡Un piano de media cola!

—El padre John ha dicho que no hay ningún problema en que lo uses —explicó la tía Cindy—. Sólo tienes que llamar antes para estar segura de que haya alguien que te abra la puerta.

Will le dirigió a Ivy una sonrisa.

—Tenemos todo un verano de picnics dominicales por delante —dijo, imaginándose lo impaciente que estaba ella por volver a tocar—. Podemos cambiar nuestros planes para esta tarde: iré a buscarte a la iglesia y daremos un paseo hasta el faro de Chatham.

Ivy lo abrazó agradecida. Terminaron de trabajar y, tras una cena temprana, se marchó corriendo con sus libros de música.

En el interior blanco con vigas de madera de la iglesia de Saint Peter estaba ya anocheciendo, y el resplandor del sol atravesaba los vitrales que cubrían sus muros y teñía las paredes de oro y carmesí. Encima del altar, una vidriera hecha de pedazos de cristal en azules oscuros y verdes mostraba una barca zarandeada en medio de una tormenta y a Jesús con la mano tendida, invitando a Pedro a cruzar las olas.

La madre de Ivy elegía las iglesias más por el ministro que oficiaba en ellas que por sus creencias básicas, de modo que Ivy había frecuentado varias de ellas. En esta iglesia con ángeles en las ventanitas laterales y otro que protegía a un pescador en la ventana circular de encima de la entrada, se sentía como en casa.

Realizó unos ejercicios de calentamiento al piano, tocando escalas, centrándose con cada progresión, disfrutando de la marea ascendente y descendente de las notas. Con la esperanza de encontrar un instrumento, le había pedido a su profesor unas partituras para practicar durante las vacaciones. Empezó con Chopin, encantada con

el tacto de las suaves teclas bajo sus dedos, felizmente concentrada en su esfuerzo por aprender el primer movimiento del concierto para piano.

Una hora después se estiró y se puso en pie. Mientras recorría la pequeña iglesia, hizo unos ejercicios con los hombros. El ángulo del sol había cambiado, y el rojo y oro de las ventanas ardía como brasas que se extinguen en la creciente oscuridad de la iglesia. Volvió a sentarse y tocó un popurrí de las canciones favoritas de Philip. Le había resultado muy duro separarse de su hermano pequeño todo el verano. Se puso a tocar una melodía que había llegado a ser especial para Philip y para ella: *To Where You Are*. Philip estaba convencido de que hablaba de Tristan. La primera vez que Ivy había oído la joven voz de su hermano cantando aquella canción de Josh Groban, se había echado a llorar.

¿Estaba Tristan, como decía la canción, tan sólo a «un suspiro» de distancia? ¿Seguía, de algún modo, velando por ella?

Ivy siempre les había rezado a los ángeles, pero esos ángeles no eran personas a las que había conocido y amado de verdad. Contempló las vidrieras que la rodeaban. Además de a los ángeles, los católicos les rezaban a los santos, y éstos sí habían sido personas corrientes. Cuando llamaba a Tristan en sus sueños, ¿estaba rezándole a él? ¿O era tan sólo que lo echaba de menos?

El verano anterior, cuando Tristan regresó convertido en ángel, oía a Ivy. Y ella, cuando recuperó su fe en los ángeles, oía a Tristan siempre que se deslizaba dentro de su mente. Pero cuando Gregory dejó de suponer un peligro para Ivy, Tristan se marchó. Le dijo que la amaría para siempre, pero que no podía quedarse con ella. A partir de aquel momento, Ivy dejó de ver su resplandor y de oír su voz en su cabeza. ¿Seguiría él oyéndola a ella? ¿Sabría siquiera que existía?

—Si puedes oírme, Tristan, esto es para ti.

Empezó a interpretar la sonata del *Claro de luna*, de Beethoven, el movimiento que había tocado para él en los primeros tiempos de su relación. Cuando terminó, permaneció sentada durante varios minutos mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Estoy aquí, Ivy.

Se volvió.

—¡Will!

Estaba sentado en el último banco de la iglesia. No le había oído entrar. La profunda oscuridad del edificio hacía que no pudiera verle la cara. Will se levantó con lentitud y avanzó poco a poco hacia ella. Ivy se secó rápidamente las lágrimas.

Al llegar a su lado, miró a Ivy con tal tristeza en los ojos que ella tuvo que apartar la vista. Él le rozó suavemente la mejilla con la mano.

—Ésa era la canción que tocaste en el Festival de las Artes —dijo en voz baja—. La canción de Tristan.

—Sí.

—Lamento que aún estés sufriendo.

Ella asintió en silencio, temiendo que, si hablaba, le temblara la voz.

—¿Qué quieres que haga? —le preguntó él, con la voz quebrada por la emoción—. ¿Me quedo? ¿Me voy? Puedo esperar fuera de la iglesia hasta que estés lista, si eso te ayuda.

—Quédate. Quédate, Will. Estoy lista para irme. Acompáñame a devolver la llave a la rectoría y luego vayamos a dar nuestro paseo.

Will permaneció junto a ella, anduvo a su lado hasta el coche, pero no le tomó la mano como solía, no la tocó en ningún momento. Condujo en silencio hasta el aparcamiento del faro de Chatham.

«Es por el aniversario —habría querido decirle Ivy—. No es más que el momento del año, que remueve todos esos recuerdos». Pero no pudo, porque no estaba segura de que fuera verdad.

Sobre el mar, el cielo presentaba un color azul oscuro, y las primeras estrellas asomaban por el este. Al oeste, las últimas pinceladas de naranja se desvanecían con rapidez, tiñendo de malva la larga lengua de playa que se extendía desde el faro hacia el sur. Pasearon por la playa, cerca del agua, con las sandalias en la mano.

—Philip nos ha enviado un correo electrónico —dijo Will por fin—. A ti, a Beth y a mí. Quiere que le echemos un vistazo a su blog.

—¡Su blog! —exclamó Ivy.

—¡Eh! ¡Un poco de respeto, por favor! Lo he leído. Es un agudo comentario acerca del campamento de verano. Sólo espero que el monitor al que llama Patas de Araña no se entere.

Ivy soltó una risa.

—Me imagino que el orientador debe de ser un poco peludo.

—Y muy malo, al menos para un niño de diez años. Les asignó a los chicos un compañero. El compañero de Philip le vomitó encima.

—¡Vaya!

—Eso fue después de que los demás críos retaran al compañero de Philip a que se comiera cuatro perritos calientes en cuatro minutos.

—Ya veo. Supongo que el campamento de verano es el lugar donde los chicos se entrenan para ser miembros de una asociación estudiantil cuando van a la universidad.

Will le sonrió, y ella deslizó su mano en la de él.

—El grupo de Philip se llama los Tejones. Él es el mejor lanzador y bateador del equipo.

—Por supuesto que es el mejor. Es mi hermano.

Will se echó a reír.

—Le encanta remar. Estoy impaciente por que venga a pasar las vacaciones. Quiero llevarlo a hacer kayak a Pleasant Bay.

Ivy se volvió para mirar a Will. La brisa agitaba su cabello oscuro. Tenía unas pestañas larguísimas que suavizaban sus intensos ojos castaños.

—Si no recuerdo mal —dijo ella—, le prometiste que los dos os vestiríais de pirata.

—Cierto, bueno, tal vez esa parte se le haya olvidado.

Ivy sacudió la cabeza, sonriendo.

—A Philip una promesa así no se le olvida. Espero que no les metáis miedo a las chicas que estén tomando el sol en la playa.

Will se echó a reír y le pasó un brazo por encima del hombro. Siguieron paseando, hablando de Philip, y después la conversación derivó hacia algunos de los huéspedes excéntricos del fin de semana.

—Los de la habitación de las estrellas de mar —dijo Will, refiriéndose a la suite decorada con motivos de conchas y estrellas de mar—. ¿Ella era su mujer o su madre?

—Sólo estoy segura de una cosa: no se trataba de su joven amante.

—Tal vez él sea el joven amante de ella —sugirió Will.

Ivy lanzó una carcajada.

—Beth va a llenar sus cuadernos de personajes.

Caminando juntos y conversando reencontraron aquella agradable sensación que habían conocido durante casi ocho meses.

Cuando regresaban al coche de Will, Ivy levantó la vista para mirar el faro, cuyo doble rayo de luz giraba contra el cielo iluminado por las estrellas.

—Es bonito —manifestó.

—Y tú también —terció Will en voz baja, y la atrajo hacia él.

Los brazos de Ivy se deslizaron alrededor de su cuerpo. Él inclinó la cabeza. Ivy habría reconocido el beso de Will con los ojos vendados, dulce, afectuoso, un beso que daba y que exigía. Conocía la curva de su labio superior, el lugar entre el cuello y el hombro donde solía descansar la cabeza, el hueco entre sus nudillos, que le gustaba reseguir con el dedo, y la forma en que su mano encajaba en la de él. Conocía y amaba esas cosas, en la misma medida que amaba el beso de Will.

Pero no podía dejar de pensar en Tristan.

Una hora y media después, de pie en la puerta de la cabaña, Ivy observaba a Will. Éste regresaba silbando a su habitación, donde esperaba pasar un rato pintando. Ivy necesitaba tiempo y espacio para pensar, de modo que rodeó el pequeño hotel y se dirigió a la parte del edificio que daba al mar. Dado que sólo dos parejas se quedaban hasta el lunes, tanto las tumbonas del porche como las del césped estaban libres.

Unos matorrales bordeaban el verde y daban paso a una vegetación de matas y monte bajo que cubría la empinada ladera del acantilado hasta llegar al mar. Al final del jardín, una pérgola en la que se enredaba una parra daba acceso a unos peldaños de madera, exactamente cincuenta y dos —Ivy los había contado—; éstos conducían a un estrecho paseo marítimo, el cual desembocaba en un sendero que discurría entre dunas herbosas.

A mitad del tramo de escalones había un descansillo, una pequeña plataforma con dos bancos de obra, uno frente al otro. Ivy se sentó y alzó la vista hacia el norte. De día, el paisaje era espectacular, pues el mar aparecía de pronto detrás de una punta arenosa, y se formaba una centelleante ensenada donde amarraban los pescadores de langostas y las embarcaciones de recreo. En una noche sin luna como aquélla, los límites entre tierra, agua y cielo prácticamente no se distinguían; las dunas y la playa eran tan profundas que Ivy no oía romper las olas. Pero la presencia del mar se dejaba sentir en el penetrante olor a sal y en la húmeda brisa. Igual que cuando Ivy pensaba en Tristan... No podía verle ni oírle pero, a pesar de todo, sentía su proximidad.

Tragó saliva con fuerza. ¿Qué le pasaba? Llevaba saliendo con Will mucho más tiempo del que había tratado a Tristan; ¿por qué no podía dejar de pensar en él?

Recordó lo que la madre de Tristan le había dicho en cierta ocasión: «Cuando has querido a alguien, nunca lo olvidas. Sigues adelante porque tienes que hacerlo, pero lo llevas contigo en tu corazón».

Hasta aquel día, Ivy estaba convencida de haber sido capaz de pasar página. Y lo peor de todo era que Will también lo creía.

Ivy amaba a Will. Pero ¿lo amaba lo suficiente si no lo amaba del mismo modo en que había amado a Tristan? Quizá su idea del amor era demasiado sublime; tal vez esperaba demasiado de sí misma y de Will.

Bajó hasta la arena y anduvo hacia la orilla, donde encontró alivio en el incesante ir y venir del mar.

No tenía la más mínima idea del tiempo que había transcurrido, pero cuando por fin regresó a la cabaña, vio a Beth de pie en el escalón de la entrada, con el móvil en la mano.

—¡Ivy! Gracias a Dios que has vuelto.

—¿Qué pasa?

—Tenemos que dar con Kelsey antes de que haga una estupidez. Una estupidez mayor —se corrigió, haciendo una mueca—. Ve a por las llaves del coche. Sé dónde está, más o menos. Tengo la dirección.

—¿Dónde está Dhanya?

—Con Kelsey. Y sólo un poquito más sobria que ella.

—¿Y la tía Cindy? —inquirió Ivy.

—Aún no ha vuelto.

El móvil de Beth empezó a sonar.

—¡Ya estamos otra vez!

Tras escuchar unos instantes, dijo:

—Dhanya, ya te dije que le quitaras las llaves. Tíralas al mar si es preciso. ¡No, no! ¡No es buena idea que conduzcas tú!

—Vuelvo dentro de un segundo —le aseguró Ivy.

—¿Voy a por Will? —le gritó Beth.

—No, está pintando y le llevará demasiado tiempo dejarlo todo en orden.

Ivy regresó con las llaves y la cartera, y ambas corrieron hasta el coche.

—¿Adónde vamos? —inquirió, poniendo el motor en marcha.

—A un camino que nace en algún punto de la estatal 28.

—Beth, ¡por la estatal 28 se va a las tres cuartas partes del cabo Cod!

—Mencionó Marsala Road. Pero yo nunca había oído nombrar esa carretera.

Ivy introdujo en el GPS Orleans; luego, Brewster; y, a continuación, Harwich.

—No aparece.

—Dijo que habían pasado junto a un faro. Prueba Eastham y Chatham. Ambas tienen faros. Primero Chatham. Mi prima va siempre a donde hay dinero.

—Marsala Road, vamos, Marsala Road —instó Ivy.

—¡Morris Island Road! —exclamó Beth de golpe—. Apuesto a que se refería a eso. —Hablabla arrastrando las palabras—. Me parece que hay un sitio en Chatham que se llama Morris Island.

Ivy tecleó el nombre.

—Tengo una idea para una nueva aplicación —añadió Beth—. Una aplicación capaz de interpretar las indicaciones que proporcionan las chicas borrachas. —Apuntó el camino del faro en la pantalla—. Ahí está, al sur del faro.

Ivy abandonó la senda de grava que daba acceso a la casa y tomó Cockle Shell Road.

—Conozco el camino hasta el faro. Will y yo estuvimos paseando anoche por esa playa.

Ivy atravesó el vecindario serpenteándolo. Una vez que hubieron llegado a la estatal 28, rebasó el límite de velocidad, alegrándose de que fueran las 23.50 y que la multitud de visitantes del fin de semana se hubiera marchado ya.

—Estrangularía a Kelsey —rugió Beth.

—Intenta llamarla al móvil.

—Ya lo he hecho... No he conseguido hablar con ella.

—Entonces, intenta volver a hablar con Dhanya. Necesitamos una dirección.

Mientras conducía, Ivy pensaba en Will. Se enojaría con ellas por no haberle pedido ayuda. Pero Ivy no podía pedirle ni un solo favor más, después de todo lo que Will había hecho ya por ella, sabiendo que, mientras lo besaba, lo único en lo que ella

pensaba era en...

—No lo coge —dijo Beth.

—Sigue intentándolo.

Cruzaron el área comercial de las afueras de Chatham y siguieron adelante tras pasar junto al faro. Las casas de veraneo se erigían a ambos lados de la carretera, la mayoría con las ventanas oscuras.

—Deberíamos encontrar Stage Harbor a la derecha —observó Beth, mirando la pantalla del GPS—. Ahí está. La carretera conduce directamente a Morris Island.

Un minuto después entraron en la boscosa área residencial de la isla. Los faros del coche de Ivy mostraban una carretera estrecha y sinuosa e hileras de árboles.

—¿Quieres que siga? No es un pueblo muy grande, sólo unas pocas calles —señaló—. Tal vez podríamos ir despacio y escuchar, a ver si oímos la fiesta.

Bajaron las ventanillas. Ivy reducía la velocidad cada vez que veían unas luces a través de los árboles y escuchaba con gran atención. La carretera moría en la entrada a un par de fincas. Mientras Ivy daba la vuelta, Beth volvió a llamar a Dhanya.

—¡La tengo! Dhanya, escúchame, por favor. Estamos cerca. ¿Cuál es la dirección?... Bueno, ¡pues pregúntale a alguien! ¿Quién demonios da la fiesta?... ¡Tiene que saber dónde vive!

Beth se volvió hacia Ivy.

—¡Es increíble! ¡Está tratando de encontrar a la persona cuyo alcohol se han estado bebiendo!

Ivy meneó la cabeza y avanzó despacio por la carretera que acababan de explorar. El viaje de vuelta al hotel no iba a ser divertido, pensó.

—Ivy, ¡cuidado!

Unos faros surgieron de la nada. El ocupante del vehículo conducía como un loco, como si no hubiera nadie más en la carretera. Ivy pisó el freno y se dio cuenta de que parar no serviría de nada. Tenía que esquivar el coche, pero la carretera era demasiado estrecha. Aceleró para intentar entrar en alguno de los caminos particulares.

—¡Ay, Dios mío! —chilló Beth.

Ivy dio un fuerte volantazo hacia la derecha. Poco después dejó de sentir la carretera bajo el coche. Dos de las ruedas se levantaron en el aire. El vehículo se bamboleó, y el mundo de la noche y de los árboles empezó a girar alrededor de ella y de Beth.

—¡Beth! ¡Beth! —La voz de Dhanya sonaba apagada y muy lejana mientras el teléfono móvil rebotaba por el interior del coche.

La puerta del conductor chocó contra algo sólido. El acero se combó hacia adentro. Antes de que pudiera gritar, Ivy sintió que se desplomaba en un agujero negro.

Por unos instantes, Ivy no tuvo conciencia de nada salvo de la oscuridad. Tenía la impresión de que descansaba sobre ella todo el peso de la noche. Después, de pronto, la presión cesó.

—Beth... Beth, ¿estás bien?

Los ojos de su amiga se abrieron de golpe.

—Beth. Gracias a Dios —dijo Ivy, aliviada—. Tenemos que salir de este coche. Mi lado está aplastado. Tendremos que utilizar el tuyo, ¿de acuerdo?

Beth la miraba sin pronunciar palabra.

—¿Me has entendido? —inquirió Ivy, dudosa.

Beth seguía mirándola.

—Yo te ayudaré —terció Ivy intentando levantarse, pero no pudo moverse—. Pensándolo mejor, quizá tengas que ayudarme tú a mí. Me he quedado atrapada no sé cómo.

Beth miraba a Ivy como si no pudiera asimilar lo que estaba viendo.

—¿Qué sucede? —preguntó Ivy.

Beth se echó a temblar.

—Beth... Contéstame.

Pero era como si su amiga no pudiera oír ni entender lo que le estaba diciendo.

—¡Contéstame! Beth, ¡por favor!

Beth abrió la boca. Chilló, una y otra vez.

—No pasa nada, no pasa nada —le dijo Ivy, intentando tranquilizarla. Pero Beth comenzó a sollozar—. Saldremos de ésta. Oh, ángeles, ayudadnos. Tristan, ayúdanos. Tristan, te necesitamos.

Por fin se había liberado de lo que le impedía moverse.

—Bueno, vamos a ver.

Tocó a Beth y retiró la mano, sorprendida. Volvió a alargar el brazo y observó con incredulidad cómo su propia mano atravesaba la de su amiga.

Entonces empezó a comprender por qué Beth había chillado, por qué estaba llorando. Libre de su cuerpo, Ivy era liviana, tan ingrávida como un rayo de luna, y ascendía flotando de manera constante. Al mirar desde arriba, vio su cuerpo en el coche destrozado, el airbag desplegado y el marco metálico del parabrisas hundido hacia adentro. Observó su cabeza apoyada contra el marco reventado del cristal y la sangre que la iba tiñendo de oscuro.

El único dolor que sentía era una intensa nostalgia de las personas a quienes amaba. Por debajo de ella, una neblina nocturna envolvía a Beth y al coche retorcido.

Por el estrecho tramo de carretera, otro vehículo se alejaba a toda velocidad. La tierra y el mar se fundían en las tinieblas.

El fuerte deseo de decir adiós era lo único que mantenía atada a Ivy a la noche que reinaba en la Tierra. Pronunció los nombres de sus seres queridos y les pidió a los ángeles que velaran por ellos:

—Philip, mamá, Andrew, Beth, Will, Suzanne... Tristan. Tristan.

—Amor mío.

Ivy estaba inmóvil, suspendida en el interior de una catedral hecha con la luz de las estrellas. El viejo mundo que giraba abajo se quedó quieto, como si el tiempo se hubiera detenido.

—¿Tristan?

—Amor mío.

—¡Tristan! —Ivy cerró los ojos, para que la voz de él se hiciera más fuerte en su interior—. ¿Te oigo de verdad? ¿Es posible? Oh, Tristan, incluso en la muerte te quiero a mi lado.

—Incluso en la muerte, amor mío.

—Siempre, Tristan.

—Siempre, Ivy.

Un resplandor dorado la envolvió.

—Me dijiste que tenía que pasar página —dijo Ivy, medio llorando por haberle perdido, medio riendo por la alegría de haberlo encontrado—. Dijiste que estaba destinada a amar a otra persona, pero no pude.

—Yo tampoco.

—Todos los días, a todas horas, te he abrazado en mi corazón.

—Como yo a ti —dijo él.

—No me dejes, Tristan —le rogó Ivy—. Por favor, no vuelvas a dejarme. — Sintió que su tibieza la envolvía—. Te necesito.

—Estaré siempre contigo, Ivy.

Ivy sintió el beso de Tristan en sus labios.

—¡No me dejes!

—Te lo prometo, Ivy, estaré siempre contigo —repitió él.

El amor de Tristan alcanzó cada rincón de Ivy al tiempo que su corazón puro ardía dentro de ella. De pronto, Ivy sintió palpar su corazón..., lo sintió latir con desenfreno contra sus costillas, como un pájaro enjaulado.

Entonces él la dejó.

—¿Qué más recuerdas? —le preguntó la agente de policía.

Ivy contemplaba por la ventana de la habitación del hospital las pálidas nubes amarillas de las primeras horas del día.

—Eso es todo. El coche... El vehículo —se corrigió a sí misma, ya que así era como lo llamaban— venía en sentido contrario directamente hacia nosotras. Frenar no sirvió de nada. Él iba demasiado de prisa. Tuve que esquivarlo.

—¿Él?

—O ella. O ellos. Así, de frente, y en la oscuridad, cuanto pude ver fueron los faros. —Recordaba que desde arriba había contemplado un vehículo, y que le había parecido que era un coche..., pero la idea de que ella hubiera estado flotando sobre la carretera no tendría ningún sentido para la policía. Apenas si lo tenía para Ivy... Sabía más que comprendía lo que había pasado.

Cuando recuperó la conciencia, su cuerpo le había parecido una cosa pesada y torpe comparado con su espíritu, extraordinariamente ligero. Se había aferrado al recuerdo de los instantes pasados con Tristan, temerosa de que se escurriera entre sus dedos terrenales.

—¿Recuerdas algo acerca del sonido del vehículo? —le preguntó la agente.

Bruscamente arrancada de sus pensamientos, Ivy se quedó mirando a la mujer sin decir nada. Ésta le repitió la pregunta.

—No —respondió Ivy—. Beth gritaba, diciéndome que tuviera cuidado. Es cuanto recuerdo haber oído.

Ya le habían preguntado por qué viajaban Beth y ella por esa carretera. Ivy sabía que a ambas les habían hecho pruebas toxicológicas.

En aquel momento, el enfermero entró en la habitación. La amistosa cara de Andy era lo primero que Ivy recordaba haber visto tras su llegada al hospital del cabo Cod seis horas antes. No recordaba nada de lo sucedido mientras estaba en urgencias, pero le habían contado que Beth, Will y la tía Cindy se habían ido turnando para estar con ella y habían dormido en los sofás de la sala de espera, y que su madre estaba en camino.

—Ivy ha pasado una mala noche —señaló Andy.

—Ya he terminado —repuso la agente de policía, poniéndose en pie—. Si surgen más preguntas, me pondré en contacto contigo. Cuídate.

Andy revisó el registro de las constantes vitales de Ivy en el ordenador de la habitación y meneó la cabeza.

—¡Nuestra propia chica milagro! Me gusta comenzar la semana con un milagro.

—El enfermero estaba bronceado, tenía el cabello de color arena y debía de contar unos cuarenta y pocos años, calculó Ivy. Las arrugas que rodeaban sus ojos se encogían cuando sonreía—. Tus constantes son buenas. ¿Cómo te encuentras?

—De maravilla.

—No estarás fingiendo, ¿verdad?

—No. Bueno..., tal vez un poquito —admitió—. ¿Esto es todo lo que van a darme para desayunar?

Él levantó la tapa y vio que la fuente, al igual que la bandeja, estaba vacía.

—Creo que no estás fingiendo... ¿Sabes?, si corre la voz, esto se llenará de peregrinos religiosos que querrán tocarte la cabeza. No tengo la menor idea de cómo esa herida dejó de sangrar por sí sola ni de cómo puedes tener un hematocrito normal, dada la cantidad de sangre que, según los servicios médicos de emergencia, había en tu coche. Pero así es. El doctor dijo que había visto otro caso como el tuyo con anterioridad, pero, entre tú y yo... —Andy bajó la voz—, ese tipo no dice más que sandeces. Simplemente no le gusta admitir que hay algunas cosas que él y la medicina no han podido explicar.

«Como los ángeles», pensó Ivy. ¿La habría curado Tristan? ¿La habría salvado él?

—Tienes visita. ¿Hago entrar primero a mamá y a tu hermano pequeño? —le preguntó Andy.

—Por favor.

Andy echó a andar hacia la puerta, pero dio media vuelta y abrió un cajón próximo a la cama de Ivy. Dejó sobre la mesa una caja adicional de pañuelos de papel.

—Quizá necesites esto.

—¡Oh, cariño! —exclamó su madre, precipitándose al interior de la habitación seguida de Philip.

El enfermero tenía razón. Un montón de pañuelos de papel más tarde, Ivy comentó:

—Me alegro de que no te perfilaras los ojos, mamá.

—Y de que no se pintara los labios —añadió Philip. Sus ojos, verdes como los de Ivy, estaban ahora enrojecidos—. Y de que no se pusiera esa cosa para las mejillas. Se lo dejó todo en casa.

Maggie y su estuche de maquillaje rara vez se separaban.

—Siento haberte dado un susto, mamá.

—Incluso se le olvidó el peine —añadió Philip—. Es por eso por lo que lleva esos pelos.

Maggie se acarició tímidamente la cabeza.

—Sólo tenía pensamientos para ti, cariño. Pero no te preocupes, de lo que sí me acordé es de traerte algo que ponerte mientras estés aquí.

«Oh, oh», pensó Ivy.

—Por suerte, el camisón y la bata que te regalé las pasadas Navidades están como si no los hubieras tocado.

Sobre todo porque no lo había hecho. La amiga de Ivy, Suzanne, que estaba pasando el verano en Europa, había sugerido que Ivy podía ponerse el conjunto de bata y camisón para asistir al baile de graduación o a una fiesta de Halloween. Por supuesto, no era nada comparado con el vestido de dama de honor que la madre de Ivy le había hecho ponerse cuando ella y Andrew se casaron. Cada vez que Ivy miraba las fotos de la boda pensaba: «Escarlata O'Hara después de caerse en un cubo de purpurina». Pero era una cosa que la hacía reír, porque entre varias instantáneas informales embutidas en la parte de atrás del álbum de la boda había una foto de Tristan, vestido de camarero, vertiendo una bandeja de crudités sobre el cortejo nupcial...

—Ivy, ¿me escuchas? —inquirió su madre—. ¿Quieres que te ayude a ponértelo?

—Sólo me pondré la bata —contestó Ivy.

Al igual que el camisón, la bata era de un color rosa pálido, adornada con un montón de plumas.

—¿Ves? Te da color a la cara —aprobó su madre.

Philip jugó unos momentos con las plumas y, a continuación, abrió la cremallera de su mochila.

—Te he traído dos cosas.

—¡Una gorra de los Yankees! Gracias. —Ivy se la puso—. Esto va a hacerme realmente popular entre los médicos y las enfermeras de aquí que sean seguidores de los Red Sox.

Philip le mostró su segundo regalo, sosteniéndolo en alto: una moneda que, acto seguido, dejó caer en la palma de la mano de su hermana. La moneda dorada, de dos centímetros y medio de diámetro, tenía impresa en ambos lados la imagen de un ángel con las alas extendidas.

—Llegó en el correo.

—Venía con una solicitud de fondos para una organización benéfica —explicó su madre.

—Qué bonita. Gracias, Philip. La pondré en la mesita de noche.

—Se me olvidaba... Papá me dijo que te diera un abrazo. Está en Washington, en una conferencia —añadió Philip, e hizo reír a Ivy al darle un rápido abrazo, tal como lo habría hecho Andrew.

Hacía apenas unos meses que Philip había comenzado a llamar a Andrew «papá». Su hermano era lo bastante joven como para adaptarse a la nueva situación, sobre todo teniendo en cuenta que no recordaba a su padre.

—¿Y cómo está Patas de Araña? —inquirió Ivy—. ¿No va a echarse de menos

hoy en el campamento?

—Y también mañana —repuso Philip, muy contento—. Vamos a quedarnos a pasar la noche.

—Mamá, no es necesario, de verdad. Estoy bien. Mírame... ¡Estoy estupendamente!

—Bueno, pues yo no —replicó Maggie—. Además, Philip y yo ya hemos alquilado una habitación en el hotelito Seabright.

—Will va a llevarme a hacer kayak —anunció Philip.

—¿Ah, sí?

—Y va a hacerse con unas cañas de pescar.

—Qué bien.

—Y dijo que había visto una tienda de cometas impresionante en la estatal 28.

Ivy sonrió y tragó saliva con fuerza. Philip amaba a Will, como ella había amado a Tristan. Si ella y Will rompían... No quería ni pensarlo.

—Bueno, deberíamos dejar que Will te hiciera una visita —intervino su madre—. Lo ha pasado muy mal, Ivy. Vio tu coche antes de que la grúa se lo llevara. En cierto sentido, creo que ha sido más espantoso para él que para ti.

—Sí, ya me lo imagino —repuso ella—. ¿Podrías pedirles a Beth y a él que pasen?

—¿Juntos? —preguntó su madre, en tono ligeramente sorprendido.

—Claro.

Tan pronto como Maggie y Philip se hubieron marchado, Beth se precipitó al interior de la habitación y rodeó con sus brazos a Ivy. La soltó de inmediato.

—¿Te estoy haciendo daño?

Ivy la estrechó contra sí.

—No hay nada que lastimar.

Will entró sin hacer ruido detrás de Beth. Apartando a su amiga, Ivy le dirigió una sonrisa.

—No puedo creer que estés bien —señaló Beth, tocándola con cuidado justo encima de la sien—. En el coche, cuando te miré... —Se estremeció—. Ojalá pudiera quitarme esa imagen de la cabeza. No sé..., no sé cómo pude pensar algo así.

Ivy miró a Beth a los ojos, deseando saber qué era lo que había visto y muriéndose de ganas de contarle lo que ella había experimentado. ¿Habría percibido Beth, que era médium, alguna cosa? Ivy quería que Beth le confirmara que el abrazo de Tristan había sido más que un sueño, pero sus ojos estaban empañados de confusión e inquietud.

—Beth, tienes peor aspecto que yo —observó Ivy—. ¿Estás bien?

—Sí, claro.

—No recuerdo nada de lo que pasó en urgencias. A ti te examinaron, ¿verdad?

Beth asintió.

—No es más que una conmoción sin importancia.

—Pero tu dolor de cabeza sí es bastante importante —intervino Will, hablando por fin—. Estoy intentando que se tome las cosas con calma.

Estaba de pie detrás de Beth, mirando a Ivy. ¿Podía ver en sus ojos? ¿Adivinaba que ella, ahora más que nunca, pensaba en Tristan? «Tal vez no», pensó Ivy, y alargó el brazo para cogerle la mano. Él alargó el brazo a su vez y tomó la mano de ella. Ivy se sabía las manos de Will de memoria, unas manos fuertes y de dedos largos, casi siempre salpicadas de pintura. Sus manos le encantaban.

—Me diste un susto de muerte —manifestó Will, con voz temblorosa.

—Ay, Will, lo siento tanto...

Will se acercó a ella y, rodeándola con sus brazos, la estrechó con muchísimo cuidado.

—Eh, ¡que no me rompo fácilmente! Creo que lo he demostrado —dijo, abrazándolo con fuerza.

Ivy se echó a llorar, sin conocer todos los motivos que la impelían a ello.

Will le secó amorosamente las lágrimas, como lo había hecho siempre.

«Estaré siempre contigo», le había dicho Tristan. Lo había dicho en serio... Sentía su promesa como si la tuviera grabada en el corazón. Pero ¿la había curado Tristan sólo para devolvérsela a Will con su bendición?

Ivy estiró el brazo para coger la caja de pañuelos de papel.

—El enfermero Andy piensa en todo. Servíos.

—Acepto encantada el ofrecimiento —replicó Beth, secándose las mejillas.

Ivy y ella se sonaron ruidosamente la nariz al mismo tiempo, y los tres estallaron en carcajadas.

—Supongo que tu madre te trajo la bata.

Volvieron a echarse a reír.

Tras un golpe seco, Andy asomó la cabeza por detrás de la puerta, que estaba parcialmente cerrada.

—Bueno, Chica Maravillas —dijo mientras entraba en la habitación, empujando una silla de ruedas—. Voy a mandar a tus fans a casa. Te reclaman en el mundo del TAC. —Dio unas palmaditas en la silla.

Ivy les dio a Beth y a Will otro abrazo.

—Procurad dormir un poco, ¿de acuerdo?

—Volveré esta tarde...

—Lo más probable es que esté dormida —lo interrumpió Ivy—. Cuando hayas descansado, quiero que me hagas un gran favor: entretén a Philip.

—Si eso es lo que quieres... —repuso Will, con aire algo dolido.

—Gracias, Will.

Después de que Beth y Will se hubieron marchado, Ivy se volvió hacia Andy, que le señalaba la silla de ruedas.

—Prefiero caminar.

—Lo siento, va contra las reglas.

—¡Pero si me encuentro de fábula! —insistió ella—. Podría caminar y montar en bicicleta kilómetros y kilómetros.

—En tal caso, si no hay nadie mirando, te dejaré que les des a las ruedas.

Ivy rió.

—Vale, vale. Pongámonos en marcha.

«Estaré siempre contigo, Ivy... Siempre contigo... Estaré siempre...».

—Estaré con usted dentro de un minuto —oyó Ivy que una enfermera le decía a un paciente.

Abrió rápidamente los ojos, miró la hora en el reloj del hospital, las 16.12, y dejó caer la cabeza entre las manos. Ya le estaba volviendo a pasar: durante meses, tras la muerte de Tristan, cada vez que despertaba de un sueño feliz en el que aparecía él, se sentía tan mal como si acabara de perderle.

En ese mismo momento, había estado soñando, lo sabía. «Pero ayer por la noche no», pensó. La noche anterior había sido distinto..., había tenido la impresión de que era real.

—¡Eh, Chica Maravillas!

La puerta de la habitación de Ivy se abrió de repente.

—De modo que así es como te llaman —dijo Kelsey, después de entrar en la habitación seguida de Dhanya, que llevaba una bolsa del supermercado.

—Hola, Ivy. —Dhanya hablaba con voz suave y en tono preocupado.

—¡*Ohdiosmío!* —exclamó Kelsey al ver la bata rosa de Ivy tirada sobre la silla de ruedas, junto a su cama.

—Fue un regalo de mi madre —explicó Ivy.

Kelsey cogió la bata y la sostuvo en alto, y el aire de preocupación de Dhanya se fundió en una risa contenida.

Ivy sonrió.

—Hay un camión a juego en el armario —informó, al tiempo que lanzaba los pies por encima del borde de la cama.

—Iré a por él —se ofreció Dhanya al instante.

—Me conviene caminar —le dijo Ivy.

—Oh, Ivy, ¡lo siento muchísimo! No debería haber llamado a Beth para que vinierais a buscarnos. Yo tengo la culpa de lo que te pasó. Me siento fatal. Podrías haberte matado. Es culpa mía. Si no hubiera...

—Espera un segundo, escúchame —la interrumpió Ivy—. Hiciste bien en llamar a Beth. Kelsey y tú —hizo una pausa, obligando a Kelsey a mirarla a los ojos y a reconocer que había desempeñado un papel importante en lo sucedido— sois culpables de haber bebido y de haberos emborrachado. Pero no del accidente. Vosotras no causasteis el accidente. ¿Vale?

Dhanya asintió mientras un lagrimón se deslizaba por su mejilla.

—Dhanya, me gustaría que reservaras las lágrimas para esta noche —intervino

Kelsey—. La tía Cindy nos ha puesto a Dhanya y a mí en período de prueba —explicó—, y ha convocado una reunión de padres en Skype.

Abrió el armario y emitió un silbido.

—Dhanya, esto supera a tus vestidos de princesa de Disney.

Dhanya se sonrojó.

—Has visto los vestidos de novia de Disney, ¿verdad, Ivy? —inquirió Kelsey—. Dhanya no tiene novio, pero no hace más que pensar en el vestido que llevará cuando se case.

—Déjalo ya, Kelsey —terció Dhanya en voz baja.

Kelsey sacó el camisón de la percha y lo mostró, sosteniéndolo en alto.

—¿Te lo quieres probar? —se burló de su amiga.

—No —respondió Dhanya con sequedad—. ¿Por qué no te lo pruebas tú?

Kelsey se quitó la camiseta, dejó caer el short al suelo —llevaba el biquini debajo— y deslizó el camisón por encima de su cabeza. Con una constitución como la de Serena Williams, tenía un aspecto imponente y cómico a la vez.

—Vamos al solárium —propuso—. Si te pones la bata, podemos fingir que somos gemelas.

—O puedes ponerte ésta —dijo Dhanya, tras abrir la bolsa y sacar la ligera bata verde de Ivy.

—¡Gracias! —repuso Ivy, agradecida, e introdujo los brazos en las mangas.

Kelsey hurgó en el bolsillo del short que acababa de quitarse y rescató su teléfono móvil.

—Estoy lista.

Ivy iba sentada en la silla de ruedas. Dhanya la empujaba y Kelsey caminaba junto a ella vestida con el biquini y la bata semitransparente, saludando con la mano a la gente que había en las habitaciones y al personal concentrado en torno a la sala de enfermeras, como si fuera la reina de uno de esos desfiles anuales de la escuela secundaria. Ivy se echó a reír.

El solárium, situado al final del vestíbulo, tras una puerta de dos hojas, era un oasis de tranquilidad, lejos de la cháchara del hospital y del pitido de las máquinas. Estaba lleno de luz solar en lugar de la fría fluorescencia de las áreas médicas, y sus sillas de mimbre, helechos y macetas de geranios rojos hicieron que Ivy se sintiera como si estuviera sentada en el porche de una casa cualquiera.

—Tenemos el solárium para nosotras solas —observó Dhanya—. ¿Junto a la ventana?

—Perfecto.

Dhanya aparcó la silla de ruedas, acercó una pequeña mecedora blanca y se acomodó en ella con tanto esmero como si fuera un gato. Kelsey se tumbó en una curva tumbona de mimbre y comprobó si tenía alguna llamada en el móvil.

—Bueno, deja que te ponga al día acerca de los chicos que hemos conocido —le dijo Kelsey a Ivy tras hacer trabajar un rato el dedo pulgar—. Para empezar, son guapísimos y ricos.

—Vale.

—Más ricos que guapísimos —la corrigió Dhanya.

Kelsey se encogió de hombros.

—Sus coches son preciosos. Y sus barcos también.

—Si es que realmente tienen esos coches y esos barcos. Quizá estaban mintiendo, como hacías tú —objetó Dhanya.

Kelsey volvió a encogerse de hombros.

—Bueno, exageré un poquito.

—La fiesta se celebraba en una casa fabulosa —le contó Dhanya a Ivy—. De modo que alguien tenía dinero. —Se volvió hacia Kelsey—. Pero quién sabe quién era quién.

Kelsey resopló indignada.

—Yo sí lo sé porque estuve hablando con ellos. Pero tú no quisiste dirigirles la palabra. ¡Mira que eres esnob, Dhanya! Quieres dinero, belleza y clase. Has pasado demasiado tiempo con tus padres.

Ivy intentó recordar lo que Beth le había contado de los padres de Dhanya. Su madre pertenecía a una familia india muy rica, se había trasladado a Estados Unidos para estudiar un posgrado y se había enamorado de un estadounidense. Su padre era... ¿abogado?

—Es que tengo unos estándares muy altos —respondió Dhanya en el acto—. Si puedo tener lo que quiero, ¿por qué debería conformarme con menos?

Dirigió la pregunta a Ivy; ésta sonrió y calló discretamente, aunque así le otorgaba tácitamente «el punto» a Dhanya.

—En cualquier caso —dijo Kelsey, arrastrando las palabras, trasladando los ojos de Ivy a la entrada del solárium—, ahora sé dónde están varados todos esos chicos.

—Ivy no está buscando novio —le recordó Dhanya a Kelsey, y se volvió para mirar qué era lo que había distraído a su amiga.

—Ya lo sé, pero una chica siempre puede mirar —repuso Kelsey, inclinándose hacia Ivy, insinuándole con escasa sutileza que debería darse la vuelta.

—¿Y qué pasa si no quiero? —la provocó Ivy.

—Ivy, ¡venga ya! ¡Aún no estás casada!

Kelsey se recostó en la tumbona y levantó una rodilla, ofreciendo una bonita perspectiva de su torneada pierna. Ivy se preguntó a quién estaría destinado ese provocativo espectáculo, pero, a pesar de ello, no se volvió a mirar.

—¡Eh! No seas tímido —llamó Kelsey a la persona que había entrado en la sala—. Acércate.

—Ya me iba.

La persona que centraba la atención de Kelsey y de Dhanya tenía una voz profunda.

—Pero si acabas de llegar —protestó Kelsey, sonriendo.

«Pobre chico —pensó Ivy—, probablemente buscaba un poco de paz y de tranquilidad».

—No permitas que mi atuendo te desanime —insistió Kelsey—. Es de mi compañera de habitación. —Señaló a Ivy—. ¡Si crees que esto es sexy, deberías ver su ropa de playa!

—¡Kelsey!

Ivy hizo girar la silla, dispuesta a defenderse. Pero cuando vio al muchacho, se quedó sin palabras. Sus intensos ojos azules parecían incinerar toda observación insinuante y cualquier comentario absurdo. Tenía una mirada a la vez angustiada y desdeñosa, como si hubiera experimentado y conocido algo terrible que Ivy y sus amigas nunca podrían comprender.

Ivy no pudo apartar la vista de él hasta que dejó de mirarla. Su rostro, oscurecido por una barba de varios días, era, más que bello, llamativo. Recién afeitado e iluminado con una sonrisa, era un rostro que podía romperle a una chica el corazón, pensó Ivy.

Sin decir ni una palabra más, el muchacho hizo girar su silla de ruedas y se marchó. Ivy oyó la voz de Andy en el vestíbulo, al otro lado de la puerta:

—¿Ya has tenido bastante? Está bien, colega.

—Me apuesto algo a que es él —le susurró Dhanya a Kelsey—. El chico del que estaban hablando cuando nos paramos a preguntar cómo llegar a la habitación de Ivy.

—¿Te refieres al que sacaron del mar en Chatham? —repuso Kelsey.

Dhanya frunció el ceño.

—He oído que lo encontraron inconsciente en la arena, cerca del agua.

—Lo que sea. Debieron de celebrar una fiesta, probablemente más loca aún que la nuestra —observó Kelsey. Y se volvió hacia Ivy—: No quiere decirles lo que pasó ni cómo llegó hasta allí. Ni siquiera quiere decirles quién es.

—No es que no quiera, es que no puede —la corrigió Dhanya—. No recuerda nada.

—O eso dice —señaló Kelsey.

—¿Qué le pasa? —preguntó Ivy.

—Desde mi punto de vista, nada —contestó Kelsey—. Es un maleducado, pero eso se lo puedo perdonar... ¡Qué rostro tan espectacular!

Ivy volvió a probar.

—Quiero decir que por qué lo ingresaron. ¿Fue por algún otro motivo aparte de la amnesia?

Kelsey miró a Dhanya, esperando que les diera una respuesta. Dhanya se encogió de hombros.

—De todos modos —dijo Kelsey—, es obvio que Chatham es el mejor sitio donde uno pueda estar.

—Pero en el hotel tenemos nuestra propia playa —señaló Ivy.

—Ivy, tienes que dejar de pensar en ti misma; deberías tener en cuenta a Beth.

—¿Qué? —inquirió Ivy, atónita.

—Sabes que mi prima... sólo nos acompañará a Chatham si venís Will y tú. Necesita tener su propio novio. Está excesivamente encariñada contigo.

Ivy frunció el entrecejo, preguntándose si habría algo de verdad en ello.

Kelsey volvió a comprobar si tenía alguna novedad en el móvil.

—¡Ninguna posibilidad! —exclamó en respuesta al mensaje de alguien—. Eliminar. Eliminar. Eliminar. ¿Lista, Dhanya?

Dhanya se puso en pie y empuñó las asas de la silla de Ivy.

—Puedo volver sola —le dijo Ivy—. Voy a quedarme un rato aquí tomando el sol.

Dhanya rebuscó en su bolso, sacó un tubito de manteca de cacao y se lo tendió a Ivy.

—Póntelo, cierra los ojos y haz como si estuvieras en la playa —le sugirió.

Ivy le quitó la tapa y lo olfateó.

—Mmm. Mucho mejor que el desinfectante del hospital. Gracias.

Kelsey se puso en pie.

—Tengo que ir a por mi camiseta y mis pantalones cortos, de modo que dejaré este precioso camisón encima de tu cama. —Hizo una pirueta y salió bailando por la puerta.

—Gracias por venir —le gritó Ivy.

Dhanya abrazó a Ivy con suavidad.

—Vuelve pronto a casa —le dijo, y siguió a Kelsey fuera del solárium.

Ivy trasladó su silla hasta otra ventana, una que estaba protegida por un macizo de plantas. Permaneció allí largo tiempo, mirando los árboles y los edificios que rodeaban el hospital, pensando desde la distancia. ¿Cómo era posible tener la sensación de que la había besado alguien que estaba en otro mundo... y de que estaba perdiendo contacto con alguien que se encontraba lo bastante cerca como para poder besarlo?

«Los recuerdos son una maldición», pensó. Si no recordara a Tristan, sería capaz de amar a Will tal como se merecía.

Al cabo de un rato, se retiró de la ventana para regresar a su habitación. Fue entonces cuando lo vio: el chico sin memoria. Había vuelto al solárium y estaba tranquilamente sentado en el extremo opuesto. Al volver la cabeza, se encontró con

sus ojos. La forma en que su mirada se apartó de ella como una flecha para luego volver, así como la expresión inquisitiva de sus ojos, le dijeron a Ivy que no fingía. A pesar de no recordar nada, se le veía atormentado.

Ivy se detuvo; su silla estaba a unos tres metros de la de él.

—Recordar puede ser tan doloroso como no recordar —le dijo.

El rostro de él se ensombreció.

—¿Ah, sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

En cierto modo tenía razón; ella no podía saber cuánto sufría, del mismo modo que él no podía saber hasta qué punto sufría ella. Y compartirlo era inútil. Estaba claro que él no quería.

—Como quieras —repuso, y se marchó.

El martes por la mañana, a Ivy le dieron el alta en el hospital.

—En cuanto llegue a casa, te mandaré por correo el resto de tu ropa de verano —le dijo su madre mientras esperaban a que Andy les llevara los papeles.

—Lo cierto, mamá, es que en la cabaña no tenemos demasiado espacio ni en la cómoda ni en el armario. Lo único que realmente necesito es un nuevo par de playeras.

Las que se había puesto hasta entonces estaban empapadas de sangre, al igual que la ropa que llevaba cuando ingresó en el hospital. El personal de urgencias se la había guardado en una bolsa y, antes de tirarla, Ivy la había examinado con asombro. Creía más que nunca que Tristan la había ayudado. ¿Cómo, si no, podía haber sobrevivido a semejantes heridas?

—Todo lo que trajiste al cabo Cod tiene el mismo aspecto, cielo —sostuvo su madre—. Me llevaré parte de tu ropa a casa y así tendrás sitio para cosas bonitas.

Se pasaron los diez minutos siguientes hablando de ropa, girando en círculos tan infinitos como el amor de su madre por los volantes. Por fin, su hermano la rescató.

—Philip, pero ¿dónde has estado? —le preguntó Maggie cuando el chiquillo entró en la habitación.

—Me has dicho que esperara fuera mientras Ivy se cambiaba. No me has llamado para que volviera a entrar.

Ivy se echó a reír.

Philip cogió la gorra de los Yankees que le había regalado a Ivy y se la puso a su hermana en la cabeza.

—He regalado la moneda del ángel que te traje. ¿Te parece bien?

—Claro —respondió ella—. A mucha gente en este hospital le hace falta un ángel.

—Le dije que podía rezarle a Tristan.

Ivy se mordió el labio. Philip no dejaba nunca de mencionar a Tristan. Creía en él, como ángel, desde mucho antes que Ivy; ahora, su fe en Tristan suponía para Ivy un golpe tan duro como la primera vez que Philip había hablado de él. ¿Y si le decía a Philip que había vuelto a estar con Tristan, que había sentido que la abrazaba? Pero no, no quería alterar a su hermano pequeño.

Andy entró con los papeles del alta.

—Bueno, señorita —dijo, con ojos centelleantes—, puesto que llevas esa gorra, no tengo más opción que pedirte cortésmente que te marches.

Ivy se echó a reír y le dio las gracias por su ayuda.

Cuando llegaron al pequeño hotel, era ya mediodía. Como sólo había unos cuantos huéspedes, el trabajo de la jornada ya estaba hecho, y Kelsey y Dhanya se habían puesto el biquini. Dhanya arrojó su toalla sobre el columpio y se dio crema de protección solar en las piernas. Beth, en short y camiseta de tirantes, estaba sentada a la entrada de la cabaña.

—Nos vamos a Chatham —anunció Kelsey, sacudiendo las llaves.

—¿A Lighthouse Beach? —inquirió Ivy.

—Mejor aún —contestó Kelsey—, a una playa privada. Me invitaron personalmente a mí, y voy a permitirle a Dhanya que se aproveche de mi duro trabajo en la fiesta del sábado por la noche. Tú también puedes venir, si te das prisa.

—Tal vez en otra ocasión. Tengo una cita la mar de emocionante con la adicta a las compras de mi madre.

—Bueno, si mamá pone la tarjeta de crédito, la cita no está tan mal —observó Kelsey.

Cuando Dhanya y ella se hubieron marchado, Beth se volvió hacia Ivy.

—¿No vas a ir con Will?

—Está haciendo kayak con Philip.

—A eso es a lo que me refiero. Creía que tú ibas a ir con ellos.

—No. —A Ivy le pareció que Beth censuraba su decisión y se puso a la defensiva—. Mamá se va mañana. Quiero pasar un rato con ella. —Ivy se sentó en el columpio del jardín y le hizo a su amiga una seña para que hiciera lo mismo—. Beth, quisiera preguntarte una cosa. Después del accidente, cuando me miraste, ¿pensaste que estaba muerta?

Beth miró a Ivy fijamente a los ojos. De momento, no contestó.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Lo pensaste? —insistió Ivy.

—Sí, pero me equivoqué —respondió Beth—. Como es obvio.

—Recuerdo haberte dicho que teníamos que salir del coche. Tú actuaste como si no pudieras oírme y, cuando intenté tocarte, mi mano pasó a través de la tuya.

Beth no apartaba sus ojos de los de Ivy.

—Entonces noté que empezaba a ascender, flotando. Recuerdo haber mirado hacia abajo, donde estábamos tú y yo, y haber visto mi cuerpo, aplastado contra la carrocería del coche.

—Una experiencia extracorpórea —dijo Beth, con los ojos abiertos como platos por la sorpresa—. Las personas que están a punto de morir y en el último momento son reanimadas lo mencionan a veces.

Ivy se inclinó hacia su amiga.

—¿Viste tú que alguien me reanimara?

Beth cerró los ojos por unos instantes y se restregó la frente.

—Yo... yo no vi a nadie. Creo que estuve sin conocimiento varios minutos. Recuerdo haber abierto los ojos y haber visto una luz intermitente, y a alguien que se inclinaba sobre mí. Intenté decirles lo que te pasaba, pero me dijeron que no me moviera. Debían de estar reanimándote en aquellos momentos.

—No..., no. —Ivy se llevó la mano al corazón, recordando el momento en que lo sintió latir como loco. No pudo evitar que le temblara la voz—. Fue Tristan.

—¿Qué?! —exclamó Beth.

—Creo que Tristan me salvó.

Beth se apartó de Ivy.

—Quieres decir que, como tú le pediste ayuda, él mandó una ambulancia...

—No, quiero decir que Tristan en persona me salvó. Yo le oí. Sentí que me rodeaba con sus brazos. Me besó.

—Oh, Ivy —replicó Beth, descansando sus manos en las de ella—. No es posible. Tristan cumplió su misión y se marchó una vez que estuviste a salvo de Gregory. La noche que Suzanne y yo pasamos contigo, justo antes del amanecer, se despidió de ti. Tú me lo contaste.

—Te estoy diciendo que vino a ayudarme.

Beth sacudió la cabeza.

—Así es como tu mente ha interpretado la experiencia. O tal vez soñar con Tristan fue la forma que tu subconsciente tuvo de reconfortarte.

—Era él —insistió Ivy.

—¡Ivy, no hagas las cosas más difíciles para ti! Tristan está muerto, y se ha ido.

Ivy retiró sus manos.

—Creo... creo que no es más que el aniversario, que te está afectando —manifestó Beth, con voz más tranquila—. Todo será más fácil una vez que haya pasado. Pero, ahora mismo, ten cuidado con lo que le dices a Will. Él me dijo que... Bueno, simplemente no le hagas daño, Ivy. Este aniversario y el modo en que te está haciendo pensar en Tristan le está resultando muy duro.

Una ira inesperada prendió en Ivy. No necesitaba que Beth le recordara los sentimientos de Will. ¡Como si ella no estuviera sintiéndose ya como una traidora!

Se alejó de allí, sintiéndose igual que en las semanas posteriores a la muerte de Tristan, cuando la gente le daba consejos sobre cómo superarlo, sin que nadie comprendiera cuánto le dolía recordar... y lo doloroso que le resultaba no hacerlo.

—Ivy —la llamó su madre desde la escalera posterior del hotel—. ¿Estás lista? Beth, ¿por qué no vienes con nosotras? ¡Es el día libre de las chicas! Me encantará comprarte algo bonito.

—No, gracias —respondió Beth—. Vuelvo a tener dolor de cabeza —le dijo a Ivy, sin mirarla a los ojos. Luego se encogió levemente de hombros y se retiró a la cabaña.

Al regresar de la mañana de compras, durante la que Ivy había logrado distraer a su madre de la ropa buscando cristal antiguo de Sándwich, sonó en su teléfono un tono de llamada que le resultaba muy familiar.

—Hola, Will.

—¡Ah del barco! —Era la voz de Philip.

—Vaya, ¡que me parta un rayo! —contestó Ivy—. ¿Dónde estás, Barbazul?

—Eh...

Se oyó una discusión al otro lado con unos graznidos de gaviota como fondo y, a continuación, Will se puso al teléfono y le dio instrucciones a Ivy para llegar a la playa de Pleasant Bay, donde Philip y él estaban remando.

—¿Puedes venir?

—Sólo tengo que ponerme el bañador —respondió Ivy.

Cuando llegó a la playa con las toallas, una bolsa de galletas y un termo, Ivy divisó a Will y a Philip cerca del largo kayak verde que la tía Cindy les había prestado. Estaban haciendo un castillo, ambos ataviados con bandanas rojas de pirata en la cabeza y unas sartas de brillantes cuentas alrededor del cuello. Concentrados en cavar y amontonar arena, ninguno de los dos se había percatado de su presencia... ni del ejército de chicas que estaba admirando a Will.

Moreno, con los músculos brillantes de sudor mientras trabajaba, las manos de artista de Will daban rápidamente forma a murallas y torres. De pronto levantó la vista, con sus profundos ojos castaños brillantes de placer.

—¡Hombre, si tenemos aquí a una zagala! —dijo—. Detente, Barbazul.

Barbazul levantó la vista.

—Es una bribona.

—Trátame bien, perro escorbútico —le advirtió Ivy a Philip—, o no compartiré mi botín de pepitas de chocolate.

—¿Pepitas de chocolate? ¡Hola, amiga! —respondió Will—. Deja que te extienda esa toalla. —Le cogió los fardos de las manos y, acercándose a ella, inclinó la cabeza y descansó su frente contra la de la chica—. Me alegro de verte —le dijo en voz baja.

Ivy se quitó las gafas de sol y lo miró a los ojos.

—Los piratas no protagonizan escenas sentimentaloides —declaró Philip.

—Tienes permiso para bajar a tierra —repuso Will, y besó a Ivy.

Extendieron las toallas cerca del castillo y compartieron las galletas. Will abrió una bolsa que estaba herméticamente cerrada y sacó un bloc de dibujo. Lápiz en ristre, trabajaba con rapidez y facilidad, moviendo los ojos del papel a Ivy, y de Ivy al papel.

—En realidad, no necesito mirar —señaló, con una sonrisa—. Te tengo memorizada.

Al cabo de cinco minutos había trazado el boceto de dos piratas con un cofre del tesoro entre ellos: un Barbazul bajito que sostenía en alto una copa adornada con piedras preciosas, y una chica pirata que mostraba un salto de cama con plumas en el cuello y en el bajo. Ivy se echó a reír.

—¿Crees que Lacey y *Ella* podrían conocer a algún pirata en una de sus aventuras de ángeles? —inquirió Philip.

—Tendré que hablar con la autora, pero creo que podremos arreglarlo.

Will buscó una página limpia y, más despacio, se puso a dibujar un grupo de árboles que había a su derecha, trazando con minuciosidad la línea de sus ramas contra el arco profundo y la curvatura de la bahía. Tarareaba mientras dibujaba. A Ivy, la alegría que Will sentía en este momento, aquella felicidad, le causó dolor.

—Philip, ¿quieres que demos un paseo? —preguntó.

Su hermano pequeño se puso en pie de un salto.

—¡Levad anclas e izad las velas! —gritó.

—¡Echa el freno! ¿De dónde has sacado esa frase?

—La ha dicho Will.

Will miró hacia arriba y sonrió.

—No te pierdas, marinero.

Philip miró a derecha e izquierda y le dijo a Ivy:

—¡Por aquí!

Ivy se alegró de que su hermano hubiera señalado a la izquierda, hacia la lengua de arena que se adentraba en la bahía y creaba una cala apartada. Caminó en silencio, mientras Philip, aún lo bastante joven como para expresar en voz alta sus fantasías, se pavoneaba y daba órdenes a su tripulación de piratas. Encontró rubíes y doblones al borde del agua. De cuando en cuando, levantaba su catalejo y descubría algún peligro en el horizonte.

Tras bordear la punta, llegaron a un lugar donde se habían ido depositando piedras arrastradas por las olas, brillantes de humedad y relucientes bajo la luz del crepúsculo. Se arrodillaron y se pusieron a revolver entre ellas.

—Philip —dijo Ivy, intentando parecer despreocupada—, en el hospital le dijiste a alguien que le rezara a Tristan. ¿Tú aún le rezas?

—Claro.

—¿Y te contesta?

—¿Te refieres a si le oigo?

—Sí.

—Ya no. Dejé de oírle después de que Gregory murió.

Ivy asintió con la cabeza y siguió eligiendo piedras, diciéndose a sí misma que no debería haber esperado otra cosa, y que era una tontería sentirse desilusionada.

Philip hizo girar un guijarro entre los dedos y luego volvió a dejarlo donde estaba.

—Oigo a Lacey.

Ivy levantó la vista.

—¿De verdad? Nunca lo habías mencionado.

—Nunca me lo preguntaste.

Ivy se sentó sobre los talones, pensando. No había percibido la presencia de Lacey en casa, no había advertido el revelador resplandor morado que indicaba que el ángel estaba presente, de modo que había asumido que, cuando Tristan había dicho adiós, Lacey también se había marchado.

Por supuesto, a Lacey ella no le gustaba; Ivy lo sabía. Lacey la había ayudado porque al ángel le importaba Tristan; Ivy sospechaba que estaba enamorada de él.

—Yo, jo, jo, y una botella de ron —cantó Philip, removiendo con el dedo las piedrecitas mojadas y la arena—. Los médicos le dijeron a mamá que había sido un milagro que no murieras.

—Sí, parece un milagro. Le recé —titubeó— a un ángel.

Philip levantó los ojos para mirarla, como si de repente hubiera comprendido.

—¿Te ayudó Lacey?

—Creo que algún ángel lo hizo —respondió Ivy.

—Vamos a preguntárselo —decidió Philip—. ¡Lacey! —Se puso en pie y levantó las manos hacia el cielo—. Eh, Lacey, Lacey, Lacey. Venga, Lacey, ¡pillina!

No hubo respuesta. Philip se encogió de hombros y se arrodilló para seguir buscando entre las piedras.

—Me imagino que estará ocupada.

—Bueno, ¡que me aspen si no es el viejo bucanero y su escorbútica hermana! —dijo una voz ronca.

—¡Lacey! —respondió Philip con alegría.

—Hola, Lacey —la saludó Ivy, tratando de impedir que la esperanza se colara en su voz. Si Lacey aún estaba ahí...

—Cuánto tiempo sin vernos —le contestó Lacey a Ivy—, cosa que no me parece mal.

Su resplandor morado se les acercó, como si estuviera poniéndose en cuclillas en la arena.

—Ésta es perfecta —dijo Lacey, y una piedra redonda y suave pareció saltar hasta la mano de Philip—. ¿Qué pasa, Philip? —le preguntó—. Esta vez no puedo quedarme mucho tiempo... Tengo un nuevo trabajo, un aprendiz que no tiene ni idea de lo que hace.

Philip asintió.

—Sólo una pregunta: ¿le salvaste tú la vida a Ivy el domingo por la noche?

—¿Perdón? —Se alejó de donde se encontraban arrodillados Ivy y Philip, y pareció bailar a lo largo de la orilla. Su fulgor era tan delicado como la bruma marina,

del morado intenso de la concha de un molusco—. ¿Salvar a Ivy?

—Beth y yo tuvimos un accidente de coche —explicó Ivy.

Lacey se acercó, rodeando a Ivy, como estudiándola. Ivy sintió una suave presión contra su sien y supo que Lacey estaba materializando sólo las puntas de los dedos; cuando Tristan se marchó, ya era capaz de hacerlo.

—He visto a gente que se ha cortado con un papel y se ha hecho heridas más profundas que éstas —declaró Lacey.

—Lo sé —repuso Ivy con repentina confianza—. Tristan me curó.

—¿Qué?

—¿Tristan? —preguntó Philip, en un tono tan sorprendido como el de Lacey.

—No es posible —manifestó el ángel con firmeza—. La última vez que estuve con Tristan se dirigía hacia la luz. Había cumplido su misión. Gracias a mí —añadió—. En estos momentos, está muy por encima de todos nosotros, codeándose con el Director Número Uno, estoy segura.

—Pero yo sentí sus brazos en torno a mí —insistió Ivy, y narró los detalles del accidente.

Cuando describió que había mirado hacia abajo, que había visto su propio cuerpo en el coche destrozado, y que luego había ascendido en la noche estrellada, el resplandor morado de Lacey se quedó absolutamente inmóvil. Cuando Ivy hubo terminado, Lacey permaneció más de medio minuto sumida en un silencio atípico en ella. Ivy pensó que tal vez hubiera dejado de escuchar en mitad del relato, pero al final Lacey saltó:

—Increíble. ¡Increíble!

Una mano invisible recogió unas piedrecitas y las arrojó al agua, una tras otra.

—¡Eh! —protestó Philip—, ¡ésa era la mejor de todas!

—Disculpa. —La tormenta de piedras cesó—. Sólo espero que estuvieras alucinando —le dijo Lacey a Ivy—, porque, si lo que me describes sucedió de verdad, alguien va a caer en desgracia.

Ivy frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Los ángeles no pueden ir por ahí dando el beso de la vida.

«El beso de la vida», repitió Ivy para sí, recordando que cuando Tristan la había besado fue consciente, de pronto, del latido de su corazón.

—Va contra las normas.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó Ivy a Lacey.

—¿Que cómo lo sé? Mírame. ¿Qué ves?

—Niebla con ganas de discutir —contestó Ivy.

—Ay, sí, se me había olvidado. Dame un segundo... —Lacey se materializó, se paseó pavoneándose orilla arriba, orilla abajo, vestida con unas mallas rasgadas y una

camiseta larga sin mangas—. ¿Os gusta mi nuevo pelo? —inquirió, meneando la cabeza. Lo llevaba teñido de morado, largo y liso, con mechones despuntados—. He adquirido unas cuantas habilidades más desde la última vez que tuvimos el placer de trabajar juntos.

—¡Caramba! —exclamó Philip, alargando la mano para tocar al ángel—. ¡Te has materializado por completo! ¡Eres impresionante, Lacey!

—Gracias, chaval. —Se volvió hacia Ivy—. Durante tres años he logrado posponer mi misión quebrantando las reglas. Si no soy yo la experta en actos prohibidos, ¿quién lo es? Hazme caso, al Director Número Uno no le gusta que los miembros del reparto modifiquen el guión. Va a haber repercusiones.

—¿Porque me salvó? —insistió Ivy.

—Supongo que no escuchabas en catequesis. ¿Es que no te acuerdas de las historias sobre los ángeles caídos? Querían ser como Dios, exactamente igual que Dios. Dar y quitar la vida es privilegio de Dios, no nuestro.

Ivy no contestó. ¿Habría sido Tristan capaz de algo prohibido por ella?

La boca de Lacey se curvó con indignación.

—¡Sólo tú podías hacer que mataran a un chico y, un año después, poner su alma en peligro!

Ivy y Philip se quedaron mirando cómo el cuerpo del ángel se desvanecía, confundándose con la arena, el mar y el cielo. Philip le puso a Ivy una mano en el brazo.

—Quizá sólo lo soñaste.

—Quizá —replicó ella, pero las palabras sonaron huecas, incluso para ella.

Cuando volvían andando desde la cala, Ivy le pidió a Philip que no le mencionara a nadie que Tristan la había ayudado.

—¿Ni siquiera a Will?

El simple hecho de oírle tocar la canción de Tristan había entristecido a Will.

—No, se lo diré yo misma dentro de poco. Es mejor que no mencionemos tampoco a Lacey —añadió.

Ivy sintió alivio cuando Philip y su madre se marcharon el miércoles por la mañana. Se quitó la blusa de seda entallada que su madre había elegido para ella y se puso una camiseta desteñida, una prenda de talla extragrande que había sobrado de un mercadillo que habían hecho en el instituto.

Por primera vez en su vida, Ivy se sentía incómoda con Will. Cada vez que él la miraba, ella temía que pudiera leerle los pensamientos y ver a Tristan en ellos. Se andaba con pies de plomo con Beth, y se había dado cuenta de que ésta también la trataba a ella con cautela. Kelsey y Dhanya, absorbidas con los chicos de Chatham, se pasaban allí la mayor parte del tiempo, cosa que a Ivy no le parecía nada mal. Con quien más a gusto estaba era con *Dusty*, el gato.

El viernes, Will llevó a Ivy a Hyannis para recoger un coche de alquiler que ella iba a utilizar hasta que la compañía de seguros hubiera acabado con el papeleo del siniestro total del suyo.

—Estás muy callada —le dijo él al parar en un semáforo—. ¿Estás preocupada por algo?

—No. —Su respuesta sonó breve y seca, pero no se le ocurría ni una sola palabra que añadir—. No —repitió.

Will se volvió en el asiento para escrutarla.

—El semáforo está verde —observó Ivy.

Will asintió y siguió conduciendo.

—¿Sabes, Ivy? Es natural que volver a conducir te ponga un poco nerviosa.

—No estoy nerviosa. —Observó que él apretaba la mandíbula y se dio cuenta de que Will se sentía como si ella hubiera rechazado sus palabras por considerarlas una tontería—. Porque... es de día —añadió de manera poco convincente—. Así que me imagino que no me preocupa, que no me preocupa como lo haría si estuviera oscuro, como cuando se produjo el accidente.

Permanecieron en silencio el resto del camino. Mientras esperaban en el caluroso aparcamiento a que les llevaran el coche de alquiler, Will hizo sonar sus llaves y dijo:

—Te acompañaré a tu cita en el hospital y, después, quizá podríamos pararnos

a...

—Gracias, no hace falta.

Él la miró entornando los ojos.

—No has vuelto a conducir desde el accidente. Supón que viene un coche de frente y que se acerca demasiado a la línea central. No sabes cómo vas a reaccionar.

—No me pasará nada, Will.

—¿Y si te sigo sólo hasta la puerta del hospital? —sugirió.

Ivy se protegió los ojos del sol y del brillo metálico de los coches.

—Puedo arreglármelas.

—Ivy, tuviste un accidente muy grave. Si el especialista quiere examinarte una vez más no es por capricho, y me gustaría estar ahí, ¿de acuerdo? —Le puso las manos sobre los hombros.

Ivy se echó hacia atrás y vio la sorpresa en los ojos de Will. Desde la noche en que habían ido juntos a enfrentarse a Gregory, nunca había rehuido su contacto.

—Estoy estupendamente —insistió.

Él meneó la cabeza.

—No has vuelto a ser la misma desde que sufriste el accidente. Beth también se ha dado cuenta.

Ivy se picó.

—¿Qué es lo que hacéis Beth y tú? ¿Pasaros el tiempo hablando de mí?

—¡Perdónanos por preocuparnos por ti!

—¡Necesito un poco de espacio, Will!

El rostro de él palideció bajo el bronceado.

—¿Necesitas que yo... te deje espacio?

Ella vaciló.

—Necesito que todo el mundo me deje espacio. Vivimos espantosamente cerca unos de otros. —Casi se convenció a sí misma de que ése era el problema.

—Muy bien. —Will se apartó dos pasos de ella y extendió los brazos, como dándole espacio—. Muy bien.

A continuación, dio media vuelta y se dirigió hacia su coche. Se volvió a mirarla una última vez, pero Ivy no le pidió que volviera, como él tal vez esperaba, y se marchó a toda prisa.

—¿Lista, señorita Lyons? —le preguntó el empleado de la agencia de alquiler de vehículos, que llegaba con una llave—. Le he traído un Escarabajo nuevo.

Ella recogió la bolsa del supermercado que había llenado con pan, jamón y galletas caseras —unos regalos para Andy— y cruzó el aparcamiento detrás de él.

Una hora después, el médico le dijo a Ivy que le mandaría los resultados de las pruebas cuando llegaran, pero que todo parecía estar bien.

—Los muchachos de urgencias aún no lo pueden creer —señaló—. Es estupendo

darle a alguien noticias tan buenas.

A continuación, Ivy subió al sexto piso en ascensor y esperó a Andy en la sala de enfermeros.

Andy salió con expresión perpleja de la habitación contigua a la que había ocupado ella.

—¿Ha visto alguien a Guy? Os aseguro que ese chico no me da tregua.

—No en la última media hora, más o menos —respondió una enfermera de cabello oscuro.

—Eh, ¡mira quién está aquí! —Andy sonrió de oreja a oreja—. ¿Has venido a hacerte una revisión?

—Y a traerte esta muestra de agradecimiento —repuso Ivy.

Andy miró en el interior de la bolsa y sacó el pan. Incluso envuelto emanaba un olor dulce y penetrante a pan de manzana y arándanos. Sacó la lata de galletas y levantó la tapa.

—¡Hummm, qué bueno!

—Es todo casero. La tía Cindy cocina ella misma para el hotel Seabright.

—Lo compartirás, ¿no? —le preguntó a Andy la enfermera morena.

—Tal vez —contestó él, con una sonrisa.

Charlaron durante unos minutos y luego Ivy se encaminó al ascensor, pensando en la tarde que tenía por delante. Le apetecía conducir sin parar, quizá hasta la punta del cabo Cod, bajar a la playa y correr. Pulsó tres veces el botón del ascensor y, tras divisar un letrero que indicaba la salida, se dirigió a la puerta de la escalera. Mientras bajaba corriendo los peldaños, disfrutó del fuerte golpeteo de sus pies contra la superficie de hormigón. Agarrándose a la barandilla de metal, se balanceó en la curva de cada rellano, tal como lo habría hecho Philip. No se dio cuenta de que había una persona agachada en la escalera hasta que chocó contra ella. Ivy se precipitó hacia adelante y él extendió los brazos de golpe.

—¡Sooo! —exclamó, atrayéndola hacia él. Era el chico que se había mostrado tan poco amistoso en el solárium.

Ivy recuperó el equilibrio, pero el muchacho la retuvo, con una mirada tan poderosa como sus manos.

—Suéltame —le ordenó Ivy.

Permanecieron la una junto al otro en el mismo escalón y, al cabo de unos instantes, Ivy ascendió un peldaño para estar a la misma altura que él.

—Ya veo que te encuentras mejor —observó él con sequedad.

—Y yo, que tú sigues siendo tan poco amable como siempre —repuso Ivy, con indiferencia.

Sus ojos se posaron en ella, e Ivy adquirió plena conciencia de sus vaqueros ceñidos y su camiseta demasiado grande. Resuelta a no parecer tímida, le devolvió la

mirada con decisión.

Aquel día, él iba recién afeitado y llevaba unos vaqueros hechos jirones, unos zapatos viejos y un albornoz como cuarenta y cinco centímetros demasiado corto para su tamaño.

—Me alegro de verte, y de no hablarte, de nuevo —le dijo Ivy, comenzando a bajar la escalera.

—¿Tienes coche?

Ivy se volvió, sorprendida por la pregunta.

—Sí, ¿por qué?

—Necesito que me acompañes a un sitio.

—¿Ahora? ¿Adónde?

—No muy lejos —contestó él con despreocupación—. A la ciudad más cercana.

Ivy ladeó la cabeza.

—A Providence —murmuró él.

—Providence no es la ciudad más cercana. Ni siquiera está en el mismo estado —replicó ella.

—A donde sea —repuso él con aspereza—. Sólo quiero que me saques de aquí.

A la luz de los fluorescentes, su piel amoratada parecía de un verde grisáceo.

—Lo siento —contestó Ivy—. No sé qué tipo de problemas médicos tienes, aparte de amnesia, y...

—Jamás he estado mejor..., que yo recuerde —replicó él con sarcasmo, y echó a andar escaleras abajo en su dirección.

—Andy te está buscando.

—Al diablo con Andy. ¡Al diablo todo el mundo! —estalló.

Ivy mantuvo la calma pero bajó la escalera con rapidez, procurando permanecer por delante de él sin provocar una persecución que estaba segura de perder.

—Te dejarán marchar cuando estés bien.

—¡No puedo esperar tanto!

Ivy alcanzó la puerta del nivel 2 y la empujó. No cedió un ápice. Volvió a empujarla.

Él esbozó una sonrisita.

—Eso ya lo intenté yo. He probado a abrirlas todas. —Avanzó hacia ella, escaleras abajo, con paso seguro—. La única que se puede abrir es la del nivel G.

Ivy bajó corriendo los escalones, titubeó al llegar a la puerta del nivel 1 y acabó pasando de largo por delante de ella. El muchacho acortó rápidamente la distancia que había entre ellos, la agarró desde atrás, la hizo volverse hacia él y la empujó contra la pared.

—Saca las llaves.

—¿Por qué quieres irte? —inquirió Ivy.

—Dámelas —exigió él.

—Ni siquiera sabes por qué —aventuró ella—. No tienes ni idea de lo que vas a hacer ni de adónde vas a ir.

Él la soltó y dio un paso atrás. Aquélla era su oportunidad para escapar, pero Ivy vio algo en los ojos del muchacho que le impidió hacerlo.

El muchacho se sentó despacio en la escalera de hormigón y dejó caer la cabeza entre las manos.

—¿Qué pasa? —le preguntó Ivy con voz suave.

Él meneó la cabeza.

—No lo sé. Sólo sé que tengo que escapar. Alguien me persigue y tengo que escapar.

Ivy descendió varios peldaños por debajo de donde él se encontraba y se sentó. Observó que tenía los antebrazos muy magullados, al igual que uno de los lados de la cabeza, cerca de la oreja izquierda. Un largo corte le surcaba el cuello, justo por debajo de la mandíbula. No sólo lo habían encontrado inconsciente en una playa o lo habían salvado de ahogarse. Su historia parecía bastante más compleja. Le habían dado una paliza..., y de las buenas.

Si aquel chico estaba metido en algún lío, implicarse sería una locura. En su opinión, el muchacho recordaba lo que le había pasado, pero no quería admitirlo porque había sido culpa suya.

Ivy hizo ademán de ponerse en pie y en seguida se detuvo. ¿Y si realmente tuviera que escapar, y si alguien estuviera dándole caza? Cuanto pedía era un modo de marcharse del hospital. El instinto de Ivy le decía que lo ayudara. Sin embargo, cuando había empezado a tratar a Gregory, había confiado en su intuición y se había equivocado de medio a medio.

—¿Qué te han dicho de tu dolencia? —le preguntó.

Él eludió responder.

—No tiene importancia.

—Contesta a mi pregunta.

Con un suspiro, obedeció.

—Tenía agua en los pulmones. Obviamente, me habían dado una paliza. Tengo una herida en la cabeza. Los escáneres cerebrales indican que la pérdida de memoria no tiene causas físicas. —Miró hacia otro lado—. Me hicieron hablar con un psiquiatra... Si las causas no son físicas, deben de ser mentales, ¿no?

—Posiblemente —respondió Ivy, sintiendo lástima por él, recordando cómo ella había apartado la muerte de Tristan de su mente y cómo sólo había recordado algunos retazos del «accidente» en forma de horrendas pesadillas.

Él la miró a los ojos.

—Tú has pasado por esto. Es a esto a lo que te referías el otro día, cuando me

dijiste que recordar era tan doloroso como no hacerlo.

Ella asintió, deseando poder asegurarle que las cosas mejorarían, pero su situación era distinta de la de él. Ella tenía el apoyo de Will, de Beth, de su madre y de Philip, y el amor imperecedero de Tristan, para ayudarla a superarlo. ¿Qué tenía él?

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Creo que mi problema de memoria debe de ser contagioso —replicó—. ¿Cómo quieres que lo sepa?

—Dijiste que no recordabas cómo habías resultado herido. No me dijiste lo que sí recuerdas.

La suya fue más bien una sonrisita de suficiencia.

—El personal del hospital me llama Guy. En el ordenador figuro como Guy Unknown, que es ligeramente mejor que John Doe,<sup>[1]</sup> supongo.

—¿Cómo debería llamarte yo?

—¿Cómo llamarías normalmente a alguien que te empuja contra la pared y que te ordena que le des tus llaves? Algo más fuerte que gilipollas, me imagino. —Entonces se puso en pie, bajó un poco la escalera y se detuvo un peldaño más abajo que ella, como si hubiera recordado que ella quería mirarle directamente a los ojos—. Tengo que salir de aquí. Eso es lo único que sé, la única cosa de la que estoy seguro.

Sus ojos azul oscuro le imploraban, e Ivy tuvo que apartar la vista para pensar con claridad.

—Lo vas a tener crudo para pasar vestido con ese albornoz por delante de un guarda de seguridad.

Él le dio un tirón al bajo de la prenda.

—Andy me lo prestó para que no me paseara por los pasillos enseñándole el culo a la gente.

Ivy se echó a reír.

—Muy bien —dijo, tomando una decisión—. Quítatelo.

—¿Qué?

—Que te quites el albornoz —repitió, e intentó no fijarse en su impresionante musculatura ni en los cardenales que la coloreaban—. Ahora, date la vuelta. De espaldas a mí.

—¿Por qué?

—Vamos a intercambiar nuestra ropa.

Cuando Guy se hubo vuelto, Ivy se quitó la enorme camiseta y se la echó a él sobre el hombro.

—Listos —dijo, después de ponerse el albornoz.

Él se volvió de cara a ella, ataviado con su camiseta, mientras le sonreía. Ivy estaba en lo cierto: iluminada con una sonrisa, su cara era de las que podían romperle

a una chica el corazón.

—Servirá —declaró. Las palabras «Instituto de Stonehill» lucían tensas sobre su pecho y le tiraban las costuras de los hombros, pero, vestido de ese modo, llamaba menos la atención que con aquel albornoz tan corto.

—Si no hay ningún guarda de seguridad, simplemente cruzaremos el vestíbulo como si no pasara nada —lo instruyó Ivy—. Si nos paran, yo soy la paciente y tú la persona que ha venido a recogerme. Les diremos que nos hemos cansado de esperar a que los de transporte nos traigan la silla de ruedas. Servirá, porque lo normal es que te dejen una para salir del hospital.

—De acuerdo.

Ivy buscó en su bolso las llaves del coche de alquiler. Se preguntó qué dirían Beth y Will si se lo contaba. No sabía si el seguro de su coche cubría la sustracción del vehículo.

—Y si alguien quiere saberlo, ¿soy tu novio?

—Mi hermano —se apresuró a responder Ivy.

Guy sonrió, como si su contestación le hubiera parecido graciosa, y procedió a bajar la escalera. Empujó la puerta de la planta baja y entró en el vestíbulo con actitud decidida. Parecía sentirse tan cómodo que Ivy se preguntó cuánta experiencia tenía en engaños de este tipo. Se le aceleró el corazón.

Se hallaban en mitad del vestíbulo cuando alguien los detuvo.

—¿Necesita ayuda, señorita?

A pesar del tono aparentemente cordial de su voz, Ivy advirtió al volverse que el guarda de seguridad los estaba observando a ambos con gran atención.

—No, en absoluto.

—¿Es usted una paciente?

—Lo era —contestó Ivy con sinceridad.

—¿Tiene los papeles del alta?

—Por supuesto. —Abrió el bolso y los sacó, alegrándose de haber escrito las indicaciones para llegar al hospital y la hora de su cita en los documentos del alta. Esperaba que el guarda no se percatara de la fecha.

Al ver los impresos, el vigilante indicó con un gesto que no hacía falta que se los diera y, dirigiéndose a Guy, le dijo:

—La señorita debería ir en una silla de ruedas y usted debería acercar el coche a la entrada para recogerla. Es la política del hospital.

—Muy bien —repuso Guy—. Quédate aquí, Isabel.

¿Isabel? Ivy procuró no echarse a reír.

Guy fue a por una silla de ruedas que alguien había abandonado junto al ascensor. Mientras Ivy se sentaba, el guarda recibió una llamada en la radio.

—¿Cuál es la descripción del paciente? —inquirió el guarda—. Alto, cabello

rubio rojizo...

—¡Agárrate, Izzy!

Guy empujó la silla hacia la puerta principal con tanta velocidad que Ivy creyó que iban a estrellarse contra la hoja de vidrio.

—¡Frena! —gritó, pero la puerta se abrió justo a tiempo y ambos salieron disparados por el hueco. Pasaron volando junto a otra silla ocupada, cruzaron la explanada de cemento y llegaron al asfalto.

—¡Espera, espera! —gritó Ivy.

—No podemos esperar. ¿Por dónde vamos? —gritó Guy a su vez.

Ivy señaló con el dedo. Él corrió y empujó como un loco, escabulléndose entre dos coches, girando después a la izquierda, haciendo que Ivy cerrara los ojos y se aferrara a los brazos de la silla.

—¡Frena, chalado! —Pero ahora ella se reía, al igual que él, mientras pasaban zumbando junto a una larga fila de coches estacionados al final del aparcamiento—. ¡El coche blanco! —chilló ella—. ¡Para! ¡Para!

Guy detuvo el coche, y casi arrojó a Ivy sobre el maletero del Volkswagen.

Sin aliento, Ivy saltó de la silla y abrió el coche con dos clics. Tras deslizarse en el asiento del conductor, lanzó los papeles del alta y su bolso al asiento de atrás. Guy dejó la silla de ruedas en un parterre lleno de hierba y entró en el coche de un salto. Se alejaron de allí, riendo, con las ventanillas bajadas, mientras el viento les agitaba el pelo.

—¿Isabel? —le preguntó Ivy al detenerse en un semáforo—. ¿Tengo aspecto de Isabel?

Guy la miró de reojo.

—Me pareció un buen nombre para una hermana.

Ivy siguió conduciendo. El sentido común le decía que debería coger la estatal 28, muy transitada por la gente que iba a la playa y por quienes vivían en los alrededores, ya que quizá aquel muchacho no era de fiar. Sin embargo, sucumbiendo a su instinto —o a su insensatez—, eligió la estatal 6, que recorría la columna vertebral del cabo Cod y que pondría rápidamente distancia entre ellos y el hospital.

—Bueno, ¿cómo te llamas? —preguntó él.

—Ivy.

—Ivy. Izzy... No iba muy desencaminado. Pero Ivy es mejor para una novia.

Ella no contestó, diciéndose que él no estaba flirteando y, lo que era más importante, que ella no quería que lo hiciera.

—¿Adónde vamos, Ivy?

—No lo he decidido todavía. Parece que Andy tiene gusto para vestir a sus pacientes.

—¿Estás diciendo que iba hecho un pordiosero? —espetó, y luego suavizó sus maneras—. No sé lo que habría hecho sin Andy.

Ivy suspiró.

—¡Me siento muy culpable! Espero que no le causemos problemas.

Se produjo un largo silencio.

—Bueno, ahora ya no tiene remedio —terció Ivy, mirando a Guy—. Esas Nike han conocido tiempos mejores.

Él levantó un pie y tiró de la suela de goma del zapato hacia atrás al tiempo que le dirigía una sonrisa.

—Voy a tomar la salida de Dennis. Vamos a hacernos con unos zapatos nuevos y una camisa para ti.

—¿De verdad? ¿Se te da bien robar en las tiendas? —preguntó.

—Voy a comprarlos —contestó Ivy.

—No —replicó él en seguida.

—Sí —insistió ella.

—Ivy, no. No quiero que hagas nada más por mí.

Ivy se preguntó si sería una cuestión de orgullo.

—¿Qué vas a hacer para evitarlo? —inquirió en voz alta—. ¿Abrir el coche y

saltar? Voy casi a cien kilómetros por hora.

—A ciento diez —la corrigió él.

Ella miró el cuentakilómetros y redujo la velocidad.

Siguió otro largo silencio.

Ivy sabía lo que Guy necesitaba: su familia, sus amigos y sus recuerdos. Pero lo único que ella podía ofrecerle eran cosas que pudieran comprarse con dinero.

—¿Te acuerdas de algo? —le preguntó—. ¿Como si vives en el cabo Cod o estás sólo de visita?

—Vivo aquí.

Su titubeo inicial lo delató.

—Ya veo. Por eso pensabas que Providence era la ciudad de al lado, en lugar de la capital de Rhode Island.

Guy inspiró profundamente y soltó el aire, como si ella estuviera poniendo a prueba su paciencia.

—Es así. Algunas cosas, nombres, una persona u objeto, incluso un olor parecen familiares, pero no sé cómo ni por qué. En cuanto intento concentrarme en lo que parece familiar, se me escapa.

—Eso es duro.

Oyó que Guy se volvía en el asiento y se percató de que la estaba estudiando; mantuvo los ojos fijos en la carretera.

—¿Fue eso lo que te pasó a ti? —le preguntó él.

—Sí... y no. Yo no recordaba el accidente, pero sabía quién era cuando desperté. Y sabía lo que había perdido.

—¿Y qué era? —inquirió Guy.

Ella no contestó.

—Ésta es nuestra salida.

Ivy avanzó unos ochocientos metros por una carretera de dos carriles flanqueada por una mezcla de árboles de hoja caduca y matorrales de pino. Luego torció hacia el aparcamiento que estaba junto a la hilera de tiendecitas donde su madre y ella se habían detenido unos días antes. Entre las tiendas de Wicker & Wood y Everything Cranberry había un establecimiento que vendía ropa de deporte. Ivy paró en el borde arenoso del parking, donde los árboles daban sombra. Sacó las llaves del contacto y se volvió hacia Guy.

—¿Qué crees que necesitarás para arreglártelas durante una temporada?

—No necesito nada de nadie.

—Una camisa, una sudadera y unos pantalones cortos —prosiguió—, calcetines, zapatos, ropa interior..., una toalla. ¿Qué más?

Guy miraba al frente, con los puños en el regazo.

Ivy se estiró para coger el bolso del asiento trasero.

—Escucha, sé que esto no resuelve ninguno de los retos de mayor importancia a los que te enfrentas, pero es un comienzo.

Guy estalló.

—¿Mis retos de mayor importancia? ¡Hablas como una jodida psiquiatra!

—¿A lo mejor preferirías que los llamara «problemas sin solución»?

—¿Y eso no sería más sincero?

—Sólo si crees que no tienen solución —respondió Ivy.

—Ahora me darás una conferencia sobre el programa de doce pasos. Paso uno: admite que tienes un problema.

—Esto es un buen comienzo —aprobó ella. Guy hizo una mueca, pero ella continuó—: No sólo porque estás admitiendo que tienes un problema. También nos dice que, por algún motivo, estás al corriente de los programas de ayuda contra el consumo de drogas y alcohol. Es una pista.

—¿Una pista que me dice qué? —preguntó él, incrédulo—. ¿Que mi padre era alcohólico? ¿Que mi hermano, o tal vez mis amigos o mi madre tomaban drogas? ¡Tal vez me drogaba yo! O quizá esta pista me dice tan sólo que Alcohólicos Anónimos dio una charla en mi instituto y que yo, por aquellas casualidades de la vida, aquel día estaba escuchando. ¡No me dice nada!

Ivy hizo un esfuerzo por no perder la paciencia.

—Como es obvio, una pieza del rompecabezas no tiene importancia en sí misma. Pero una vez que empiezas a encajarla con otras piezas acaba formando una imagen. Presta atención cuando te encuentres de pronto con una pieza del rompecabezas; no te pongas furioso y la tires de la mesa. —Dejó caer las llaves en el interior del bolso—. ¿Vienes?

—No.

—No le des tanta importancia. Puedes devolverme el dinero más adelante. Entretanto, no puedes ir sin una camisa y unos zapatos decentes. —Esperó otros treinta segundos y luego salió del coche.

Él asomó la cabeza por la ventana.

—Bonito conjunto —le gritó.

Ivy miró hacia abajo. ¡El albornoz! Se echó a reír.

—¿Qué pasa? Es mi pareo.

Utilizando las medidas de Will como referencia, Ivy revolvió entre camisetas y pantalones cortos de algodón de brillantes colores. Pensó que Guy debía de estar muy asustado; cualquiera que estuviera dispuesto a abandonar el hospital —un techo, una cama y comida— cuando no tenía ningún otro sitio adonde ir tenía mucho miedo de algo. Sus brotes de ira se debían a su desasosiego y a su orgullo herido. Si Will se encontrara en esta situación, ¿actuaría igual? No estaba segura, pero Tristan sí tenía ese tipo de orgullo.

Ivy añadió a su lista de adquisiciones una mochila grande, un par de pantalones con muchos bolsillos, unas gafas de sol y otra toalla. Al llegar a la caja pagó de más con su tarjeta de débito y pidió que le dieran la diferencia en efectivo. A continuación, metió el dinero, el recibo y los demás artículos en la mochila.

Al salir de la tienda caminó despacio hacia el coche, meditando sobre la situación. Cuando levantó la vista no pudo dar crédito a sus ojos: Guy se había ido. Miró rápidamente a su alrededor, por si hubiera salido del vehículo a estirar las piernas, pero había desaparecido. Exploró atentamente la sombra verde del bosque que rodeaba el aparcamiento. Su ruta de escape... ¿Adónde? Probablemente Guy no tuviera la menor idea.

Le había dejado la camiseta en el asiento trasero del coche. ¡Qué orgullo tan estúpido y ridículo! Ivy sacó un bolígrafo del bolso, escribió el nombre «Guy» en la mochila, la cogió y la lanzó, con todas sus fuerzas, hacia los árboles. Acto seguido, se dirigió a Nauset Light Beach, donde estuvo corriendo entre el fuerte oleaje hasta que quedó exhausta, deseando que sus confusas emociones pudieran escurrirse y perderse en el mar.

—Podrías haber llamado —la amonestó Will dos horas después—. Deberías haberte llevado el teléfono. Nos tenías preocupados.

Estaba trabajando junto al gran jardín que se extendía entre la cabaña y el pequeño hotel, lijando una vieja librería que había encontrado entre el montón de muebles viejos de la tía Cindy. Beth estaba sentada cerca de él en una tumbona, con un libro abierto boca abajo sobre el brazo plano de la silla.

—Ya te dije que no me pasaba nada —repuso Ivy.

—La cita en el hospital fue hace horas. Pensé que algo no iba bien.

Ivy se quitó los zapatos y sacudió la arena que había en su interior.

—He estado en la playa.

La boca de Will formaba una línea recta y los músculos de sus antebrazos brillaban cubiertos de sudor mientras lijaba con furia. Beth trasladó alternativamente su mirada de Will a Ivy y de Ivy a Will.

—¿Por qué habrías de creer que algo no iba bien? —inquirió Ivy.

—Dados tus antecedentes, Ivy, ¿por qué habría de creer que todo iba bien?

Ella no contestó.

—Si Beth, que ni siquiera estuvo ingresada, hubiera ido a una revisión y hubiera vuelto a casa tres horas más tarde de lo que tú esperabas, ¿no te habrías preocupado?

—Vale, vale, está bien, tú ganas —repuso Ivy, esperando poner fin a la discusión.

Will levantó la vista de su trabajo, sin ira, pero con la preocupación reflejada en sus profundos ojos castaños.

—No estoy intentando ganar. Sólo quiero comprender lo que está pasando.

—Yo también —replicó Ivy con sinceridad, y entró en la cabaña.

—¡Pero si en casa te gustaba hacer kayak por el río! —le dijo Ivy a Beth el domingo a mediodía. Como sólo unos cuantos clientes se habían quedado tras el fin de semana, ya habían terminado el trabajo y estaban regresando a la cabaña por el sendero de piedra que cruzaba el jardín.

—Billingsgate Island me parece muy misterioso, así, surgiendo del agua con la marea baja... ¡y con ese barco hundido! —siguió diciendo Ivy. Durante la última semana, Beth se había estado quejando de que sufría el bloqueo del escritor—. Te inspirará —añadió en tono alentador.

—Supongo —repuso Beth sin entusiasmo.

—Tal vez no sea el hecho de hacer kayak —sugirió Ivy, tras pensarlo un momento—, sino la persona con quien lo haces. ¿Ha sucedido alguna cosa desde la cita con Chase en la heladería? Entonces me pareció que de verdad te gustaba mucho.

Beth se encogió de hombros.

—Me manda muchos mensajes.

—Quiere ir en serio contigo —concluyó Ivy—. Y tú eres demasiado amable para decirle que lo deje ya.

Beth se volvió hacia Ivy.

—Sabes que tienes demasiado buen corazón —prosiguió Ivy, sonriéndole a su amiga—. Ni siquiera matas a las moscas.

—A ésta tal vez sí la mate —repuso Beth mientras entraba en la cabaña.

Ivy cogió un libro de misterio encuadernado en rústica, uno de los muchos que habían olvidado los visitantes del hotel, y se lo llevó al porche. Situado en la parte de la casa que daba al mar, éste se extendía a lo largo de todo el edificio, envolviendo una de sus esquinas, y tenía una luz especial. A primera hora de la mañana, era un espacio ventilado que flotaba a la deriva en el resplandor de color mermelada y amarillo del amanecer, pero, poco a poco, se iba volviendo tan sereno y azul como la distante faja del mar. Cuando no había huéspedes, a Ivy le gustaba sentarse allí. Recostada hacia atrás en una mecedora de madera, con los pies sobre la barandilla del porche, contemplaba, más allá del lindero verde del jardín de la tía Cindy, el océano y el cielo sin nubes, y dejaba que su mente vagara.

«Es una sensación extraordinaria, Ivy. ¿Sabes lo que es flotar en medio de un lago rodeado de árboles con el azul inmenso del cielo sobre ti? Estás tumbado en el agua, y el sol centellea en la punta de los dedos de tus manos y de tus pies».

Había imaginado tantas veces que flotaba con Tristan en mitad de un lago mientras la luz del sol los bañaba que el sueño se había vuelto tan tangible como los

recuerdos reales que conservaba de él.

¿Por qué se le había ocurrido que escapar al cabo Cod pondría distancia entre ella y sus recuerdos? Había agua por todas partes y, allí donde había agua, ella pensaba en Tristan.

Ivy suspiró, abrió el libro y miró las palabras sin leerlas. Hacía una semana, se había despertado en el hospital con la certeza de que Tristan la había besado.

No había sido un sueño consolador, como decía Beth. ¡Le había provocado una nostalgia de Tristan aún mayor! Y dejaba dolorosamente clara la diferencia entre lo que había tenido con Tristan y lo que sentía por Will. Los visitantes de los fines de semana y el trabajo a tiempo completo habían contribuido a que los últimos días transcurrieran más de prisa para Will y para ella; pero, ahora que tenían tiempo para estar juntos, Ivy se había sentido aliviada al oírle decir que se iba a Chatham a buscar materiales para pintar.

—Eh, nena, mueve ese bonito culo y ven a correr conmigo —le gritó Kelsey a Ivy, arrancándola bruscamente de sus pensamientos.

Kelsey, que llevaba un rato trotando alrededor del hotelito, se puso ahora a correr sin moverse del sitio. Llevaba el pelo, de color caoba, recogido en lo alto de la cabeza con una saltarina cola de caballo.

Ivy sonrió ante la invitación, que sospechaba que no iba en serio, y sacudió la cabeza en gesto negativo.

—¿Cuánto vas a correr?

—Hoy voy a correr cinco millas por la playa, que es como diez por la carretera, luego veinte minutos intensos de natación y una hora de bicicleta. Estoy planteándome hacer triatlón en septiembre.

—Eres increíble —declaró Ivy.

—No deberías decirle eso —intervino Dhanya, tras salir al porche con un cuenco lleno de arándanos de aspecto escarchado que habían sobrado del desayuno del hotel—. Kelsey ya lo piensa demasiado a menudo.

—Ya lo sabe —la corrigió Kelsey, tras lo cual se ajustó el iPod y salió corriendo en dirección a la escalera para encaminarse a la playa.

Dhanya se sentó.

—¿Arándanos? —le ofreció a Ivy, tendiéndole el cuenco.

—Gracias.

Dhanya dejó el recipiente sobre una mesita que había entre las dos, se mecía adelante y atrás por unos instantes, puso los pies en alto encima de la barandilla y se dedicó a mirárselos.

—El barniz color lavanda te sienta bien —la alabó Ivy.

Dhanya arrugó la nariz.

—Nunca tendré unos pies bonitos. Los bailarines los tenemos feos, nos

machacamos los dedos.

—¿Haces ballet clásico?

—Y moderno, y jazz, incluso claqué. Solía aprender danzas indias, pero mi profesor era viejo y estricto, estaba obsesionado con la actitud. «Disciplina, Dhanya, disciplina» —dijo Dhanya fingiendo un marcado acento británico, e hizo una mueca—. ¿Te gustaría venir hoy a Chatham con Kelsey y conmigo? Max ha invitado a un grupo de amigos de la universidad.

—Gracias, pero esta tarde me voy a Provincetown con Beth y Will.

Dhanya suspiró.

—Tienes mucha suerte... Will es estupendo.

—Mmm —repuso Ivy, y cambió de tema—. Háblame de Max.

Dhanya hizo como que no escuchaba.

—Kelsey dijo que te gustaba —insistió Ivy.

—A Kelsey le gustaría que me gustara. Por algún motivo piensa que es perfecto para mí, lo cual me parece insultante. No hace más que decirme que soy una esnob. ¿Tú qué crees?

Aquella pregunta tan directa sorprendió a Ivy.

—Creo que la mayoría de nosotros lo somos de un modo u otro. Lo que pasa es que no nos damos cuenta de nuestros propios prejuicios.

—Sí, pero algunas personas te miran realmente por encima del hombro —afirmó Dhanya—. Es una cosa que odio. En especial cuando me lo hacen a mí.

—Bueno, ¿cómo es Max? —inquirió Ivy.

—Rico. —Dhanya estiró las puntas de los pies y después relajó los tobillos—. Tengo que dejar de enterrar los pies en la arena. Están más blancos que las piernas... Max es rico y hortera, muy interesado en cosas como las lanchas rápidas y los coches deportivos vistosos. Puede que tenga mucho dinero, pero se comporta de una manera muy... proletaria.

Ivy se mordió el labio para no echarse a reír. Antes de que su madre se casara con Andrew, su familia vivía en el proletario municipio de Norwalk.

—Su padre es propietario de una cadena de tiendas en las que venden ropa barata —añadió Dhanya.

Ivy ladeó la cabeza.

—¿Y?

—Max parece comprarle la ropa a su padre. Yo quiero a alguien que sea tan rico como Max y que tenga tanta clase como Will.

—Quizá ese alguien se presente en la fiesta que da Max en la playa —repuso Ivy, intentando ocultar su irritación. No necesitaba que nadie le recordase que Will era un chico estupendo—. ¿En el instituto saliste con alguien que realmente te gustara?

—No, pero tengo un novio en Facebook —respondió Dhanya—. Claro que es

difícil llevar a un chico de Australia al baile de graduación.

Tras un largo silencio, Dhanya añadió:

—Gracias por no decir algo como: «Pon los pies en el suelo, Dhanya». Kelsey dice que vivo en las nubes. Dice que tengo miedo de los chicos de verdad.

Por unos instantes, Ivy tuvo lástima de Dhanya.

—Kelsey se mete demasiado en tus asuntos. Tal vez debería centrarse en sí misma y dejarte en paz una temporada.

Dhanya esbozó una leve sonrisa.

—Sí. Tal vez. ¿Más arándanos?

—No, gracias.

Dhanya cogió el último puñado, recogió el cuenco y regresó a la cabaña.

Ivy abrió su libro de misterio y leyó el primer capítulo. Tuvo que leerlo dos veces antes de entender lo suficiente como para poder proseguir; pero al final, el mar, el aire impregnado de sal y el soleado porche se desvanecieron, e Ivy se encontró arrastrándose con el protagonista por un oscuro callejón de Londres.

Al cabo de una hora, más o menos, sintió una mano que se posaba en su hombro.

—Eh, Will —dijo—. ¿Encontraste todo lo que querías?

—¿Quién es Will?

Al oír la voz de Guy, Ivy se volvió, sin saber si se alegraba o si se sentía molesta por que hubiera vuelto a aparecer.

—¿Cómo me has encontrado?

—Por tus papeles del hospital. ¿Cómo sabías que volvería al aparcamiento?

Llevaba puestos los pantalones y la sudadera que ella le había comprado. Y sus zapatos viejos; los nuevos estaban atados a la mochila.

—No lo sabía. Simplemente estaba demasiado furiosa para regresar a la tienda y devolver las cosas.

Guy esbozó una sonrisa. Dejó caer la mochila en el suelo del porche. Al ver un petate nuevo sujeto a ella, Ivy esperó que hubiera utilizado el dinero en lugar de robar nada.

—Siéntate —lo invitó.

Él meneó la cabeza y se apoyó contra la barandilla, mirándola.

—Estoy lleno de barro.

—¿Dónde has estado viviendo todo este tiempo?

Guy se encogió de hombros.

—Por ahí.

Ivy cerró el libro.

—¿Por aquí cerca?

—Aquí y allá —contestó él, esquivo.

—¿Has comido algo en los últimos cuatro días?

—Sí —respondió Guy—, pero no te gustaría saber qué.

—Claro que sí.

Él se echó a reír. ¿Eran las mejillas sin afeitar, el cabello revuelto o la malicia que había en sus ojos? ¿Qué era lo que hacía su risa tan sexy?

—Sobras —precisó—. Todo un surtido de sobras.

—¡Qué bueno! ¿Por qué no viniste aquí desde el principio?

—Porque ya habías hecho bastante.

—En tal caso, ¿por qué estás aquí ahora?

El rostro de Guy se puso serio. Había algo cautivador en sus ojos y en el modo en que parecían atisbar dentro del alma de Ivy. La muchacha no podía dejar de mirarlos.

—Porque estoy lo bastante hambriento. —Guy apartó los ojos de ella y se puso a contemplar el agua—. Bonita vista.

—Bueno, ¿y qué va a ser? —inquirió ella—. ¿Desayuno, comida o cena?

—Lo que tengas.

Ivy se levantó y le sostuvo la puerta para que entrara.

—Ven.

—Me quedaré fuera.

—No hay nadie —insistió ella—. Entra.

—¿Y si vuelve Will?

Ivy creyó percibir un destello en los ojos de Guy.

—Entonces, te lo presentaré —dijo.

—Me encuentro mejor aquí fuera.

Ivy meneó la cabeza.

—Está bien, cocino para ti y al volver descubro que te has ido, me pondré hecha una auténtica fiera.

—Casi vale la pena ocultarse entre los arbustos sólo para verte perder los nervios —repuso él, sonriendo. Sentado en el suelo del porche, apoyó la espalda contra el enrejado de madera.

Ivy se retiró a la cocina, y, tras reflexionar unos instantes, le hizo una tortilla de queso, suponiendo que tendría un montón de proteínas, y luego cortó una enorme rebanada del pan casero de la tía Cindy. Añadió a la bandeja fruta variada y una taza de té, y, al atravesar el salón cargada con la comida, se detuvo a mirar a Guy a través de la puerta mosquitera. Tenía los ojos cerrados y sus hombros se combaban contra los balaustres del porche. El corazón de Ivy voló hacia él. Estaba exhausto.

—Huelo a comida —manifestó, abriendo los ojos.

Ivy titubeó unos instantes sin saber dónde dejar la bandeja y acabó poniéndola en el suelo junto a él.

—Gracias —murmuró Guy, y se puso a comer.

Apartando su silla, Ivy se sentó en el porche a unos metros de distancia del chico

y se dedicó a estudiarlo. Guy se había quitado los zapatos y se había enrollado una manga para comer. Ivy se fijó en que tenía los pies y los tobillos muy maltrechos, al igual que el antebrazo. La pelea en la que había estado envuelto debía de haber sido brutal.

—Bueno, ¿dónde has pasado estos días? —le preguntó.

—Ya hemos abordado ese tema —contestó él.

Ella asintió.

—Pensé que tal vez ahora ibas a responder.

—Por ahí.

Ivy tamborileó los dedos contra el suelo del porche. Se preguntó adónde iría si quisiera dormir al aire libre sin levantar sospechas y, no obstante, quisiera estar cerca de un número suficiente de personas como para conseguir «sobras». Dado que no tenía coche, no podía haber ido muy lejos. «El parque estatal Nickerson», dijo en voz alta.

El rostro de él se mantuvo indescifrable. Tras dejar el tenedor, cogió el tazón de té, sosteniéndolo con ambas manos, como si se las estuviera calentando. No era calor lo que Guy necesitaba, pensó Ivy, sino consuelo, atenciones. No sabía cómo ayudarlo; la última vez, su consuelo y sus atenciones habían hecho que saliera corriendo.

—¿Has recordado algo sobre tu pasado?

Él tomó un sorbo de té.

—No.

—¿Sigue habiendo cosas que te parecen vagamente familiares?

Guy frunció el ceño y centró la vista en la taza de té. Ivy se preguntó si estaría eligiendo las palabras, decidiendo qué contarle y qué no revelar.

—Si acaso, estoy empeorando. Ahora, las cosas que me parecen familiares son demasiadas como para poder entenderlas. Además, a veces son contradictorias. Un día, un olor, el de una hoguera, por ejemplo, me causa una sensación agradable; y, al día siguiente, ese mismo olor me da ganas de salir huyendo.

—Cuando fuiste al parque, ¿viste una indicación y la seguiste o crees que tal vez supieras que estaba ahí?

Guy vaciló.

«Puedes confiar en mí», deseaba decirle Ivy. En ocasiones, lo más difícil era esperar hasta que otra persona decidiera confiar en uno.

—Lo vi en un mapa. Recuerdo cosas generales, como que los moteles tienen mapas gratis en el vestíbulo. Cuando vi el tamaño del parque en el mapa, supe que allí podría sobrevivir y esconderme si ellos venían a por mí.

Ivy se inclinó hacia adelante.

—¿Quiénes son ellos?

—No lo sé.

—Pero ¿es más de una persona?

—¡No lo sé! —Sus ojos adoptaron un color azul plomizo—. ¿Cómo voy a saberlo?

Ivy se mordió el labio al darse cuenta de que lo había presionado en exceso. Sus ojos, que ahora parecían más grises que azules, le decían que Guy se había agazapado tras sus propios miedos y pensamientos. El muchacho recorrió con el dedo el largo corte que tenía bajo la barbilla. Ivy sintió miedo por él, pero sabía que decírselo lo haría recelar aún más de ella.

—Aquí está lo que yo puedo ofrecerte —le dijo—. Una navaja de afeitar y una ducha.

—No necesito nada de todo eso —se apresuró a responder Guy.

—Probablemente te sentirás mejor. Si dejas que te lave y te seque la ropa, estarás bien unos cuantos días más.

—¿Intentas adecentarme?

—Sí, si es posible.

Guy arqueó una ceja y se echó a reír.

—Tienes mucho que investigar —terció ella—. Necesitas que la gente no desconfíe de tu aspecto.

—En eso tienes razón —replicó él, sonriendo—. Me daré prisa.

Unos minutos después, a través de la puerta del baño, Guy le dio a Ivy las prendas que llevaba puestas y la ropa sucia que tenía en la mochila; ella, a su vez, le pasó una toalla pequeña y otra de playa. Había pensado registrar la habitación de Will en busca de lo necesario para afeitarse y de un desodorante, pero algo la detuvo, así que le ofreció a Guy el suyo.

—¡Vaya, voy a oler bien! —comentó.

—La lavandería está en el hotel, junto a la cocina —le indicó Ivy, y se dirigió hacia allí con la ropa.

Mientras llenaba la lavadora, buscó en los bolsillos de Guy para asegurarse de que estaban vacíos. Encontró una de las hojas de su alta hospitalaria, en la que constaban la dirección del hotel y los datos de contacto de su familia; la hoja estaba tan doblada que había acabado convertida en un cuadrado diminuto. Anotó en ella su número de teléfono móvil, volvió a doblarla y la dejó en un cuenco encima de la secadora. También encontró unas monedas y, al llamarle la atención un destello dorado, se fijó en ellas. Se quedó sin aliento.

En su palma descansaba una moneda brillante con un ángel estampado, como una señal del cielo.

Philip le había tendido la mano a Guy en el hospital, pensó Ivy mientras volvía a la cabaña, igual que ella. Su instinto estaba en lo cierto; los dos, Philip y ella, estaban destinados a encontrar y ayudar a Guy. Ivy sonrió; tal vez ellos fueran los «ángeles» de Guy.

—Necesito ropa —le gritó Guy a Ivy desde el segundo piso de la cabaña.

Ivy fue a la cocina.

—Tarda más en lavarse que tú —le gritó desde el pie de la escalera—. Para eso está la toalla de playa. Cuando bajes, sírvete tú mismo lo que quieras para comer.

Ivy regresó al salón, escogió uno de los muchos puzzles que la tía Cindy tenía para los días de lluvia y se puso a hacerlo. Una vez que la mesa de café estuvo despejada, se sentó en el sofá y observó con atención la tapa de la caja, que mostraba una pintura de una ciudad y un puente idílicos de Nueva Inglaterra. Revolviendo en la caja del rompecabezas, procedió a separar las piezas que fueran verdes y tuvieran los bordes rectos.

Guy entró en la sala unos minutos después, mordiéndose una manzana. Tenía el cabello aún mojado, más oscuro que de costumbre. Llevaba la toalla de playa de Ivy ceñida como una falda de cintura baja, dejando a la vista el poderío de la parte superior de su cuerpo y sus heridas. Ivy tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no quedarse mirándolo.

—¿Dónde me siento? —inquirió él.

—Donde quieras.

Guy miró la caja del puzzle y, acto seguido, se acomodó en un sillón situado frente a la mesa de café que formaba una L con el sofá. Ivy, que ya había apartado un montoncito de piezas verdes, le tendió la caja, esperando que el puzzle lo distrajera de sus problemas. Mientras buscaba entre el contenido de la caja, sacando piezas en las que se viera el cielo azul y que tuvieran los bordes rectos, Guy se puso a cantarrear desafinando mucho, cosa que hizo sonreír a Ivy.

—¿Te estás riendo de mí? —le preguntó él.

Ella se quedó mirando aquellos ojos centelleantes.

—No me atrevería... ¿Qué canción es?

—¿No la reconoces? —Le dirigió una sonrisa—. Yo tampoco.

Ivy intentó tararear lo que acababa de oír, ajustando las notas desafinadas, y, de pronto, dijo:

—*If I Loved You*.

Guy levantó la vista para mirarla, sobresaltado.

—Es el título de la canción —le explicó ella, y le cantó las tres primeras frases.

Él soltó una risa.

—Ah, sí, ahora la reconozco.

—Es de... —Ivy se llevó la mano a la boca mientras trataba de recordar.

—¿Lo sabes?

—De *Carousel* —contestó en voz baja. El año anterior, cuando Tristan intentaba comunicarse con ella como ángel, había tocado en su piano las primeras notas de una canción de *Carousel*—. ¿Te gustan los musicales? —le preguntó a Guy, forzándose a volver al presente.

—Supongo que sí.

Siguieron trabajando en el puzle, mientras Ivy reflexionaba sobre la extraña conexión entre ambos hechos.

—Aquí hay una de las tuyas —señaló Guy, aproximándose de improviso a ella, y dejó la pieza verde que había encontrado junto a las que Ivy había reunido ya.

La sensación que la invadió en aquel instante la pilló desprevenida. No podía explicárselo. De pronto, percibió su presencia con tremenda intensidad, sintió su cercanía como una especie de calor interior. Atónita, apoyó de inmediato la espalda en el sofá. Pensó en levantarse, en poner distancia entre ambos. Pero la confusión y el orgullo la mantuvieron firme en su sitio. Se tocó las mejillas, temiendo que hubieran cobrado un agudo color rosa.

—He encontrado otra. —Guy se inclinó hacia ella.

La conciencia abrumadora de su proximidad la recorrió como una ola y la hizo sentirse mareada. ¡Qué locura! Ivy juntó bruscamente dos piezas y añadió una tercera.

—Creo que esta última la has forzado —observó él.

Ivy retiró la sinuosa pieza.

—¡Ya lo sé!

Tal vez fuera la sequedad de su respuesta lo que hizo que él levantara la vista y la mirara con atención. Siete centímetros separaban los rostros de ambos. Ella intentó mirar hacia otro lado, pero no pudo. Guy bajó los ojos. Ivy se dio cuenta de que él le miraba la boca con insistencia. Si una mirada pudiera ser un beso...

—¡Hola, he vuelto!

Ivy volcó la caja con las piezas del puzle. Unas mil cuatrocientas piececitas se desparramaron por el suelo.

—¡Ah! Hola, Will —dijo, recogiendo las piezas con ambas manos mientras él entraba por la puerta mosquitera.

Guy se agachó a coger la caja, que había caído entre Ivy y él. Will se detuvo en seco. Al mirar hacia abajo, Ivy se dio cuenta de lo que Will veía desde su perspectiva: una espalda desnuda y unos hombros anchos y musculosos.

—¿Y tú quién eres? —preguntó Will.

Guy se incorporó, se puso en pie y se subió precipitadamente la toalla. Will siguió mirándolo fijamente; sus ojos se percataron de sus heridas. Guy le devolvió la mirada.

—He dicho que quién eres.

—Me llaman Guy.

—Guy acaba de salir del hospital —le explicó Ivy—. Estaba en el mismo piso que yo.

—¿Ah, sí? —repuso Will, lacónico. Y, dirigiéndose a Guy, dijo—: Supongo que saldrías del hospital vestido con algo más que la toalla de Ivy.

Guy sonrió.

—Sí, salí con su camiseta.

A Will no pareció hacerle gracia.

—Es una larga historia —intervino Ivy.

—No tengo prisa.

—Ahora mismo, Guy no tiene dónde vivir —le explicó Ivy a Will—. Ha tenido muchos problemas. Le dije que podía ducharse aquí. Su ropa está en la lavadora. Es lo mínimo que podemos hacer por él.

—Sí, ya me doy cuenta de que ha tenido muchos problemas —observó Will con sarcasmo, y dejó en el suelo los paquetes que llevaba.

Ivy se sintió fatal, consciente de que Will, entusiasmado con lo que había comprado en la tienda de materiales artísticos, había ido directamente a la cabaña para enseñárselo.

—El problema es que no consigo recordar lo que me pasó —manifestó Guy.

El modo en que Will ladeó la cabeza dejó bien claro que no le creía.

—Will, no recuerda quién es ni dónde vive —añadió Ivy, rogándole comprensión.

—Eso resulta muy práctico —señaló Will.

—Cuando llueve no lo es —repuso Guy.

—He oído hablar de ti —dijo Will— a Kelsey y a Dhanya. Qué raro que Ivy no te mencionara para nada.

Guy trasladó los ojos de Will a Ivy, y viceversa.

—Y nadie parece estar echándote de menos —prosiguió Will—. Me pregunto por qué ni amigos ni familia han denunciado la desaparición de un chico tan majo como tú.

Guy asintió, tranquilo, con la cabeza.

—Eso parece sugerir que se alegran de deshacerse de mí.

—No ha pasado demasiado tiempo —se apresuró a añadir Ivy—. Sólo desde el domingo... Una semana. Tal vez tus amigos y tu familia piensen que estás de viaje, y no esperen verte ni saber de ti por ahora.

Will se volvió hacia Ivy con una mirada que decía: «Estás loca si te crees esta historia».

Guy le dirigió a Ivy una sonrisa burlona.

—¿Cómo llegaste al hospital? —le preguntó Will a Guy.

—Unas personas que estaban paseando a un perro me encontraron inconsciente y llamaron a una ambulancia.

—¿Y dónde te encontraron?

—En Lighthouse Beach —contestó Guy.

—¿En Chatham? ¿El domingo pasado, en Chatham?

—El lunes, en realidad —lo corrigió Guy—. Justo después de medianoche.

—¡Debió de ser una noche infernal para los servicios médicos de urgencias!

Guy frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Desde luego, espero que no tuvieras un encuentro con otro coche en Morris Island.

—¡Will! —exclamó Ivy, reconociendo la acusación que implicaban sus palabras—. ¡Eso es ridículo! No han encontrado el coche que se nos echó encima.

—Y no han averiguado quién es el tío este —replicó Will—, ni por qué no recuerda nada, ni por qué estaba inconsciente en el suelo a escasa distancia de donde tu coche quedó destrozado.

Will recorrió la habitación a grandes pasos, se detuvo y se volvió hacia Guy.

—Estoy seguro de que tienes una buena razón para haberte marchado del hospital vestido con la camiseta de Ivy. Me parece que debía de irte un poco pequeña.

—Así es —repuso Guy.

Ivy relató lo que había pasado en el hospital y, con cada detalle que añadía, Will se encolerizaba un poco más.

—Déjame que lo entienda —dijo Will, incrédulo—. Le ayudaste a escapar del hospital sin que su médico le diera el alta, cuando probablemente aún necesitaba atención médica y, por supuesto, antes de que pagara la factura.

—Sólo obedecí a mi instinto —contestó Ivy, poniéndose a la defensiva—. Le di a una persona el beneficio de la duda. ¡Tal vez tú deberías probar alguna vez!

Vio en su rostro que lo había ofendido.

Guy se inclinó ligeramente hacia adelante, atrayendo la atención de Ivy.

—¿Has dicho que la lavandería está al lado de la cocina?

—Sí.

Él asintió y salió por la puerta.

—Will... Will, lo siento —se disculpó Ivy—. Sé lo disgustado que estás. Yo sólo... me sentía fatal por él. —Will tragó saliva con fuerza mientras ella continuaba—: Tú te acuerdas de lo horrible que fue para mí el verano pasado, cuando había

cosas que no podía recordar, cuando todos creían que había tratado de matarme, cuando no podía explicar cómo había llegado a la estación de tren. Tú fuiste buenísimo conmigo. Tú creíste en mí cuando nadie más lo hizo. Tú cuidaste de mí. Guy no le importa a nadie ni tiene a nadie que le crea.

—La diferencia —dijo Will en voz baja— es que yo ya te conocía. Sabía el tipo de persona que eras.

Ivy asintió.

—Sí, sí, tienes razón. Lo admito... Actué de manera irracional. —No mencionó que, si se le volviera a plantear una situación parecida, actuaría igual.

Will se acercó y se sentó en el sofá junto a Ivy. La rodeó con los brazos, atrayéndola hacia él.

—A veces, Ivy, me das pánico.

—¿Crees que Guy volverá? —preguntó Beth media hora después, mientras Ivy y ella paseaban entre los árboles frutales que crecían junto al camino que llevaba al aparcamiento del hotel.

—No lo sé.

Ivy miró hacia atrás, en dirección al columpio de la cabaña, donde había dejado la mochila de Guy. Tras hacer las paces con Will, había ido a mirar en la lavandería. Guy, su dinero, la moneda con el ángel y toda su ropa, aún mojada, habían desaparecido. Había dejado la toalla roja encima de la lavadora y la mochila en la cabaña.

—Vive en el parque estatal Nickerson, del que nos separa una larga caminata —le dijo Ivy a Beth.

—Podríamos llevarle la mochila y el petate al centro de información al visitante. Tal vez tengan una oficina de objetos perdidos.

Ivy sacudió la cabeza.

—Guy no es de los que irían a comprobar si está allí. Más bien procura no dejarse ver.

Beth miró a Ivy con intensidad.

—¿Por qué?

—Porque sí.

Entonces, Beth frunció el entrecejo, pero no dijo ni una palabra más.

Ivy estaba segura de que Will le había hablado a Beth de su encuentro con Guy. Era Beth quien le había dicho que Will no iría con ellas a Provincetown porque estaba ansioso por trabajar con su nuevo papel para acuarela. Pero Ivy sabía cuánto deseaba Will visitar la ciudad, un paraíso para los artistas. A pesar de las disculpas, Will seguía disgustado.

El silencio que reinó durante la hora que tardaron en llegar a la punta del cabo fue incómodo. Ivy cambió varias veces los CD, como si pudiera dar con la música adecuada para recuperar la agradable afinidad que solía sentir cuando estaba con Beth. Por eso se alegró cuando por fin aparcaron.

Provincetown era tan pintoresca y extravagante como proclamaba la publicidad. Ivy y Beth entraron y salieron de las pequeñas tiendas y galerías que abarrotaban sus estrechas calles. A primera vista, parecía como si las cosas entre ellas estuvieran volviendo a la normalidad mientras se señalaban la una a la otra los cuadros que les gustaban, las curiosas piezas de escultura y las joyas hechas a mano con místico cristal marino. Alrededor de las cinco y media, Ivy y Beth se compraron un té helado

de frambuesa cada una y fueron a tomárselo a la escollera situada al final de la ciudad. Sus rocas negras, planas en su parte superior, se extendían por espacio de kilómetro y medio a través del puerto de Provincetown y formaban un sendero rocoso que llegaba hasta la playa de Long Point, en la curva punta del dedo del cabo Cod. Justo después de rebasar la mitad del camino, en el punto en que la mayoría de los caminantes se daban la vuelta, se sentaron sobre una roca lisa. A sus espaldas se encontraba la media luna de edificios de escasa altura de Provincetown y la elevada estructura del monumento dedicado a los peregrinos. Frente a ellas, los faros de Wood End y Long Point.

Tras jugar con su pajita, Ivy se zambulló en la conversación que le parecía que no podían seguir evitando.

—Me imagino que Will te habrá dicho que nos hemos peleado.

Beth la miró de reojo.

—Sí.

—Me sorprendió el modo en que Will se comportó con Guy.

—¿Cómo esperabas que actuara? —inquirió Beth.

Ivy percibió la irritación en la voz de su amiga.

—Con comprensión. Guy se encuentra en una situación realmente espantosa.

Beth no contestó.

—No sabe quién es ni de dónde es. Intenta que no se le note, pero está asustado. Tú lo entiendes, ¿no?

Tras unos instantes, Beth asintió.

—Guy no tiene ni idea de lo que le pasó. Beth, necesito que me hagas un favor. ¿Podrías utilizar tus poderes paranormales como hiciste el año pasado, y tocar la ropa que Guy llevaba puesta cuando lo encontraron para ver si puedes obtener pistas acerca de lo sucedido? ¿Podrías ayudar a Guy?

—¿Ayudar a Guy? —Parecía enfadada, desdeñosa, no era la Beth de siempre.

—Sí, a Guy. Beth, no puedes hacer tuya automáticamente la visión que Will tiene de los demás.

—No lo hago —espetó Beth.

—Lo siento —repuso Ivy—, pero, en este caso, estás aceptando ciegamente lo que dice Will. ¿Cómo puedes juzgar a Guy? Ni siquiera le conoces.

—¿Y cómo puedes tú confiar en Guy? —contraatacó Beth—. Ni siquiera sabes cómo se llama.

—Pero conozco su... corazón —replicó Ivy—. Yo no soy médium como tú, pero percibo la bondad que hay en él.

—Will me contó que ayudaste a Guy a escabullirse del hospital..., a largarse sin pagar las facturas y, lo que es peor, a marcharse sin comprender por qué estaba allí. Ivy, estuvo implicado en una pelea violenta... Will vio sus cardenales y el corte que

le surca la garganta.

Ivy miró hacia otro lado.

—¿Cómo sabes que Guy no ha matado a alguien? —continuó Beth.

—¡¿Qué?!

—Ivy, no es propio de ti darle la espalda a Will... —declaró Beth.

—¡Yo no estoy dándole la espalda!

—Y juntarte con un chico que obviamente te está utilizando. No sé qué es lo que pasa, pero no has vuelto a ser tú desde el accidente.

Beth deslizó la mano a lo largo de la cadena de oro de la que pendía la amatista y jugueteó con la piedra. Con una larga exhalación, Ivy se puso a contemplar las aguas del océano, que lamían el rompeolas.

—Ivy, escúchame —dijo Beth, ahora en tono más suplicante que enfadado—. Hay algo que no va nada bien. No puedo quitarme de encima la sensación de que algo terrible está a punto de pasar.

—¿Como qué?

—No lo sé. —A Beth le tembló la voz—. Pero debes tener cuidado. No es un buen momento para confiar en extraños.

Ivy posó suavemente las manos sobre las de su amiga.

—Sé lo que me hago. Es hora de que tú confíes en mí.

Cuando llegaron a casa, Ivy se fijó en que la mochila de Guy y su petate habían desaparecido. Beth contempló el columpio vacío con una mirada de aprensión y miró a través de la puerta mosquitera antes de entrar en la cabaña, como si Guy pudiera estar dentro esperándolas.

Cuando entró tras ella, Ivy se llevó una sorpresa al encontrar allí a Will, sentado en el sofá, haciendo el puzle.

—Hola, Will.

—Hola. ¿Lo habéis pasado bien? —preguntó él.

—¡Sí! La vida artística de la ciudad es impresionante —contestó Ivy—. Te habría encantado.

Will la miró con atención, como intentando averiguar si las cosas estaban «bien» entre ellos, y luego dijo:

—No hay forma de verlo todo en un solo viaje, así que a lo mejor os gustaría ir una segunda vez conmigo. ¿Qué decís?

—¡Claro que sí! —Ivy se sentó en una silla frente a la mesa de café—. Y esta vez llevaremos un montón de dinero. Vi como diez juegos de pendientes y un montón de pulseras que me gustaron. Podría hacer allí todas mis compras navideñas. —Se inclinó hacia adelante y colocó una pieza de puzle en su sitio.

—Ven y siéntate, Beth —la invitó Will—. Tengo una idea que quería comentaros

a las dos.

Beth se encontraba ya en la cocina y volvió atrás de mala gana.

—He estado pensando en el domingo que viene —prosiguió Will mientras Beth se sentaba en el borde del sofá—. En el aniversario de la muerte de Tristan y en qué podríamos hacer para conmemorarlo. En el parque nacional Seashore se permite encender hogueras. Hay allí una playa llamada Race Point que parece hecha para él. ¿Qué os parece?

Ivy, que sabía hasta qué punto Will se estaba esforzando, sintió que las lágrimas acudían a sus ojos.

—Es una idea magnífica.

—Pensaba ir a recoger el permiso el martes por la tarde al centro de información al visitante. —Will miró esperanzado a Ivy—. ¿Y si vamos a cenar a Provincetown?

Ella le sonrió.

—Perfecto.

Beth se puso en pie sin decir nada y regresó a la cocina.

Will se volvió para mirarla.

—¿Estás bien, Beth?

—Estupendamente —le gritó ella como respuesta.

Ivy se aproximó a Will.

—Hay algo que la preocupa muchísimo.

—Creo que tiene que ver con el aniversario —repuso Will, cogiendo a Ivy de la mano—. Nos han pasado muchas cosas. No es posible borrar los recuerdos como si nada. Todos nos sentiremos mejor después del 25.

Ivy se miró la mano que Will sostenía entre las suyas y asintió en silencio, deseando poder creerlo igual que él.

A última hora de la mañana del lunes, Ivy pisó un charco en el aparcamiento del hotel, levantando un montón de salpicaduras, mientras se preguntaba si Guy habría encontrado un lugar donde resguardarse de la tormenta que había caído a altas horas de la noche. Al llegar al coche, arrojó al asiento trasero una bolsa con una toalla de playa y unos libros de partituras.

—¡Hombre, justo a tiempo!

Ivy dio un respingo al oír la voz de Guy.

—¡Mira que eres fácil de asustar! —observó él, surgiendo de entre los arbustos que rodeaban el aparcamiento—. ¿En qué estabas pensando?

—En la música —mintió ella. No había por qué alimentar su ego—. Voy a practicar un poco.

—¿Adónde? —inquirió Guy. Tenía la ropa mojada y arrugada, y llevaba la mochila colgada del hombro.

—A Chatham. Utilizo el piano de una de las iglesias del pueblo.

—¿Podrías llevarme hasta allí?

Ivy pulsó dos veces la llave del coche.

—La puerta está abierta. ¿Adónde vas? —le preguntó, mientras él dejaba la mochila en el asiento de atrás.

—A Lighthouse Beach.

—¿Has recordado algo?

—No —contestó Guy—. Tengo la esperanza de recordar si veo el sitio.

Ivy pensó en ofrecerse a ir con él, pero había acabado pensando en Guy como en un gato, una criatura que se acerca a los demás sólo cuando quiere.

Guy volvía a llevar sus zapatos viejos. Mientras salía del aparcamiento, Ivy miró por el retrovisor los zapatos nuevos, aún atados a la mochila.

—¿Te compré tal vez el número equivocado?

Él siguió sus ojos.

—Sí. Pero son un bonito recuerdo.

—Podemos cambiarlos por un par que te esté bien —repuso ella.

—Podríamos, pero eso supone mucho lío. Y si quieres que te los devuelva —añadió con una sonrisa picarona—, tengo la corazonada de que son precisamente de la talla de Will.

—Si hubieras entrado en la tienda conmigo —replicó Ivy con brusquedad—, no habría tenido que adivinar tu número de pie.

No volvieron a dirigirse la palabra hasta que llegaron a la estatal 28.

—Bueno..., si estudias música en verano, debes de dedicarte a ello muy en serio —aventuró Guy.

—Así es.

Guy se retorció en el asiento para alcanzar los libros. Su brazo rozó el de ella al inclinar el cuerpo en el reducido espacio del coche. Por unos instantes, Ivy se sintió mareada, abrumada por la poderosa sensación que le causaba su presencia. Él cogió uno de los libros y volvió a sentarse mirando hacia adelante. Ivy se alegró de que estuviera hojeándolo y no la viera morderse el labio mientras intentaba concentrarse en la carretera.

—¿Y a ti qué tipo de música te gusta? —le preguntó—. Quiero decir, aparte de cierta versión desafinada de *If I Loved You*.

Él se echó a reír.

—No me acuerdo, pero mi grupo favorito es Providence. No, espera..., ésa es la primera ciudad que encuentras cuando abandonas el hospital.

Ella se unió a sus risas.

—Cuando lleguemos, ¿podrías tocar algo para mí? —le preguntó Guy.

Su petición la sorprendió.

—Toco sobre todo música clásica.

—No te preocupes —repuso él con una sonrisa irónica—. No recuerdo lo que me gusta.

Unos minutos después, Ivy aparcaba el coche en el estacionamiento de la iglesia.

—Tengo que ir a por la llave a la rectoría.

Guy la siguió hasta un edificio pequeño hecho de tablillas de madera que estaba unido a la iglesia a través de un pasillo cubierto. Las ventanas estaban abiertas e Ivy oyó sonar el timbre en su interior. Entonces, oyeron la voz del padre John en la parte posterior de otro edificio.

—¡Estoy aquí atrás!

Guy, que llevaba unos tejanos, se bajó apresuradamente las mangas de la camisa hasta las muñecas. Encontraron al cura en el jardín, vestido con un mono vaquero, las manos llenas de tierra arenosa, los altos pómulos brillantes por el sol y el sudor. Ivy se lo presentó a Guy.

El padre John levantó ambas manos disculpándose y les hizo una ligera inclinación de cabeza.

—Es mi día libre —explicó.

—Para ser su día libre, está trabajando usted muy duro —observó Ivy.

Él sonrió.

—Es un trabajo realizado con amor.

En el interior de un cercado blanco había un extenso huerto. Junto a una zanja parcialmente excavada en el lado externo de la cerca había un montón de sacos de

turba y humus.

—Estoy plantando rosas —explicó el sacerdote, con un ademán—. Por supuesto, aquí en el cabo tenemos la rugosa, una rosa de playa. Pero me apetecía cavar hoyos en la arena y traer tierra negra para cultivar rosas de té. —Se encogió de hombros y sonrió.

Ivy vio que Guy se relajaba un poco.

—Has venido a tocar —imaginó el cura, y acercó la mano al juego de llaves que colgaba de su cinturón—. ¿Podrías traérmelas en cuanto hayas abierto la puerta?

Guy acompañó a Ivy hasta la puerta de la iglesia y se ofreció a devolver las llaves. Quince minutos después, como Guy no había vuelto, Ivy lanzó un suspiro. Las desapariciones imprevistas parecían ser la forma favorita que tenía Guy de despedirse.

Tras terminar sus ejercicios, apartó a Guy de su mente y se centró en las nuevas composiciones que le había asignado su profesor. Trabajó con ahínco, y sus dedos, al principio indecisos, fueron adquiriendo mayor seguridad. Ivy no dejaba nunca de maravillarse al sentir una melodía brotar bajo sus manos.

Una hora después, mientras recogía sus partituras, oyó que se abría la puerta de la iglesia. Guy avanzó hacia ella, con aire de estar satisfecho de sí mismo.

—He conseguido un empleo.

—¿Ah, sí?

Tenía el rostro brillante de sudor y una mancha de tierra en la parte inferior de su sudadera. Apuntó en dirección al jardín, con una mano recubierta de tierra arenosa.

—Le estaba echando un cable... simplemente por hacer algo. Y me preguntó si me gustaba ese tipo de trabajo. Me va a poner en contacto con uno de sus parroquianos, que está buscando a alguien que le ayude durante el verano.

—¡Estupendo! ¿Y no quiso saber si tenías referencias?

—Me inventé un nombre y un número de teléfono —contestó Guy.

—¿Qué?

—Con un poco de suerte, el hombre no se molestará en comprobarlo.

—Es sólo que... —Ivy no terminó la frase.

El cardenal que Guy tenía en la cara había perdido color bajo el bronceado y casi no se notaba. Aquella mañana soplaba el viento, y tal vez al cura no le hubiera extrañado que Guy no se quitara la sudadera ni se remangara para trabajar.

—No confías en mí —declaró él—. Will te ha estado llenando la cabeza de dudas...

Ivy salió en defensa de Will.

—No le echés la culpa. Soy perfectamente capaz de dudar por mí misma.

Guy la miró a los ojos y, a continuación, inclinó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—¡Qué sincera eres! —Se sentó en un banco, entrelazando los brazos por encima del respaldo—. Anda, toca algo para mí. Tengo la sensación de que no soy un chico con clase y seré fácil de impresionar.

—La canción que cantabas era de un musical. Tengo un montón de canciones de Broadway en casa, en Connecticut. —Ivy hojeó los libros que había llevado, buscando algo ligero y melódico—. A un chico al que una vez quise le gustaban los musicales.

—¿Ya no le quieres?

Ivy miró a Guy a los ojos.

—Sí, aún le quiero. Le querré siempre.

—Te dejó tirada —intentó adivinar Guy.

—Murió.

Guy dejó caer los brazos del respaldo del banco.

—Oh, lo siento. No podía imaginarme... ¿Qué sucedió? —inquirió con delicadeza.

—Lo mataron.

Guy se puso en pie.

—¡Dios mío!

Ivy inspiró profundamente.

—¿Es una oración? Estás en el sitio oportuno —musitó. Guy siguió mirándola, y ella se ocupó en buscar una partitura—. Esto servirá... Brahms.

Y empezó a tocar.

Guy rodeó el piano mirándola, con las manos en los bolsillos, y luego echó a andar por el pasillo lateral. Se detuvo en todas y cada una de las vidrieras, con aire de estar estudiándolas. ¿Estaba interpretando las imágenes o mirando a través de ellas?, se preguntó Ivy. ¿Estaba viendo el presente o vislumbrando breves retazos del pasado? Su historia con Tristan parecía inmiscuirse más que nunca en su vida cotidiana.

«Concéntrate en el presente —se dijo, y miró en dirección a Guy—. Concéntrate en alguien que ahora necesita tu ayuda». Quizá la música relajaría la mente de Guy y le permitiría recordar algún fragmento de su pasado. Terminó la pieza de Brahms y prosiguió con una composición que se sabía de memoria: el primer movimiento de la *Sonata para piano n.º 14* de Beethoven. Cuando llegó a los últimos compases, Guy estaba de pie a sus espaldas.

—Estás tocando de memoria —dijo cuando se extinguió la última nota.

Ivy asintió con la cabeza.

—Yo no logro recordar mi propio nombre —observó él—, y tú, en cambio, puedes interpretar toda una pieza de memoria.

Ivy tragó saliva con fuerza. Mejor albergar para siempre el dolor en su corazón

que perder sus recuerdos de Tristan. Se lo había enseñado Guy.

—Es una canción que a ti te encanta, o que tal vez le encantaba a él —aventuró Guy.

Ivy cerró la tapa del piano y recogió sus partituras.

—Sí.

—El *Claro de luna* —dijo Guy—. La primera parte de la sonata número catorce de Beethoven.

Ivy se volvió hacia él, sorprendida.

Guy dio un paso atrás.

—¡Caramba! ¿Cómo es posible que yo sepa eso?

Se miraron el uno al otro, con idéntica expresión de asombro, e Ivy sonrió.

—¡Y tú que creías que no eras un chico con clase!

Ivy y Guy se encontraban en lo alto de la escalera que bajaba hasta la playa desde el faro de Chatham, el mismo lugar donde habían estado Ivy y Will ocho días antes. Bajo la luz de la tarde, la extensa franja de arena, de más de cuatrocientos metros de anchura, brillaba, caliente y blanca. El océano, del mismo azul que esos pedazos de cristal redondeados por el mar que tanto le gustaban a Ivy, lamía suavemente la orilla y describía una curva hacia el sur hasta donde alcanzaba la vista.

Habían comprado unos sándwiches y unos refrescos en un café próximo a la iglesia, e Ivy le había regalado a Guy la toalla de playa que llevaba consigo.

—¿Quieres que vuelva dentro de una hora? Hasta Nickerson hay una buena caminata —añadió—, y cuando vuelva a casa iré en esa dirección.

Guy permaneció con los ojos fijos en la playa y, al cabo de unos segundos, le preguntó:

—¿Quieres acompañarme?

Ivy tuvo la prudencia de no exclamar con entusiasmo: «Claro que sí, esperaba que me lo pidieras, haría cualquier cosa por ayudarte».

—Claro. Me gusta la playa —contestó, y empezó a bajar la escalera.

Cuando llegó a la arena, se hizo a un lado para dejar que Guy fuera delante, pues no quería que su presencia le impidiese recordar. Cruzó la playa tras él, se quitó los zapatos al igual que hizo él al llegar a la arena mojada, y caminó a su lado, en dirección sur. Unos niños de corta edad jugaban en la orilla llena de espuma, corriendo arriba y abajo con cubos de plástico. Un padre jugaba al *frisbee* con sus hijos. Una mujer de mediana edad con el cabello mojado y en punta sonreía para sí mientras arrancaba su balsa de las olas. Bajo una sombrilla de rayas, un niño jugaba al ajedrez con otro chico mayor que él y lanzaba un grito de victoria. Pensando en lo mucho que a Philip le gustaba jugar a aquel juego con Tristan, Ivy se volvió para mirarlos y se percató de que Guy se había detenido a observar a la pareja.

—Estabas frunciendo el ceño —señaló Ivy cuando echaron de nuevo a andar.

—He pensado... Por un instante he pensado que conocía a ese niño, al más pequeño.

Siguieron andando en silencio y cruzaron delante de una señal que prohibía nadar a partir de aquel punto.

—El agente que me entrevistó dijo que me habían encontrado a unos cuarenta y cinco metros más allá de esta señal.

Recorrieron esa distancia y Guy se paró para estudiar la zona.

—No fue muy inteligente por mi parte nadar a medianoche en una zona con corrientes peligrosas —observó con tono seco.

—¿Estás seguro de que estabas nadando? —lo interrogó Ivy.

—Los médicos dijeron que dentro tenía agua suficiente para ahogar a un ejército.

—De acuerdo, pero es obvio por tus heridas que estuviste involucrado en una pelea de algún tipo. Tal vez te golpearan, quedaras inconsciente en la orilla y subiera la marea. ¿Sabes nadar? —le preguntó.

Guy se mantenía alejado del agua, como si no le gustara que ésta le bañara los pies.

—¿Acaso hay gente que no sabe nadar? —inquirió.

—Sí.

Él bajó la vista.

—El agua... me desagrada. No quiero entrar en ella. Me da miedo —admitió, trepando por la orilla hasta alcanzar la arena más seca.

—Después de lo que te pasó, es normal —replicó Ivy, siguiéndolo, y extendió la toalla de playa donde él había dejado caer la mochila, unos seis metros más arriba de la línea de la marea—. No pasa nada por tener miedo, Guy. Cualquiera que casi se hubiera ahogado lo tendría.

Guy se quitó la sudadera y la camiseta. La fuerza y la vulnerabilidad que Ivy vio en él la dejó sin aliento. Tenía la espalda y los hombros anchos y musculosos, pero su piel mostraba un pálido color verde grisáceo a causa de los cardenales que se iban desvaneciendo.

—Nada de esto me resulta familiar —declaró Guy, estudiando las distantes casas desperdigadas al otro lado de las dunas.

Se sentó junto a ella en la toalla. El deseo de abrazarlo, de protegerlo de la confusión y el miedo que lo atormentaban, era tan fuerte que Ivy tuvo que apartar la vista. «Ángel del agua, ayúdale», rezó, y a continuación le preguntó:

—¿Tú crees en los ángeles?

—No. ¿Y tú?

—Sí —respondió Ivy con firmeza.

Al mirarlo de reojo, observó que las comisuras de la boca de Guy se curvaban

hacia arriba. En el pasado, Tristan había esbozado la misma expresión divertida.

—Creo que hay personas que actúan como ángeles —dijo Guy—, personas que aparecen de forma inesperada en el preciso momento en que las necesitas. Como el chiquillo que me dio esto. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda dorada con un ángel grabado en ella—. Entró en mi habitación del hospital y se puso a hablar conmigo largo y tendido, como si me conociera de toda la vida. Había algo en ese chico, la manera en que me miraba... Era como si pudiera ver a través de mí y comprendiera algo que yo no entendía.

Ivy tomó la moneda de su mano.

—Ese chiquillo es mi hermano.

—Tu hermano. —Guy entornó los ojos, como si estuviera esforzándose por recordar algo.

El móvil de Ivy empezó a sonar y ambos se volvieron hacia su bolso. Al cabo de un minuto, el tono de llamada, muy familiar para Ivy, cesó y en seguida comenzó a sonar de nuevo.

—¿No contestas? —inquirió Guy.

Ivy le devolvió la moneda.

—Después. Quiero, eh..., me gustaría mojarme los pies —dijo ella, y se encaminó hacia la orilla.

Ivy tenía la impresión de que no podría seguir luchando contra la profunda atracción que sentía por Guy, del mismo modo que no podía luchar contra el mar. Era un alivio estar de pie entre el oleaje mientras el mar arremetía contra sus piernas, provocándole una sensación de frío y de cosquilleo en la piel. Tristan le había enseñado a nadar, y después de la muerte de Gregory había ido a clases de natación, gracias a las cuales se había convertido en una nadadora aún mejor. Sin embargo, sus pies ofrecían resistencia a la resaca mientras el mar le golpeaba las piernas. El océano la seducía y le daba miedo al mismo tiempo.

Permaneció allí un buen rato. Después se aproximó a la orilla y se agachó para mirar una centelleante media luna de conchas y piedrecitas. Cuando levantó la vista, Guy estaba de pie a tres metros de ella, observándola con tanta atención que se sintió cohibida. Se levantó y, al mismo tiempo, él se acercó a ella sonriendo.

—¡Tu pelo! —dijo.

Notando que el viento le zarandeaba el cabello de un lado a otro, se lo sujetó hacia atrás con una mano, manteniéndolo quieto.

—¿Qué le pasa?

—Deberías verlo. Está... todo revuelto.

Ivy supuso que su melena debía de parecer una alga marina dorada y crespa que volaba al viento.

—Eh, ¿me has visto a mí reírme del tuyo?

«No es que haya ningún motivo para hacerlo», pensó Ivy. El pelo de Guy, rubio con mechas, era ondulado, como el cabello que un escultor italiano tal vez le atribuiría a un héroe.

Guy se echó a reír y, al cabo de un segundo, se volvió hacia atrás. El móvil de Ivy volvía a sonar. Captaron un retazo de melodía antes de que la brisa lo arrastrara y se lo llevara.

—Es el mismo tono de llamada de antes —observó—. Por algún motivo, me parece que es Will.

—Lo es.

—Ayer lo puse nervioso.

Como Ivy no hacía ningún comentario, Guy continuó.

—Pensé decirle que no tenía de qué preocuparse... ¿O tiene que preocuparse por algo?

—¿Como qué?

Él sonrió.

—Bueno, cuando estaba haciendo la gran evasión del hospital, te pregunté si debía decir que era tu novio. Tú me corregiste en seguida... «Mi hermano», dijiste.

Ivy miró al suelo y le dio la vuelta a una concha con el dedo gordo del pie, como si estuviera fascinada por el aspecto que tendría por el otro lado.

—A una chica que se apresura a informarte de que no puedes ser su novio pueden sucederle dos cosas: o está muy comprometida con su pareja, o se siente culpable porque no lo está.

Ivy se agachó a coger la concha.

—¿Cuál de las dos opciones es la correcta? —inquirió él.

Ella no contestó. Poniéndose en pie, intentó distraerlo de la cuestión tendiéndole la concha. Pero, en lugar de mirarla, Guy cogió un mechón de su cabello.

El ligero tirón de su mano y el modo en que abrió la palma para contemplar el tirabuzón hicieron que a Ivy el corazón le diera un vuelco. La mirada de Guy quedaba oculta bajo sus pestañas doradas. Después el chico levantó los ojos y, tomando la mata de pelo de Ivy en ambas manos, se lo retiró de la cara. Las manos de Guy se deslizaron hacia la nuca de la muchacha con la delicadeza de quien sostiene en ellas una flor. Mirándole la boca, inclinó la cabeza y acercó lentamente su rostro al de ella.

Un torrente de agua fría los separó.

—Lo siento, yo... Me ha sobresaltado. El agua —explicó Guy, con aire avergonzado.

—A mí también. —Tras un momento de molesto silencio, Ivy añadió—: Estoy muerta de hambre. ¿Por qué no comemos ahora?

Él asintió y regresaron a la toalla, donde comieron en silencio. Cuando Ivy se comía el último pedazo de bocadillo, su móvil volvió a sonar. Guy tarareó la melodía

del tono de llamada y le dirigió a Ivy una sonrisa. Ella revolvió en su bolso.

—Sabía que tarde o temprano cederías.

—¿Ah, sí? —replicó Ivy.

Dejó el teléfono dentro del bolso, sacó un libro encuadernado en rústica y unas gafas de sol, y se puso a leer.

Guy se echó a reír y, acto seguido, puso su sudadera bajo la cabeza de Ivy y su camiseta bajo la suya. Al cabo de cinco minutos se había quedado dormido. Ivy se dio cuenta de ello por su respiración lenta y regular.

Estiró el brazo para coger el teléfono del bolso. Tres llamadas y tres mensajes de Will. Una llamada, sin mensaje, de Beth. Ivy leyó el primer mensaje de Will: «¿DND STAS?».

«¿Es que no puedo ir a ningún sitio sin decírtelo?», pensó, y en seguida se sintió culpable. Pasó al segundo sms. Era una disculpa por lo que fuera que Will le había dicho en sus mensajes de voz. Ivy decidió no escucharlos —las cosas entre ellos ya estaban bastante tirantes— y procedió a leer el tercer sms.

«¿STAS OK? —escribía Will—. B DICE K ALGO VA MAL. 1 D ESOS PRSNTMNTOS SUYOS. ME STA VOLVND0 LCO».

Ivy suspiró. No podía culpar a Will por preocuparse cuando Beth empezaba con sus presagios, pero, esta vez, su amiga se equivocaba.

«PLYA. KSA XA CNAR», les escribió a Will y a Beth, y a continuación apagó el teléfono y lo dejó caer en el interior de su bolso.

Mirando a Guy, Ivy estiró el brazo y, con mucho cuidado, le tocó el pelo. Se tumbó cerca de él, deseando, por primera vez en un año, no vivir más tiempo que el presente.

Eran casi las seis cuando Ivy dejó a Guy en Nickerson. Al llegar al aparcamiento del hotel, observó un coche deportivo amarillo chillón aparcado al lado del Jeep de Kelsey y del Audi de Dhanya. Como oía voces procedentes de la cabaña, Ivy miró si tenía algún mensaje antes de tomar el sendero que conducía hacia allí. Will le había escrito que los nuevos amigos de Dhanya y Kelsey iban a ir para hacer una comida al aire libre: «¿XK N T PSAS X AKI N ALGN MMNTO?», había añadido. Su preocupación se había convertido en sarcasmo, y, en cierto modo, a Ivy eso le parecía más fácil de manejar.

Al acabar el camino, vio que la barbacoa había comenzado ya. Habían sacado una vieja mesa de banquetes del cobertizo de tía Cindy y la habían cubierto con un mantel de cuadros. Habían tomado prestadas varias sillas más del porche del pequeño hotel. Will estaba removiendo las brasas de la parrilla y la miró mientras ella se acercaba. «Qué detalle aparecer», señaló, y siguió trabajando.

Beth puso varios cuencos grandes con galletas saladas y patatas fritas a lo largo de la mesa, y regresó a la cabaña como si no la hubiera visto.

—Eh —la saludó Ivy.

Beth apenas se volvió para mirarla y luego dirigió la vista hacia Will, lo cual molestó a Ivy. Era como si lo único que importara fueran los sentimientos de Will.

—Hola, nena. ¿Dónde has estado? —canturreó Kelsey. Ella y un chico de cabello oscuro estaban instalando una red de bádminton.

—Por ahí —contestó Ivy—. Parece que llego justo a tiempo.

—Así es, ¡y a ti te ha tocado el servicio de limpieza!

Ivy se echó a reír. Por una vez se alegraba de tener cerca a una juerguista de voz fuerte y firme. Desde luego, compensaba la gélida bienvenida de Beth y Will.

—Las latas están en la nevera. Nada espectacular —dijo Kelsey señalando con la cabeza hacia el hotel. Como la tía Cindy no estaba en casa, Ivy supuso que se refería a bebidas sin alcohol.

—Vuelvo en seguida —repuso Ivy, y entró en la cabaña.

Dhanya estaba en la cocina batiendo los ingredientes para preparar una salsa y, al moverse, los brazaletes de oro, plata y cobre que adornaban su brazo tintineaban. Un muchacho se relajaba en una silla de la cocina mientras la veía cocinar. Tenía que ser Max, pensó Ivy, fijándose en su camisa. Era de seda hawaiana, y su llamativo estampado floral en azul mar y verde lima contrastaba con el tono monocromo del resto del chico: piel morena, cabello marrón desvaído y, como observó Ivy cuando Max se volvió para mirarla, ojos castaño claro, casi ámbar. El muchacho sonrió; su

hilera de dientes de un blanco immaculado resplandecía sobre la coloración beige de su persona.

—Max Moyer —se presentó, tendiéndole la mano.

—Ivy Lyons —dijo ella, acercándose a él, divertida por que le hubiera ofrecido estrecharle la mano pero no se hubiera movido de su asiento, donde estaba con el pie apoyado en la rodilla con gesto desenfadado.

Al mirar hacia abajo, Ivy reconoció la marca de sus zapatos náuticos. Eran los mismos que llevaba Gregory.

—He oído hablar mucho de ti —dijo Max.

—¿Y cuánto de lo que te han dicho crees que es cierto? —inquirió ella.

Su rápida respuesta pareció pillarlo desprevenido. Ivy sonrió y, un instante después, Max correspondió a su sonrisa.

—Todo. Dhanya no me mentiría.

Dhanya lo miró, pero no hizo ningún comentario.

—Aun así —repuso Ivy—, sólo deberías creer las cosas buenas.

Se volvió hacia Dhanya.

—Hola. ¿Qué estás preparando?

—Queso crema con eneldo —respondió Dhanya.

Y, tras sumergir una cuchara limpia en la mezcla, se la tendió a Ivy.

—Mmm. Creo que me sentaré donde pongas este cuenco.

—¿Puedo probar? —Max mojó una galleta salada en la salsa—. ¡Delicioso! —exclamó, y, acto seguido, hundió su galleta mordida en el cuenco común.

Dhanya le dirigió a Ivy una mirada, meneó la cabeza y, con aire molesto, limpió la parte donde él acababa de servirse.

Intentando no reírse ni de Dhanya ni de Max, Ivy se dirigió escaleras arriba a ponerse una camiseta y un short limpios.

Cuando se unió a los demás en el exterior, Max estaba de pie junto a Will, observando cómo éste ponía las hamburguesas en la parrilla.

—¿No piensas unirte a una asociación estudiantil? —le estaba preguntando a Will con los ojos como platos por la sorpresa—. ¿Qué vas a hacer todo el día? Te morirás de aburrimiento.

—Ya pensaré en algo. Estudiar, por ejemplo.

—Pero ¿cómo vas a conocer gente? —insistió Max—. Facebook está bien, pero las asociaciones estudiantiles son el crisol de Estados Unidos.

Will rió.

—Nunca lo había mirado así.

Beth estaba sentada a escasos metros de ellos, escuchando. No era extraño que, en los acontecimientos sociales, Beth se quedara observando en silencio, tomando nota mental de cosas, recopilando felices diálogos y detalles para sus relatos. Pero la parte

«feliz» brillaba por su ausencia, pensó Ivy estudiando la cara de su amiga. Parecía más bien que Beth estuviera empollando para un examen.

—¿Quiere alguien jugar al bádminton con nosotros? —gritó Kelsey.

—Os lo tomáis demasiado en serio para mí —respondió Ivy, llevándose un refresco al columpio. *Dusty* la siguió, y ella levantó las manos para que el gato pudiera saltar a su regazo.

—Y para mí —intervino Max—. Yo sólo me enfrento a Bryan en los videojuegos.

El rival de Kelsey, que era de altura media pero de constitución recia, señaló a su amigo, levantó los codos y se puso a cacarear como una gallina.

Max le ignoró con un encogimiento de hombros.

—Entonces, dejémoslo. Tengo sed, de todos modos —le dijo Bryan a Kelsey. El chico echó a andar hacia la nevera portátil y rebuscó entre los pedazos de hielo—. ¿No hay Red Bull?

—Sólo Mountain Dew y Coca-Cola —contestó Dhanya.

Max brindó por Dhanya con su lata y le dijo a Bryan:

—Ésta es una reunión con clase.

—En tal caso, por lo menos deberíamos tomar vino —murmuró Bryan, cogiendo una Coca-Cola. Se sentó en el columpio junto a Ivy, lo que provocó que el gato saltara de sus rodillas y se marchara.

—A mí también me gustas, gatito —le dijo Bryan a *Dusty*. A continuación se volvió hacia Ivy—. ¿Y tú eres...?

Kelsey soltó un resoplido.

—Ya sabes quién es.

—Ivy —le aclaró Max a su amigo.

—El amorcito de Will —añadió Kelsey.

—Bueno, eso limita mucho las posibilidades.

Ivy luchó contra el impulso de mirarlo con desdén.

—Encantada.

Tanto su constitución como su forma de moverse indicaban que Bryan era un buen atleta. Llevaba una camiseta con las palabras BOSTON UNIVERSITY estampadas en su sólido pecho y unos pantalones cortos con la insignia de la universidad. Su cabello, abundante y oscuro, y sus ojos verdes llamaban la atención. Su complexión irlandesa le confería un bronceado más rojizo que el de Max.

—Les estábamos hablando a Bryan y a Max de tu accidente —le dijo Kelsey a Ivy, acercando una tumbona al columpio—, les contaba que tu coche quedó totalmente destrozado y todo eso.

—Nunca lo habría dicho, viéndoos a Beth y a ti ahora. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó Bryan.

—Muy bien. Igual que antes.

Max se inclinó hacia adelante.

—¿Qué tipo de coche te echó de la carretera?

—Probablemente un Ferrari cuatro cinco ocho —bromeó Bryan—. Ése es el coche de Maxie. La gente que tiene un Ferrari conduce siempre como si la carretera fuera suya.

—Lo único que vi fueron los faros —explicó Ivy—, así que no tengo ni idea de qué coche era.

—¿Tenía el coche los faros bajos? —inquirió Max, tras rebañar el cuenco de salsa con su galleta salada a medio comer.

Ivy miró a Beth y contestó:

—Ninguna de las dos estaba pensando entonces en que después tendría que testificar. No nos fijamos en ese tipo de detalles.

Bryan asintió y le puso una mano en el brazo.

—Debió de ser una escena bastante espeluznante. —Kelsey, sentada frente a Ivy y a Bryan, puso un pie en el columpio que había entre ambos y añadió—: Me pregunto qué le pasaría a ese chico que estaba en el hospital cuando estabas tú, Ivy... Ya sabes, nuestro simpático amnésico local.

Con el rabillo del ojo, Ivy vio que Will se ponía tenso.

—¿Nuestro simpático amnésico local? —repitió Max.

—Sí, un tío que rescataron del mar en Chatham la misma noche que Ivy y Beth tuvieron el accidente.

—¿De verdad?! —preguntó Bryan con asombro. A continuación se volvió hacia Max—. ¿Crees que estuvo en nuestra fiesta?

—No —terció Kelsey—. Me habría acordado de él. Era guapísimo, incluso lleno de magulladuras. Tiene unos ojos increíblemente seductores.

El destello en los ojos de Bryan no había durado ni medio segundo, pero Ivy lo había visto. Kelsey había logrado pulsar su botoncito verde. Y el de Will. Pero Bryan supo disimular mejor su momento de celos; Will siguió poniendo mala cara.

—Yo de eso no tengo ni idea —intervino Dhanya—. Me pareció un tipo algo tenebroso.

—Amnesia —dijo Bryan, pensativo—. ¿Por qué no se me habrá ocurrido? «No lo sé, agente, nada de esto me parece familiar...». «No tengo ni idea, mamá...». «¿De verdad, cariño? No recuerdo nada». ¡Qué excusa tan estupenda!

Will se rió por lo bajo.

Ivy cambió de tema.

—¿Prácticas algún deporte en la Universidad de Boston?

—Hockey.

—¿Ah, sí? —intervino Will, interesado—. Tienen un equipo fantástico.

—¿Cuánto tiempo hace que juegas al hockey? —inquirió Ivy.

—Ni siquiera recuerdo la primera vez que me puse un par de patines y agarré un palo de hockey. Creo que tenía seis meses.

Kelsey soltó una carcajada.

—Un niño prodigio. ¡Andaba a los seis meses!

Bryan le dirigió una sonrisa.

—Andar no, pero sí patinaba.

—¿Tu padre jugaba al hockey, quizá? —aventuró Ivy.

—Mi madre. Era de una familia de jugadores de hockey, todos los hermanos. Yo trabajo para mi tío, que es propietario de la pista de hielo de Harwich. Vengo al cabo todos los años para ayudarle con los campamentos de verano de hockey. Y me entreno, y así me mantengo en forma para la temporada.

—A las seis de la mañana está en la jodida pista, todas las mañanas a las seis —les dijo Max—, aunque tenga que irse de una fiesta y coger el coche para llegar hasta allí.

—Max exagera —protestó Bryan, volviéndose de nuevo hacia Ivy con una sonrisa de chico malo en la cara—, siempre me marché de las fiestas sobre las cuatro y media, para poder echarme un sueñecito de una hora antes de pisar el hielo.

Ivy arqueó una ceja y Bryan se echó a reír con buen humor.

—Bueno, ¿qué te parecería venir a tomar unas cuantas clases? Clases particulares —añadió, arqueando una ceja—. Soy un buen maestro.

«Oh, oh», pensó Ivy.

—Ya no queda salsa —señaló Kelsey—. Te toca ir a por más, Ivy.

—Será un placer —repuso ella, y dejó libre su sitio en el columpio imaginando que encontraría a Kelsey sentada en él a su regreso.

Botoncitos verdes por todas partes.

El primer día, la tía Cindy había dejado bien claro que en un pequeño hotel, donde el trabajo consistía en ayudar a los huéspedes con alegría, estaba prohibido discutir o hacerle un desaire a otro empleado. «Olvidadlo o fingid», les había dicho.

El martes por la mañana, a Ivy y a Will les asignaron la sala del desayuno; fingieron. Pero cuando un chiquillo de corta edad tiró al suelo su tostada con mermelada, y ambos se agacharon al mismo tiempo y entrechocaron sus cabezas, Ivy se echó a reír.

—Ya la tengo —le dijo Will, después de estirar el brazo para coger la pegajosa tostada.

Antes de que Ivy pudiera enderezarse, el pequeño derramó leche por encima del costado de su trona. Ivy sintió un chapoteo en la cabeza, seguido de un goteo de líquido espalda abajo. Will le miró el cabello —Ivy lo tenía hecho una sopa—, y ella se rió de su expresión. Will cogió una servilleta y empezó a enjugarle la cabeza, y aquello los hizo reír a ambos.

Cuando hubieron quitado las mesas y puesto los platos en el lavavajillas, la mayor parte de la tensión del día anterior había desaparecido.

—Deberíamos acabar de trabajar sobre las tres menos cuarto —le dijo Will a Ivy mientras salían juntos del hotel—. Después de ir a por la autorización para encender la hoguera, podemos ir a ver cómo están las cosas en Race Point y, luego, buscar un sitio para cenar en Provincetown. ¿Qué te parece?

—Estupendo —respondió Ivy.

Una vez en la cabaña, recogió sus partituras y se encaminó a la iglesia. Estaba resuelta a practicar con tanta regularidad y concentración como lo había estado haciendo en Connecticut. Pero cuando comenzó a tocar el teclado, le llegaban sin cesar a la mente momentos del día anterior: Guy de pie detrás de ella mientras tocaba la sonata, Guy aproximando su rostro al de ella cuando estaban en la orilla del mar.

Al final, recuperó la concentración y trabajó con ahínco durante más de una hora. Cuando terminó, tocó algunas canciones que conocía de memoria, *To Where You Are*, y después el *Claro de luna*. Tras tocar varios compases de Beethoven, se detuvo. Estaba pensando en Guy, en cómo había recorrido la iglesia mientras ella tocaba y en que había sabido el nombre de la melodía. ¡Pensaba en Guy mientras tocaba la canción de Tristan! Dejó caer las manos en su regazo.

—¿Por qué has dejado de tocar?

La cabeza de Ivy dio un respingo.

—No te he oído entrar.

—Lo sé. —Guy estaba sentado al final de un banco, en mitad del pasillo de la pequeña iglesia—. Hace unos diez minutos tocabas como una loca, como si estuvieras dando un concierto en el Lincoln Center.

¿El Lincoln Center? Guy sabía lo importante que era esa sala de conciertos... Otra pista sobre su vida, por pequeña que fuera.

—¿Qué tal en el trabajo? —inquirió Ivy.

—No me has dicho por qué has dejado de tocar —insistió él.

Ivy se sentó del otro lado en el banco del piano, de cara a Guy.

—No te lo digo todo.

Él sonrió y lo dejó correr.

—El trabajo ha sido fantástico. Qué gusto hacer algo físico y no pensar más que en la tarea que estás realizando. El tipo, Kip McFarland, tiene veintitantos años y posee una pequeña empresa de diseño de jardines. El sueldo es bajo, pero es un comienzo, y tiene un incentivo adicional.

—¿Cuál?

—Puedo dormir con las máquinas cortacésped en un viejo granero. Tiene una ventana sin cubrir, un aseo y una ducha exterior. También hay un montón de trastos inútiles de los que me ha dicho que puedo deshacerme. ¿Quieres venir a verlo?

—¿Un montón de trastos inútiles? ¿Cómo podría resistirme?

Unos minutos después, mientras Guy le daba indicaciones, Ivy se dirigió en su coche hasta Willow Pond, un lugar en el lado del cabo que daba a la bahía adonde se llegaba por la estatal 6A. Un camino de grava los llevó a través del bosque hasta una vieja casa hecha de tablas, con gabletes y un porche alrededor. Con mucho trabajo duro y unos cuantos litros de pintura, la casa, sus sauces llorones y el estanque redondo en el que se reflejaban habrían parecido una escena de uno de los rompecabezas de la tía Cindy.

—Kip y Julie, su mujer, compraron la casa el otoño pasado y están restaurándola —explicó Guy—. Quieren abrir una pensión, pero necesitan dinero, de modo que él trabaja como carpintero y jardinero mientras ella da clases; además, Julie lo ayuda con el negocio cuando llega el verano.

Guy guió a Ivy hasta el granero pasando por el lado derecho de la casa. La estructura gris de madera se inclinaba perceptiblemente hacia el bosque que la rodeaba, como si el edificio buscara sombra.

—Hogar, dulce hogar —terció—. Si inclinas la cabeza, parece que esté derecho.

Ivy sonrió.

—Estoy impaciente por ver el interior.

Al principio, al pasar del brillante día de junio a la oscuridad del granero, Ivy no pudo ver nada, pero sí oler.

—Lo sé —dijo Guy, al oírla husmear—. Al poco, se acostumbra uno.

—Mantillo. Y fertilizante. Un fertilizante... muy potente.

Cuando sus ojos se habituaron a la tenue iluminación, distinguió la montaña de trastos de los que había que deshacerse: muebles, libros, lámparas, trampas para langostas y aparejos de pesca que parecían lo bastante viejos como para que los hubieran utilizado los peregrinos.

—¿Hay alguna luz aquí dentro?

Él apuntó con el dedo.

—Encima de la segadora. Todo lo que hay en ese lado es equipo de jardinería. —Cogió una vieja linterna—. La mujer de Kip me ha prestado esto. —Cuando la encendió, el grueso cristal anillado de la linterna desprendió un cálido resplandor.

—¡Oh, me gusta!

—Lo imaginaba. Eh, ahí viene mi nuevo compañero de habitación: *Saco de pulgas*.

Un escuálido gato blanco y negro se había colado por la puerta abierta y se dirigía hacia ellos andando tranquilamente.

—Bromeas, ¿no?

—¿Sobre las pulgas o sobre que compartamos la habitación?

—Sobre ambas cosas.

Guy dejó la linterna en el suelo.

—Estuve aquí unos veinte minutos mientras Kip me enseñaba el lugar, y *Saco de pulgas* se estuvo rascando la mitad del tiempo; después se quedó frito sobre mi mochila.

—Le traeré algún medicamento contra las pulgas.

—Creo que tendrás más éxito si me lo traes a mí. Kip dijo que tardó siglos en atraparlo y llevarlo a un veterinario. Es demasiado salvaje para adoptarlo, pero le gusta dejarse ver de vez en cuando y quedarse algún tiempo por aquí. Comprenderás por qué estamos hechos el uno para el otro —añadió con sequedad.

—Sí. —Ivy inspeccionó el desorden que los rodeaba—. ¿Y dónde vas a dormir exactamente? Podrías probar en esa viga, si no te importa estar cabeza abajo colgado de los pies.

—No me importa, pero creo que los murciélagos ya han tomado posesión de ella. Gracias a ti, sin embargo, tengo el petate. Sólo tendré que hacer sitio.

—Empecemos —propuso ella.

—¿Ahora?

—Entre los dos será más fácil mover las cosas grandes —respondió Ivy. Miró al gato—. Además, no creo que tu compañero de habitación vaya a mover una zarpa.

—Lo hará cuando nos topemos con algún nido de ratones.

—Hasta entonces nada de nada —repuso Ivy, cogiendo una silla a la que le faltaba una pata, y se dirigió hacia la puerta. La llevó hasta un contenedor portátil que

había visto entre la casa y el granero.

Guy la siguió con una lámpara de pie doblada y una vieja radio.

—Si podemos sacar de aquí los dos sofás —observó—, tendré algo de espacio para trabajar.

El sofá corto con los muelles al aire fue bastante fácil de trasladar, pero el otro, un sofá cama que no hacía más que abrirse, pesaba el doble. Ivy y Guy empujaron, tiraron y arrastraron.

—¿Qué tal vas? —le preguntó Guy cuando estaban ya casi en la puerta.

El sudor le goteaba en los ojos y creaba pequeños riachuelos entre sus orejas y sus mejillas.

—Bien. ¡Eh, mira lo limpio que está el suelo en las zonas donde lo hemos despejado!

—Ahí es donde pondré el petate —repuso él señalando un rincón—. ¿Por qué no dejamos esto aquí por ahora? Le pediré a Kip que me deje usar su remolque. Si arrastramos el sofá por el parterre, vamos a llevarnos la hierba por delante, con raíces y todo.

—Estoy de acuerdo.

Encontraron unas escobas entre el equipo de jardinería de Kip y barrieron el suelo, que era de cemento, con lo que consiguieron liberar algo de espacio para Guy; luego se pusieron manos a la obra con el montón de trastos. Era una especie de caza del tesoro, y empezaron a chillar «¡Botín!» cada vez que uno de ellos encontraba algo de interés: un pie de lámpara con la forma de un caballo encabritado, revistas de los sesenta, un tocadiscos en el que aún había un disco rayado. «Chad y Jeremy», leyó Ivy en la etiqueta, se encogió de hombros y lo llevó afuera.

Trabajaban a un ritmo cómodo, examinando, compartiendo, yendo y viniendo del contenedor. En cierto momento, Ivy vio a Guy entrar en el cobertizo con un montón de ejemplares del *National Geographic*.

—Perdona, acabo de sacarlos afuera —le dijo.

—Lo sé, pero parecían interesantes.

Los dejó cerca del petate, junto con las revistas de los sesenta. Después de arrastrar al exterior una máquina cortacésped de empuje manual oxidada, regresó con un montón de viejos libros de ciencia. Esta vez Ivy no hizo ningún comentario; al fin y al cabo era su casa.

Entre los dos sacaron un pesado fregadero.

—¡Mira esto! —exclamó Guy, mostrándole varios libros de deportes repletos de fotografías y con la letra grande, al parecer escritos para niños. Se los metió bajo el brazo y se los volvió a llevar al cobertizo.

Cuando, dos horas y muchos libros y revistas después, añadió a sus montones los libros de cocina que Ivy acababa de llevar al contenedor, ella ya no pudo seguir

callando.

—¿Te has dado cuenta por casualidad de que no tienes cocina?

—Tal vez la tenga algún día.

Ivy se echó a reír.

—Es hora de que nos tomemos un descanso. Vamos a sentarnos en el salón — propuso él, indicando con un gesto el petate—. ¿Te apetece beber algo? —Abrió la mochila y sacó dos botellas de agua.

Ivy tomó un largo sorbo y se enjugó la cara, que tenía llena de sudor, con la manga.

—Tienes una bonita mancha de suciedad —observó Guy.

Ella se tocó la mejilla.

—En el otro lado —dijo él, y a continuación alargó la mano y se la limpió suavemente.

Por un instante, Ivy no pudo respirar ni hablar. Se encontraba bajo el hechizo del tacto de sus dedos. Entonces, algo pasó rozándolos: *Saco de pulgas*. Ivy apartó rápidamente la mirada de Guy, como si el gato hubiera acaparado su atención.

—Ahora apareces —refunfuñó él, dirigiéndose a *Saco de pulgas*, y se recostó contra su mochila—. Va cobrando forma. Me gusta —comentó, mientras contemplaba los montones de libros y revistas que los rodeaban—. Es acogedor.

«Acogedor», pensó Ivy. Así era como ella habría descrito la casa en la que Tristan vivía con sus padres. Recordaba la primera vez que la vio, cuando Tristan adoptó al gato de Ivy, *Ella*. La casa de los Carruthers estaba enterrada bajo libros y revistas.

—Sonríes —observó él.

Ella regresó al presente.

—Es cómoda, pero no es la casa de mis sueños.

—¿Cómo es la casa de tus sueños? —inquirió él con curiosidad.

—Una casita sobre el agua. Un salón, una cocina y un dormitorio, un porche orientado al este y otro orientado al oeste, y dos chimeneas. ¿Y la tuya?

—Yo viviría en el interior, en una sofisticada casa en lo alto de un árbol.

Ivy rió.

—Tendría varios niveles... y estaría edificada entre dos árboles —prosiguió Guy.

—Conozco un sitio así.

—Tendría una escala de cuerda, claro. Y un columpio.

A Ivy le encantaba el columpio que colgaba bajo la casa del árbol de Philip, que estaba cerca del límite de la finca familiar. Situada en lo alto de la cresta que dominaba el río y la vía férrea, tenía una vista espectacular.

—Y estaría en lo alto de una cresta, para poder ver el campo.

Ivy miró a Guy con sorpresa.

—¿Qué pasa? —inquirió él.

—Es exactamente como la de mi hermano.

Su mente regresó al día en que Philip casi se había caído de la pasarela de la casa del árbol. Gregory nunca había admitido haber aflojado la tabla, e Ivy, que había perdido su fe en los ángeles, no percibió el resplandor dorado que sí había visto Philip. Pero ahora, al igual que su hermano, creía que Tristan había estado allí para ayudarle.

¿Estaría Tristan aún ahí?

«Estaré siempre contigo, Ivy». Oía ahora aquellas palabras con tanta claridad como la noche del accidente, cuando Tristan la había besado. Ivy conocía el viejo dicho «Los ojos son las ventanas del alma» y, a veces, cuando miraba a Guy a los ojos, era como si Tristan...

No, se lo estaba imaginando.

—Ivy, estás temblando.

Guy le tocó suavemente las manos y ella intentó aquietarlas en su regazo.

—Cuéntame —dijo él.

Ivy sacudió la cabeza con un gesto negativo. A Guy, desconocer su identidad ya lo tenía bastante confuso; no hacía falta que ella le dijera que la hacía sentirse como si Tristan se hallara presente.

—A veces pareces muy triste —manifestó Guy—. No sé cómo ayudarte.

Ivy le tocó la cara con delicadeza.

—Sé cómo te sientes... A veces pareces muy desorientado.

Eran sólo una serie de coincidencias, se decía Ivy mientras tomaba Cockle Shell Road. Había dejado a Guy en su «acogedora» casa con una neverita nueva y las sobras de la comida que habían comprado en la ciudad. Guy le había pedido que se quedara un poco más, pero ella necesitaba tiempo para pensar. No podía evitar que su mente pasara revista a los extraños momentos que vinculaban a Guy con Tristan. Sabía lo que Will y Beth le dirían si se atreviera a contarles lo que estaba comenzando a creer: que todo tenía que ver con el aniversario.

¡El aniversario! ¡Oh, no! Había olvidado por completo que había quedado con Will en que irían juntos a buscar el permiso para encender la hoguera. Cuando Guy y ella se habían acercado a la tienda de comida para llevar, no se había molestado en comprobar si tenía alguna llamada o algún mensaje en el móvil y había olvidado totalmente la cena en Provincetown.

El coche de Will no estaba en el aparcamiento del hotel. Ivy recorrió despacio el camino que conducía a la cabaña. Estaba pensando en cómo se lo iba a explicar cuando oyó llegar su Toyota. Se detuvo y esperó, llena de nervios. Will se acercó a la casa andando a paso rápido, con la cabeza gacha.

—Will —dijo Ivy, con voz queda.

Él levantó rápidamente la vista e Ivy pudo leer en su rostro todas las emociones que estaba sintiendo: alivio, incredulidad e ira.

—Will, ¡lo siento mucho! —Levantó la mano para tocarle y la dejó caer en seguida a su costado. Algo, no sabía qué, le impidió hacerlo—. Lo siento mucho —repitió.

Silencio.

—¿Ya está? —preguntó él.

—Te he defraudado.

Él soltó una palabrota en voz baja. Ella añadió:

—Lo siento de verdad, Will, lo siento mucho. Simplemente... se me olvidó.

—¿También tú tienes amnesia? —repuso Will en tono sarcástico—. ¿Es contagioso? —La taladraba con los ojos—. Has estado con él, ¿verdad? Con Guy...

—Sí.

—¡No me lo puedo creer! ¿Por qué las chicas hacen cosas como ésta...? ¿Por qué os gusta correr detrás de chicos que parecen misteriosos y fascinantes pero que no tienen nada que ofrecer?

—No estoy corriendo detrás de...

Will la interrumpió.

—Yo te quiero, Ivy, pero esto me está matando.

Ella tragó saliva con fuerza.

—¿Por qué me estás haciendo esto? —le gritó él.

—¡No lo sé! —le contestó ella, también a gritos.

Ivy lo vio luchar por controlar su rabia. En cierto modo, ella deseaba que siguiera chillándole.

—Te estás comportando tal como hiciste tras la muerte de Tristan, cuando Gregory te sedujo...

—¿¿Qué?!

—Y tú continuaste defendiéndole —prosiguió Will—. Tú seguiste confiando en Gregory a ciegas, a pesar de que había un millón de señales que indicaban que no debías hacerlo.

—Como si tú no hubieras sido también amigo de Gregory —lo desafió ella.

—Lo tomé por lo que era y seguí siendo su amigo el tiempo suficiente para ayudaros a ti y a Tristan. —Will contuvo el aliento—. Tristan. Todo se reduce siempre a él, ¿no es así? Dios, ¡qué idiota soy!

Ivy bajó la cabeza.

—La noche que tuviste el accidente, cuando llegué al hospital, el médico que te había atendido en la ambulancia me preguntó si era Tristan.

Ivy se estremeció.

—Dijo que habías estado llamándole durante todo el trayecto.

Ivy se volvió.

—Luego, el enfermero Andy, eufórico con tu mejoría, se acercó a mí y me dijo: «Tengo buenas noticias para ti, Tristan».

Ivy cerró los ojos de dolor. Will se lo había guardado para sí, a pesar de que aquello debía de haberlo herido profundamente.

—Lo que creo —dijo Will, con voz temblorosa— es que en realidad no estás enamorándote de Guy. Creo que te sientes mal por él y que lo encuentras una distracción agradable.

Ivy volvió a acercarse a Will.

Él se apresuró a continuar.

—Con Guy puedes sentir algo por alguien; ayudar a alguien y seguir enamorada de Tristan.

—Will, lo siento tanto...

—Esta aventura con Guy te ayuda a separarte de mí —siguió Will—. Lo mejor que puedo hacer por ti y por mí es poner el punto final que tú tan claramente deseas. —El enfado se reflejó con mayor intensidad en su voz—. ¡Habría sido mucho más fácil para ambos, Ivy, que hubieras tenido el valor de decírmelo cuando supiste que todo había terminado!

—Pero yo no sabía...

Él se golpeó la palma de la mano con el puño.

—¡No te burles de mí!

—Sabía que algo no iba bien —explicó Ivy—. Necesitaba tiempo para ver las cosas claras.

Él asintió.

—Fantástico, ¿y por qué romper cuando podía ser que después de todo me necesitaras?

—¡No! ¡Esto no es justo! Yo no te habría utilizado así.

—La próxima vez que necesites tiempo para ver las cosas claras procura pensar en cómo se sienten los demás.

Dio media vuelta y se encaminó de nuevo al aparcamiento.

—¿Adónde vas, Will?

—No lo sé. No me importa, siempre y cuando sea un lugar que esté lejos de ti.

Las lágrimas que habían inundado los ojos de Ivy durante la pelea no comenzaron a fluir hasta cinco minutos después de que Will se hubo marchado en el coche. Ivy regresó al aparcamiento y se quedó inmóvil junto a su vehículo, mirando la carretera como si Will fuera a volver. «Se acabó. Se acabó», repetía para sí, incrédula.

Se dio cuenta de que había un sobre en el asiento delantero del coche. Lo abrió y encontró la autorización para la hoguera. Entró en el utilitario, cerró la puerta y se echó a llorar.

Estuvo conduciendo una hora y media. Primero por la estatal 6, necesitaba conducir de prisa, y cuando pudo parar de llorar, por la sinuosa 6A, de dos carriles. Se sentía tentada de llamar a su madre, pero ella quería mucho a Will. Philip quería a Will. Beth quería a Will. E Ivy también, pero quizá no lo suficiente.

Cuando regresó al hotel era casi de noche. El coche de Will había vuelto, el de Kelsey no estaba y en la cabaña no había nadie. Ivy se sentó en el salón, intentando hacer el puzle, rebuscando dentro de la caja, sacando una pieza, luego otra, volviendo a guardarlas. Inquieta, salió afuera, miró el columpio y se dirigió a la escalera posterior del pequeño hotel, donde le pareció menos probable que la abordara quienquiera que volviese primero a casa. Si Will no les había dicho a las demás que habían roto, tendría que comunicarles la noticia al día siguiente, antes de empezar a trabajar.

A sus espaldas, la puerta de la cocina se abrió, desparramando la luz amarilla de la habitación sobre una franja de hierba.

—No te levantes —dijo la tía Cindy, y fue a sentarse en la escalera junto a Ivy—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Duro, ¿eh?

Ivy asintió.

—Sí. ¿Quién se lo ha dicho?

—Beth. Escucha, Ivy, puedo asegurarme de que Will y tú no forméis parte del mismo grupo de trabajo durante más o menos una semana, pero, aun así, seguiréis viviendo y trabajando muy cerca el uno del otro. No puedo permitir que os peleéis delante de los huéspedes ni que las demás tomen partido.

Ivy hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Si crees que no puedes afrontar la situación, tienes que decírmelo.

—Vale.

La tía Cindy descansó suavemente la mano en la espalda de Ivy.

—Sé que parece que duele tanto que nunca se te pasará. Pero acabará, Ivy. De veras —dijo, y entró en el hotel.

Ivy se levantó y cruzó lentamente el jardín. Después de la mugre y el sudor del día, se sentiría mejor si se duchaba antes de enfrentarse a las demás. Entonces vio a Beth torcer la esquina del granero. Volvía de la habitación de Will, supuso Ivy. Respiró hondo y esperó.

—¿Cómo está Will?

—¿Cómo estás tú? —preguntó Beth, tras acercarse a Ivy.

El afecto en la voz de su amiga liberó otro mar inesperado de lágrimas.

—Ven. Hablemos —dijo Beth, empujando suavemente a Ivy hacia el columpio.

Beth permaneció en silencio mientras Ivy lloraba.

—Me siento fatal por hacerle daño —declaró Ivy, secándose los ojos.

—Yo me siento fatal por ambos —repuso Beth. Y añadió en voz baja—: Es difícil de comprender para Will, y también para mí. Quiero decir: después de todo lo que habéis pasado juntos, ¿cómo puedes no quererle?

—Sí que le quiero —insistió Ivy—. Pero quizá no como él desea que le quieran.

Beth se inclinó hacia adelante, mirando a Ivy a los ojos.

—¡Como cualquiera desea que le quieran!

—Sí, sí, tienes razón —admitió Ivy—. Pero, Beth, uno no puede siempre elegir cómo quiere a una persona. El amor no es lógico ni justo. Simplemente es.

Bajo la débil luz de las estrellas, Ivy observó el rastro plateado de una lágrima que se deslizaba por el rostro de Beth.

—¿Le dijiste tú que vi a Tristan la noche del accidente? —preguntó Ivy.

—Rectifica: que tú creías haber visto a Tristan. No, no se lo dije. Ya está convencido de que compite con un chico muerto. No voy a hacerle las cosas aún más difíciles. Ivy, ¿de verdad has olvidado la cita que teníais esta noche?

Ivy asintió.

—Estaba con Guy, ayudándole.

—¡Guy!

—Sí, limpiando un granero, para que tuviera un sitio decente donde vivir, y...

—Ivy, debes tener cuidado —le advirtió Beth—. No tienes ni idea de quién es Guy.

—Lo que sé es más importante que el nombre que ha olvidado. Hay una conexión especial entre Guy y yo, algo que sólo he sentido una vez en la vida... con Tristan. —Ivy ignoró la desaprobación que traslucía la cara de su amiga—. Beth, Guy me estuvo hablando de la casa de sus sueños, y era exactamente igual que la casa del árbol de Philip. Guy no recordaba qué tipo de música le gustaba, pero de pronto reconoció la sonata del *Claro de luna*, la canción de Tristan. Y, sin saber siquiera qué melodía era, tarareó una canción de *Carousel*. No te acuerdas... Tristan intentó comunicarse conmigo tocando en mi piano unas notas de *Carousel*.

Beth meneó la cabeza con incredulidad, pero Ivy prosiguió.

—Creo que Tristan ha vuelto a mi lado.

—¡Oh, Ivy, no! Eso no es posible.

—¿Por qué no? —inquirió Ivy, agarrándose al borde del columpio—. El año pasado habló a través de Will y de ti. ¿Por qué no podría estar hablando ahora a través de Guy, enviándome esas señales para mostrarme que aún está conmigo? La noche del accidente, Tristan me prometió...

—¿Dice Guy que oye la voz de otra persona? —preguntó Beth.

—No, pero...

Beth se inclinó hacia Ivy y le puso una mano en la muñeca.

—Cuando Tristan estaba aquí como ángel, le oíamos. Cuando se introducía en nuestras mentes, sabíamos bien quién era. Y nunca olvidamos nuestra propia identidad.

Ivy se apartó de su amiga. Permanecieron unos momentos en silencio, mientras Ivy luchaba contra la ira que le provocaba que Beth no creyera en esa posibilidad. Cuando volvió a mirarla, Beth estaba tirando de su colgante de amatista. Sus labios se movían en silencio. Luego dijo en voz alta:

—Algo maligno se mueve entre nosotros.

—¿Qué?

—Estoy sintiendo una presencia desde que celebramos la sesión de espiritismo —manifestó Beth, con un temblor en la voz—. Es él. Es Gregory. No me había sentido así desde que murió.

Ivy miró a su amiga, intentando comprender lo que le estaba diciendo.

—Beth, sé que la sesión de espiritismo te alteró mucho. Nos alteró a todas. Pero ¿por qué ibas a creer que Gregory nos persigue? ¿Ha pasado alguna otra cosa que te haya asustado?

Su amiga no contestó.

—Cuéntamelo —dijo Ivy.

—Un sueño. —Beth se frotó una mano contra la otra, hundiéndose el puño en la palma—. Lo he tenido dos veces.

—Cuéntamelo —insistió Ivy.

—Estamos en la cabaña, tú, yo, Dhanya y Kelsey. Es la cabaña de la tía Cindy, pero tiene muchas ventanas, por todas partes. Alguien camina alrededor de la casa, disparando a las ventanas. Las balas se incrustan en el cristal, pero no lo atraviesan. Corremos de una habitación a otra, y la persona que dispara corre por fuera de la cabaña, disparando a las ventanas de cada habitación en la que entramos. No deja de dar vueltas alrededor de la cabaña, pero tú nos dices que no pasa nada. «Estamos a salvo», dices, «el pistolero no puede romper las ventanas». Entonces, él abre la puerta tranquilamente y entra en la cabaña.

Ivy volvió a sentarse en el columpio, frotándose los brazos con las manos; sentía un hormigueo en la piel.

—¿No lo entiendes? —dijo Beth, en tono repentinamente enfadado—. ¡No tuviste precaución y dejaste entrar al pistolero, del mismo modo que dejas entrar a Guy!

—Beth, no todos tus sueños son premonitorios. A veces tienes sueños acerca de cosas que te dice la gente. A Will no le gusta Guy. Él ha sembrado esos temores en ti.

Los ojos de Beth centellearon.

—Lo que Will diga no tiene importancia. ¡Yo veo lo que veo!

—Y yo también —replicó Ivy, y se levantó del columpio.

—¡Ivy!

Ella se volvió de mala gana.

La mano de Beth agarraba con fuerza la amatista.

—Si es Gregory, necesitarás todo el poder del cielo para protegerte.

—¿Sabes?, yo creía que eras como Doña Perfecta —le dijo Kelsey a Ivy la noche siguiente—. Y cuando salías con Will, erais como Don Perfecto y Doña Perfecta: la pareja del año.

—Siento desilusionarte.

—Bueno, ¿y qué te dijo exactamente? —preguntó Kelsey.

Se encontraban en el exterior de la cabaña y Kelsey hacía rebotar un volante de bádminon sobre una raqueta. Plonc, plonc, plonc.

—Lo que la gente suele decir cuando rompe —repuso Ivy.

—Algunos comentarios sarcásticos y acusaciones devastadoras —aventuró Kelsey—. Yo misma lo he hecho unas cuantas veces.

—En tal caso, no es preciso que te ponga al corriente.

—Lo superará —terció Kelsey, y señaló con la cabeza en dirección al granero—. Está recibiendo muchas muestras de comprensión.

Beth había cancelado su cita con Chase, y Dhanya había decidido que echaba muchísimo de menos ver la televisión. Ivy se imaginó a Will en su sofá cama mientras Beth y Dhanya, una a cada lado, lo sostenían por los codos como ángeles compasivos.

—¿Quieres jugar? —inquirió Kelsey, tendiéndole una raqueta de bádminon.

—Vale.

Pelotearon para calentarse, golpeando el volante y lanzándolo a un lado y a otro por encima de la red.

—Entonces, ¿estás saliendo con ese guapísimo chico misterioso? —preguntó Kelsey.

—¿Saliendo? No.

—Beth nos dijo que estabas con él cuando te olvidaste de tu cita con Will.

Ivy golpeó el volante cuando estaba a punto de tocar el suelo.

—Estaba ayudando a Guy a limpiar el sitio donde va a vivir.

—Beth no se fía de él.

Ivy no contestó.

—¿Sabes por qué? —interrogó Kelsey.

—No —respondió Ivy, y se lanzó a por el volante.

Kelsey pareció cambiar de estrategia: colocó el volante allí donde Ivy pudiera darle con facilidad, pensando tal vez que de este modo la animaría a ser más comunicativa.

—¿Qué piensas de Chase?

—En realidad no le conozco —contestó Ivy, reacia a compartir su opinión con alguien que probablemente no la guardaría para sí.

Kelsey se la quedó mirando.

—Bueno, para mí cinco minutos fueron más que suficientes. Es asqueroso.

—¿Asqueroso? —repitió Ivy, al tiempo que, con un amplio movimiento de la raqueta, golpeaba el volante con facilidad.

—Es un fanático del control —declaró Kelsey—. No hay cosa que deteste más que a un tío que intenta controlar a una chica.

Ivy dudó que algún chico hubiera logrado algo así con Kelsey.

—Beth nos habló de Tristan.

Ivy devolvió el servicio sin hacer ningún comentario.

—¡Yo no tenía ni idea! ¡No había conocido nunca a nadie a cuyo novio lo asesinaran!

Ivy golpeó el volante con fuerza.

—Ojalá hubiera conocido a Tristan y a Gregory —prosiguió Kelsey—. ¡El verano pasado debió de ser impresionante!

Ivy se quedó pasmada, ni siquiera trató de devolver el golpe. ¿Qué creía Kelsey que había sido el verano anterior? ¿Un *reality* de supervivencia?

—No pierdas de vista el volante —le aconsejó Kelsey—. Beth dijo que Will te apoyó mucho cuando Tristan murió.

—Así es. Nadie podría haber sido más amable.

—Pero amabilidad y pasión no son lo mismo —repuso Kelsey—. Y a nosotras nos gusta la pasión.

Ivy devolvió el servicio con un golpe apasionado.

—Kelsey, no des nada por sentado sobre mi relación con Will.

—No tendría que dar nada por sentado si tú me informaras primero.

A su pesar, Ivy se echó a reír.

—Beth dijo que ibais a encender una hoguera en recuerdo de Tristan en Race Point. ¿Podemos venir Dhanya y yo?

—No... no estoy segura de que la idea siga en pie.

—Sí, sigue en pie —la informó Kelsey—. Ésta es otra cosa que no entiendo: unos chicos que actúan con lealtad y consideración, hagas lo que hagas. Quiero decir, ¿qué están intentando demostrar?

Ivy dejó caer la raqueta.

—Ya he tenido bastante.

—Pero si aún no hemos empezado a llevar la cuenta de los puntos —protestó Kelsey.

Ivy asintió.

—Es el momento perfecto para que lo deje.

Quince minutos después, Ivy se deslizó por la puerta trasera de la cabaña y se dirigió en su coche a la playa de Pleasant Bay donde Will, Philip y ella habían pasado una tarde una semana atrás. Sentada en la arena, con el crepúsculo cada vez más profundo, cerca del grupo de árboles que Will había dibujado, recorrió sus recuerdos, intentando comprender por qué había tardado tanto en darse cuenta de que no podía darle a Will su corazón.

Se puso en pie y siguió la misma ruta que Philip y ella habían tomado, bordeando una lengua arenosa hasta llegar a una cueva. Como no había luna, la luz de las estrellas bañaba las tranquilas aguas. Ivy recordó la catedral de estrellas donde Tristan la había besado. Susurró su nombre y casi pudo oírle responder: «Amor mío». Casi. La voz que oía en su cabeza era un recuerdo, era consciente de ello: lo que había oído entonces había pasado de verdad. Y la diferencia entre entonces y ahora hacía que el encuentro con Tristan en el momento posterior al accidente se le antojara más real aún. Para Ivy, el abrazo era más real que los momentos más tangibles y ordinarios de su vida.

Pero si había sido Tristan, ¿tendría Lacey razón acerca de las consecuencias? «Caer seriamente en desgracia», ¿qué querría decir eso? ¿Y qué presencia maligna percibía Beth? ¿Era posible que Gregory regresara?

—Lacey. Lacey Lovitt. Tengo que hablar contigo —llamó Ivy.

Se sentó a la orilla del agua, observando, esperando. Pasaron los minutos. Al otro lado de la bahía, el borde amarillo de la luna asomaba por encima de una estrecha franja de playa.

—¡Tienes el don de la oportunidad!

Al ver el resplandor morado, Ivy se levantó.

—Hola, Lacey.

—¿Y ahora qué pasa? ¿Otra visión beatífica? ¿Ivy bailando con las estrellas?

Ivy contempló al ángel girar sobre sí mismo mientras su halo morado bailoteaba frente a la luna suspendida a escasa altura del suelo, y luego le respondió:

—Beth está soñando cosas.

—¿Beth...? ¿La radio?

«Radio» era la palabra que Lacey utilizaba para referirse a una persona que estaba abierta «al otro lado», a una médium natural.

—Sí —respondió Ivy, y le contó el sueño.

—¿Cuándo lo soñó por primera vez?

—No estoy segura. Hace un par de domingos, cuando celebramos una sesión de espiritismo...

—¡Una sesión de espiritismo! —exclamó Lacey—. La radio debería tener más cuidado.

Ivy describió lo sucedido, incluido el extraño modo en que el señalador se había

movido describiendo círculos en sentido contrario al de las agujas del reloj, y cómo les había resultado imposible hacer que fuera más espacio.

—¿Y esto sucedió antes de que tuvieras el accidente?

Ivy hizo memoria.

—Unos cuantos días antes.

—Increíble. ¡Increíble! ¿Es que no tenéis cerebro? ¿Es que la radio no tiene ni un ápice de sentido común? ¿Cómo se le ocurre abrir un portal así al otro lado? ¿Acaso sois tan narcisistas que creéis que sólo estáis rodeadas de ángeles buenos?

—Yo... no... Jamás se me ocurrió... que podíamos haber dejado entrar...

—Invitado —la corrigió Lacey—. Llamado por señas, es como si hubierais pedido un taxi para...

—Algo maléfico.

—Algo maléfico —confirmó Lacey.

Ivy se agachó y trazó en la arena un círculo en sentido contrario al de las agujas del reloj, luego otro, y otro más. Una mano con las uñas pintadas de púrpura le agarró el brazo.

—¡Para!

—¿Es posible que Gregory haya vuelto como demonio? —inquirió Ivy.

—Evidentemente, faltaste mucho a catequesis. Todo es posible con el Director Número Uno.

Ivy se puso en pie y caminó por la cueva hacia el borde del agua.

—Pero ¿por qué querría volver Gregory? —caviló para sí.

—Venganza, asesinato, mutilación... —sugirió Lacey.

Eso era lo que pensaba Beth: «Si es Gregory, necesitarás todo el poder del cielo para protegerte».

—Para vengarse de mí —dijo Ivy—. Pero ¿cómo podría hacerlo?

Lacey respondió con un suspiro profundo y teatral.

—Piensa un poco, chavala. Estoy segura de que no eres tan ingenua como pareces. ¿Cómo volvió Tristan?

—Se introducía en la mente de las personas. Conectaba sus pensamientos a los nuestros y entraba. Le oíamos como si tuviéramos una voz en la cabeza, Beth, Will, Philip y, por último, yo.

—Y, más adelante, Eric y Gregory, a pesar de que le aconsejé que no entrara en sus retorcidas mentes.

Ivy sintió como si una mano helada hubiera tocado la suya.

—¿Gregory podría poseer a una persona?

—Damas y caballeros —dijo Lacey dirigiéndose a su público imaginario—, la chavala está empezando a comprender.

—¿Podría entrar en la mente de alguien y hablar?

—Persuadir —terció Lacey en voz baja—. Tentar.

Ivy se estremeció.

—Como tal vez recuerdes —añadió Lacey—, Gregory podía torturar y tentar incluso cuando estaba vivo.

—¿Podría forzar a alguien a hacer algo?

—¿Quién necesita forzar cuando la gente es tan crédula, tan fácil de engañar y de convencer? No mencionaré ningún nombre, por supuesto.

—Y nosotras, ¿cómo podemos combatirlo?

—¿Nosotras? —El fulgor morado de Lacey comenzó a alejarse de Ivy—. Cuando trabajaba en el cine hice algunas películas de terror, pero en ésta no soy protagonista. Estás sola.

—¿Cómo podemos luchar contra él mis amigos y yo?

—Estoy segura de que se te ocurrirá algo. O tal vez se le ocurra a la radio. Tengo un consejo que daros: tened cuidado, no confiéis en nadie.

Ivy se mordió el labio.

—Mira, chavala, siento que estés metida en este follón, pero ahora mismo tengo mucho que hacer. Creo que he encontrado mi auténtica misión, y voy corta de tiempo. Tengo que poner fin a estas apariciones especiales.

Lacey casi había desaparecido cuando Ivy preguntó:

—Pero ¿y si Tristan hubiera regresado para protegerme de Gregory?

Sus palabras tuvieron el efecto deseado:

—¡¿Qué?! —exclamó Lacey.

—He visto las señales. Tristan está conmigo, tal como me prometió.

Ivy sintió que una fuerte mano la anclaba al borde de la bahía.

—Ésa es una idea ridícula. Si Tristan estuviera aquí, yo lo vería.

Lacey tenía razón. ¿Por qué no lo percibía? ¿Estaría escondiéndose Tristan dentro de Guy? ¿Escondiéndose de qué?

—Ivy, si Tristan te dio el beso de la vida —le advirtió Lacey—, está metido en un buen lío. No intentes ponerte en contacto con él. No le tientes más. Ya conseguiste que lo mataran. No lo condenes para siempre.

Lacey había sido siempre muy melodramática, se dijo Ivy cuando se encontraba sola en la cabaña el jueves por la noche.

Beth, Dhanya y Will habían ido a ver una película a la sesión de las siete y media. Dhanya había acabado rechazando a Max, y éste, furioso, se había ido de juerga a Harwich con Bryan y Kelsey. En cuanto se hubieron marchado, Ivy sacó su teléfono y, deseosa de volver a oír la voz de Guy, escuchó un mensaje que había recibido una hora antes:

—Soy yo. Kip me ha conseguido un teléfono. ¿Quieres venir a casa esta tarde?

Ignorando las advertencias de Lacey y de Beth, Ivy cogió el coche y se fue a Willow Pond. Al llegar, se fijó en una camioneta aparcada delante de la casa. Junto a ella, una mujer de cabello oscuro, de unos veintitantos años de edad, le sostenía la puerta abierta a un labrador dorado, que se instaló pesadamente en el asiento del acompañante. La mujer saludó a Ivy y se presentó como Julie, la esposa de Kip.

—Espero que no tuvierais planes especiales para esta noche —dijo Julie—. Guy está en el porche de atrás, profundamente dormido. Kip y él se han puesto a cortar tocones de árbol a las seis de la tarde.

Ivy sonrió.

—Sólo íbamos a pasar un rato juntos.

Ivy rodeó la casa y halló a Guy dormido en el porche que daba al estanque, tumbado sobre una lona, sin camisa, con el cuerpo ladeado, de modo que yacía sobre el costado y descansaba la cabeza sobre el brazo. A la luz vespertina, su piel morena y su cabello claro parecían dorados, y le recordaban a Ivy un cuadro de un ángel dormido que había visto en una ocasión. Entonces le vino a la memoria el tema de la pintura: un ángel caído después de su lucha contra el cielo. Dio media vuelta y se encaminó al estanque.

*Saco de pulgas* dormía entre la alta hierba. Ivy se sentó en la orilla, cerca del gato, contemplando el agua, gozando con el reflejo del cielo encendido y de los árboles verde oscuro en el estanque. Aquélla era la primera noche realmente cálida que habían tenido en el cabo, suave y fragante, como solían ser las noches de verano en el interior. Se metió en el estanque. Después de la sal del mar, el agua dulce fue como un bálsamo para su piel. El short y la camiseta con la espalda al aire que llevaba eran tan ligeros como un bañador. Nadó sin parar, disfrutando de la soledad y de la paz del lugar. Cuando se cansó, se puso a hacer el muerto.

«Es una sensación extraordinaria, Ivy. ¿Sabes lo que es flotar en medio de un lago rodeado de árboles con el azul inmenso del cielo sobre ti? Estás tumbada en el agua,

y el sol centellea en la punta de los dedos de tus manos y de tus pies».

«Tristan —lo llamó en silencio—. Sí que lo sé... Ahora lo sé, Tristan».

—Eh, ¿estás dormida? —le gritó Guy.

Ivy alzó la cabeza, bajó los pies y se irguió.

—¿Dormida? —gritó ella a su vez—. El que estaba roncando eras tú.

—¡De ningún modo! —Miró a su alrededor y apuntó al gato—. Creo que has debido de oír a *Saco de pulgas*.

—Los gatos no ronronean tan fuerte —se burló ella, y echó a andar hacia la orilla. Cuando se encontraba a escasos metros de Guy, éste le dijo:

—Parecías muy feliz ahí dentro.

—Y lo estaba. Flotar en un estanque rodeado de árboles, mientras el sol les arranca destellos a la punta de los dedos de tus manos y de tus pies, es una sensación extraordinaria.

Tal vez fuera el reflejo del agua. Por un instante, los ojos de Guy parecieron luminosos, del color «azul inmenso del cielo» de Tristan.

—Métete —lo invitó Ivy, con voz persuasiva.

Guy bajó la vista para mirar el agua, que le lamía los tobillos, y tragó saliva con fuerza.

—No creo que sepa nadar.

Ivy trató de ocultar su desilusión. Si Tristan hubiera estado en su cuerpo, a Guy no le habrían dado miedo unas aguas tan tranquilas como las de una piscina.

«Tienes que vivir en el presente —se dijo Ivy—. Ayúdale, como Tristan hizo contigo».

Tristan la había ayudado a superar el miedo sugiriéndole que dieran «un paseo» por la piscina del instituto. Le tendió la mano.

—Venga. Demos un paseo por dentro del estanque.

Tras un momento de vacilación, Guy le cogió la mano. Caminaron juntos despacio y en silencio, avanzando a través del oro líquido del estanque. Cuando el agua le llegó a Guy a la cintura, Ivy se detuvo, deslizó los dedos por la superficie en calma y formó unas ondas color ciruela.

Se volvió hacia Guy, tomó agua en el cuenco de sus manos y la vertió a puñados sobre los hombros y el pecho de él. Levantó los brazos, y le mojó las mejillas y la frente, recordando que Tristan se lo había hecho a ella.

—¿Estás bien?

Guy asintió y sonrió con timidez.

—No iremos más adentro. ¿Puedes agacharte? —le preguntó.

Doblando las piernas, Ivy fue bajando hasta que el agua le llegó a la barbilla. Guy la imitó, moviéndose despacio y sin interrupciones, pero cuando el agua le tocó el cuello instintivamente se levantó.

—Tómatelo con calma. —Ivy le cogió la otra mano, sujetándosela con firmeza entre las suyas.

Guy volvió a agacharse, hasta que sus rostros se encontraron a unos centímetros el uno del otro.

—La próxima vez traeré un flotador y te daré una clase de verdad. Hoy sólo chapotaremos un poco para que te vayas acostumbrando. ¿Puedes meter la cara en el agua?

Él lo intentó y, acto seguido, echó bruscamente la cabeza hacia atrás, irguiéndose con rapidez.

—Esto es humillante. No... no podía respirar. Se me ha cerrado la garganta y...

—Son síntomas de pánico —repuso Ivy con serenidad—, y son una respuesta lógica después de lo que has pasado. Venga. —Puso las manos con las palmas vueltas hacia arriba en la superficie del agua—. Contén la respiración y descansa la cara en mis manos un momento.

—Me siento estúpido.

—No hay nadie mirando.

Guy hizo una mueca, pero obedeció a Ivy y descansó la cara en sus palmas mojadas. Lo hizo varias veces, mientras Ivy cada vez hundía un poco más las manos hasta que él tuvo el rostro sumergido.

—Bueno —dijo Guy—. El mal trago ya ha pasado. Esta vez lo haré sin ti... Hoy no me estoy comportando como un tipo duro, ¿verdad? —añadió, riéndose de sí mismo.

Ella le devolvió la sonrisa.

—Cuando tengas la cara dentro del agua, echa aire por la nariz.

Guy realizó el ejercicio varias veces y luego preguntó:

—Me apuesto algo a que nunca tuviste un alumno que avanzara tan de prisa. ¿Y ahora qué?

—Ir hasta el fondo. —Ivy observó que titubeaba y, al fijarse en sus brazos, se dio cuenta de que tenía la piel de gallina—. Pero hoy simplemente pasemos un rato en el agua, ya lo haremos la próxima vez.

—Lo haré ahora —insistió él.

—No tienes nada que demostrar, Guy.

—Voy a bajar hasta el fondo —afirmó.

—Cuando estés listo...

—¡Puedo hacerlo! —espetó, e Ivy dio un paso atrás. Guy suavizó la voz—. Ve contando, ¿vale? Calcula cuánto tiempo puedo estar bajo el agua.

Y entonces se hundió rápidamente bajo la superficie tranquila del estanque.

Ivy contó en voz alta: «Mil uno, mil dos». Entonces se percató de que Guy estaba haciendo movimientos extraños y, con todas sus fuerzas, tiró de él hacia arriba. El

chico había tragado agua y se estaba ahogando, de nuevo presa del pánico.

—Todo va bien, todo va bien —lo tranquilizó.

Él se inclinó hacia adelante, sujetándose el estómago. No podía dejar de temblar.

—Todo va bien, Guy.

Él se alejó de Ivy, como si estuviera avergonzado. Ella se le acercó por la espalda, lo rodeó con sus brazos y no lo soltó hasta que dejó de temblar.

—Es... la oscuridad —explicó Guy—. El estar a oscuras.

—Debería haber pensado en ello —repuso Ivy—. Cuando Tristan me enseñó a nadar, estábamos en una piscina transparente y bien iluminada.

Guy se volvió hacia ella.

—Tristan, el chico que murió..., ¿te enseñó a nadar?

—Sí. Le encantaba el agua.

—Y a ti te daba miedo —dijo Guy.

—Pavor.

Guy se inclinó hacia Ivy y, atrayéndola hacia él, la estrechó con brusquedad y torpeza entre sus brazos. Ivy sentía el corazón del chico latiendo con fuerza contra ella. Guy enterró la cara en su cabello.

—No te olvidaré nunca, Ivy —murmuró—. Si alguna vez te olvido, sólo me quedará la oscuridad.

Aquella noche, Beth y Dhanya llegaron a casa antes que Ivy, quien encontró a Dhanya leyendo, hecha un ovillo en un sillón de la sala de estar, y a Beth en el sofá, encorvada sobre el puzle.

—Hola —saludó Ivy—. ¿Qué tal la película?

—Bien —contestó Dhanya.

Beth no dijo nada, y las dos chicas, mirando hacia arriba, se fijaron en la ropa y el pelo empapados de Ivy sin perder detalle.

—Estuviste con él, ¿verdad? —la interrogó Beth, de un modo que parecía más una acusación que una pregunta.

—Estuve con Guy. Usa su nombre, por favor.

—Es que ése no es su nombre —señaló Beth.

—¡Es su nombre por el momento! —repuso Ivy, y siguió su camino hacia la cocina, donde cogió un puñado de galletas antes de dirigirse escaleras arriba.

Ivy se pasó la noche dando vueltas en la cama. Mucho después de que las demás se quedaron dormidas, apartó las sábanas de un puntapié y se sentó en el lecho. Su reloj señalaba las 2.43 de la madrugada.

Beth y ella habían apartado la cortina que cubría la ventana que había entre sus camas, pero aquella noche hacía un calor inusual y no corría ni un soplo de aire. La luna, casi llena, creaba un parche brillante sobre la cama de Beth. Sus sábanas yacían

en el suelo y su rostro estaba bañado en sudor, pero dormía profundamente.

«No hay nada peor que estar con otras personas y sentirse aislada», pensó Ivy. Dejó los pies colgados sobre el borde de la cama, dudando si coger una toalla de playa e ir a sentarse afuera.

¡Clonc! ¡Clonc!

La cabeza de Ivy giró bruscamente hacia la izquierda. Algo había golpeado la ventana.

Permaneció inmóvil, mirando al cristal. Luego, recordando el sueño de Beth, se volvió hacia ella. Los ojos de su amiga se movían bajo sus párpados y tenía la respiración agitada. En aquel preciso momento estaba soñando.

Ivy se acercó más a la ventana. No vio a nadie entre los árboles que había frente a la casa, pero la luna resplandeciente arrojaba sombras oscuras; una persona no tendría ningún problema para esconderse allí.

Las puertas de la cabaña rara vez se cerraban con llave. Sintiendo ligeramente inquieta, Ivy se puso los pantalones cortos y se encaminó a la escalera.

¡Clonc! ¡Clonc!

Dio media vuelta. Simultáneamente, Beth se incorporó.

—Ivy...

—Sí.

—Ivy... —volvió a llamar Beth, en tono asustado.

Ivy regresó corriendo a su lado.

—Estoy aquí.

—Es él. ¡Está disparándole a la ventana!

Ivy le puso a Beth una mano en el hombro.

—No, no, no es él. —Se sentó en la cama—. Era probablemente algo de los árboles, semillas o lo que fuera.

—¡Es él! —insistió Beth, y entonces se dio cuenta de que Ivy llevaba puestos el short y los zapatos—. ¡No salgas!

—Todo va bien. Sólo iba a bajar a hacer algunas comprobaciones.

—¡No lo hagas! ¡Es él! —Beth tenía los ojos dilatados de terror.

Ivy rodeó a su amiga con el brazo.

—Has estado soñando, Beth.

—¿Están las puertas cerradas con llave?

—Ahora iba a comprobarlo —replicó Ivy, poniéndose en pie.

—¡No, Ivy! ¡Él haría cualquier cosa por atraparte!

—Beth, escúchame. Estás mezclando esto con tu sueño.

¡Clonc! ¡Clonc!

Ambas se volvieron hacia la ventana.

—¿Qué es eso? —preguntó Dhanya, sentándose en la cama. Se levantó y cruzó la

habitación de puntillas hasta donde estaban ellas.

—No te acerques a la ventana —le dijo Beth—. Te verá.

—¿Quién me verá? —quiso saber Dhanya.

—¡Dhanyaaaaa! —gritó una voz masculina.

—¡Max! —exclamaron Dhanya e Ivy al mismo tiempo.

—¿Has oído? Sólo es Max —le dijo Ivy a Beth, sintiéndose a la vez molesta y aliviada.

Dhanya frunció el ceño.

—¿Qué está haciendo aquí? Yo no quiero hablar con él.

—¡Dhanyaaaaa!

Ivy fue hasta la ventana, levantó el mosquitero y se asomó.

—Vete a casa, Max.

Él salió de entre las sombras.

—¡Ivy! ¿Cómo estás? —Parecía contento de verla, y también borracho.

—Es tarde. Vete a casa.

—Quiero hablar con Dhanya —repuso él.

—Ella no quiere hablar contigo. No en mitad de la noche.

—¡Dhanyaaaaa!

—¡Chiss! —Ivy se retiró de la ventana—. Va a despertar a los huéspedes —le dijo a Dhanya.

—¡Dile a ese coyote que pare de gritar! —chilló Kelsey desde su cama—. ¡Necesito dormir!

—No quiero hablar con él —le reiteró Dhanya a Ivy—. Aún no he decidido si me gusta —añadió, y echó a andar hacia la cama.

—Lo siento —replicó Ivy—, pero si Max despierta a los clientes o a la tía Cindy, nos meterá a todos en un lío. Vas a salir conmigo, vas a hablar con él y vas a despacharlo.

—¡Venga, ve de una vez, tía! —gritó Kelsey, y se dejó caer de espaldas en la cama.

Beth meneaba la cabeza, sujetando la almohada contra su pecho, como si fuera a protegerla.

De mala gana, Dhanya se puso una bata y unos zapatos, y siguió a Ivy escaleras abajo.

Cuando Max las vio caminar hacia él, se puso en pie y, con idéntica rapidez, se desplomó contra un árbol. Ivy suspiró. Lo último que deseaba era tener que coger el coche e ir a Morris Island en medio de la noche, pero no podía dejar que Max condujera en aquel estado.

—¡Dhanya! ¡Me estás rompiendo el corazón!

Dhanya lo miró con desdén.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —le preguntó Ivy.

Él apuntó vacilante al aparcamiento del hotel.

—Bryne.

Ivy hizo un esfuerzo por comprender.

—¿Bryan? ¿Está Bryan aquí? ¿Dónde están tus llaves?

—Bryne —repitió Max.

Ivy se volvió hacia Dhanya.

—Habla con él y no alcéis la voz. Iré a inspeccionar el parking.

El Ferrari amarillo se hallaba en medio del aparcamiento, y Bryan en el asiento del conductor, enchufado a su iPod. Tenía los ojos cerrados.

Ivy lo llamó por su nombre varias veces; luego lo sacudió con suavidad. Al despertar sobresaltado, Bryan volvió todo el cuerpo hacia ella, con el puño en alto.

—¡Eh! Eh, que soy yo.

—¡Ivy! —dijo él, sorprendido, y dejó caer el brazo.

—¿Has estado bebiendo?

Bryan sacó el móvil para ver la hora.

—No en las últimas dos horas. —Parecía tener la cabeza despejada.

—¿Te importaría salir del coche? —inquirió ella.

Él se echó a reír.

—¿Quiere que camine en línea recta, agente?

—Pues sí.

Bryan obedeció, sonriente.

—Escucha —le dijo Ivy—, tu amigo no está haciendo demasiados méritos con Dhanya. Llévate a Max a casa... sin hacer ruido.

Bryan asintió.

—Entendido. Lo siento.

Se fue en busca de Max, quien sólo por haber hablado con Dhanya estaba como unas castañuelas.

Ivy y Dhanya entraron cansadas en la cabaña y, tras un breve momento de reflexión, Ivy cerró con llave tanto la puerta principal como la puerta trasera. Cuando se metió en la cama, Beth estaba acostada con los ojos cerrados y arropada hasta la barbilla con la sábana. Descansando sobre su almohada, cerca de su rostro, la amatista brillaba a la luz de la luna.

—Buenas noches —le dijo Ivy en voz baja—. Ahora todo está en orden.

—No te dejes engañar —repuso Beth—. Está haciendo planes. Quiere venganza.

El viernes por la mañana, a Ivy y a Beth les asignaron la tarea de quitar la maleza y cortar las flores marchitas del jardín. Mientras Ivy excavaba unas raíces rebeldes, Beth realizaba su cometido en silencio a lo largo de las hileras de flores secas, zas, zas. Beth no había hablado gran cosa desde que sonó el despertador, zanjando rápidamente todas las conversaciones que Ivy había iniciado con una sola palabra como respuesta.

—Entonces ¿no recuerdas que Max se presentó llamando a Dhanya a gritos?

—No.

—¿Recuerdas haber soñado? —le preguntó Ivy.

—No.

—Beth, ¿estás enfadada conmigo?

Beth le dio un tijeretazo a un capullo aún sin abrir.

—No.

Ivy se dio por vencida.

A las tres de la tarde, la tía Cindy les dio las gracias a todos por una jornada de trabajo bien hecho y los echó de allí. Beth, Dhanya y Will estuvieron tomando el sol en el jardín. Cuando las chicas se quedaron dormidas, Will terminó algunos bocetos para *El ángel y el gato del callejón*. Kelsey, tras decidir que últimamente había pasado demasiado tiempo con Bryan, puso rumbo a Nauset Beach, fijándose como objetivo una área de la larga franja costera famosa por atraer a los surfistas.

Ivy volvió a Pleasant Bay y escribió a mano una incoherente carta a su madre, a quien no le gustaba el correo electrónico. Al describir Provincetown y relatar anécdotas graciosas con los clientes del hotel, omitió todo lo que realmente tenía importancia. Hecho esto, se planteó si debería enviarle un sms a su amiga Suzanne. Sabía que el viaje de Suzanne a Europa era su manera de poner distancia entre el verano anterior y el presente. Cuando Suzanne les dijo a Ivy y a Beth que no iban a saber de ella durante una temporada, Ivy lo había entendido. Suzanne había estado locamente enamorada de Gregory, y él se había aprovechado de esa pasión tanto como había podido. Durante la época en que Gregory había intentado atrapar a Ivy en sus redes, el chico siempre había hecho todo lo posible por poner celosa a Suzanne. Al final, ella, al igual que Ivy, había perdido a alguien a quien quería de verdad.

Ivy sacó su iPhone y tecleó: «T ECHO D -. N TIENES K CNTESTR. PIENSO MX N T. Bss». Después dejó un mensaje de voz en el teléfono de Guy: «Hola. Espero que estés pasando un buen día convirtiendo tocones de árbol en astillas. Saluda a *Saco de pulgas*». Por fin, se tumbó y se quedó dormida.

Cuando llegó a casa, justo antes de las seis, Ivy halló a Dhanya de pie frente al largo espejo colgado en la puerta del baño, volviéndose de uno y otro lado, estudiando cómo le quedaba una falda corta y coqueta.

—Creo que será mejor que me ponga debajo la braguita del biquini —dijo, tras inclinarse hacia adelante y contemplarse cabeza abajo en el espejo.

—Bueno, si tienes pensado ponerte mucho en esa posición, sí —replicó Ivy, sonriendo.

Beth salió del cuarto de baño peinándose el cabello mojado. Olía a champú de hierbas.

—Ha llamado Chase —la informó Dhanya.

Beth frunció el ceño y dijo:

—Me ha estado llamando al móvil todo el día.

—Bueno, pues ahora está llamando al mío. ¿Le diste tú mi número?

—No. Está en mi teléfono y se lo dejé para que hiciera una llamada, pero... —La voz de Beth se fue apagando.

—Bueno —dijo Dhanya—, le dije que le llamarías cuando terminaras de ducharte.

—No deberías habérselo dicho.

—Es que creía que querías que viniera con nosotros esta noche —se justificó Dhanya. Y le dijo a Ivy—: El tío de Bryan le ha dado unos pases para su pista de patinaje cubierta, y estamos todos invitados. ¿Quieres venir?

—¿A patinar sobre hielo? —Sería incómodo estando Will, pero tarde o temprano tendrían que acostumbrarse el uno al otro—. Vale.

—¡Fantástico! —exclamó Dhanya, y se volvió hacia Beth—. Cuantos más seamos, mejor lo pasaremos.

—Quizá —replicó Beth, y se retiró al baño dispuesta a secarse el pelo.

Escasos minutos después, Kelsey llegó de la tierra del surf, se duchó y salió del baño con unos finos pantalones de ciclista adheridos a la piel y un top para hacer deporte que era más un *balconette* que una prenda deportiva.

Chase había logrado que lo invitaran en su segunda llamada a Dhanya, y el humor de Beth pasó de obvia irritación a silenciosa resignación. Mientras se iban reuniendo frente a la cabaña, se mantuvo cerca de Will. Bryan, tan simpático como de costumbre, se fijó en Kelsey, con su vestimenta sexy, pero no ignoró a las demás chicas. Mientras les contaba unos chistes, condujo a los demás hacia los coches como un bullicioso monitor de campamento.

Al cabo de veinte minutos descubrieron que el tío de Bryan, Pat, el propietario de la pista de patinaje, era tan abierto como él.

—Está puesta la música de las noches de parejas —los informó mientras procedía a alquilarles los patines desde detrás del mostrador—. No se preocupen, señoritas, no

la elegí yo. Ni Bryan tampoco.

Todos, a excepción de Bryan y Max, alquilaron patines. Max había cambiado sus estampados hawaianos por una camisa de aspecto pijo y unos vaqueros. Ivy se preguntó si le habría llegado la voz de que Dhanya lo encontraba «chabacano». Tal vez Bryan le hubiera dado algunos consejos después de llevarlo a casa la noche anterior.

—No sabía que fueras aficionado al patinaje —le dijo Kelsey a Max mientras éste se abrochaba los cordones de unos patines que parecían caros y nuevos.

—No es aficionado al patinaje —contestó Bryan en lugar de su amigo—. Maxie tiene un juego completo de juguetes en cada una de sus residencias.

Chase, que se paseaba con sus patines de alquiler, se sintió obligado a explicar que había dejado tres tipos distintos de patines en su casa de Jackson Hole. Luego se volvió hacia Beth y le dijo:

—Deja que te ayude a atarte los patines, Elizabeth.

—Ya me los sé atar yo —respondió Beth, pero cuando hubo terminado le permitió que la tomara de la mano y la llevara a la pista. Bryan y Kelsey los siguieron y en seguida los rebasaron, a ellos y a todos los demás patinadores, con sus largos y atléticos empujones.

Max, Dhanya, Ivy y Will permanecían torpemente de pie en las esteras de goma. Entonces, Will cogió a Dhanya de la mano, con lo que Max e Ivy se sintieron como si fueran los elegidos en último lugar para jugar al balón prisionero en el patio del colegio.

—¿Quieres un compañero? —inquirió Max.

—Me gustaría patinar contigo más adelante —le respondió Ivy, cortés—, pero al principio preferiría ir sola.

Dio varias vueltas a la pista. Kelsey y Bryan la adelantaron. Ella se quedó todo el rato detrás de las parejas, disfrutando de la sensación de suavidad del hielo bajo sus pies y pensando que, si no había sido el tío de Bryan quien había elegido la música de la noche de parejas, debía de haber sido la propia madre de Ivy. «Qué le vamos a hacer, cualquier cosa con ritmo vale».

Cuando Chase se detuvo para apretarse los cordones, Ivy fue a colocarse junto a Beth y enlazó su brazo con el de ella.

—Te robo la pareja, Chase.

El invierno anterior, Beth e Ivy habían ido a patinar juntas todos los fines de semana, pues ambas disfrutaban mucho con aquel tipo de ejercicio. Patinar en pareja, acoplando el paso y adoptando un ritmo cómodo, solía resultarles fácil, pero aquella noche no era así. Beth patinaba con rigidez.

—He recibido un mensaje de Philip —le comunicó Ivy, esperando que el afecto que Beth sentía por su hermano sirviera de puente entre ellas.

—Yo también.

—Creo que echa de menos a sus dos «hermanas mayores».

Beth asintió.

—Está realmente ansioso por leer la última aventura *El ángel y el gato del callejón*.

—Will se la va a mandar el lunes —repuso Beth.

—¿Cómo está Will? —preguntó Ivy, y sintió cómo Beth le tiraba del brazo—. No te sueltes, Beth. Le quiero tanto como te quiero a ti, lo sabes muy bien. Por favor, no te sueltes.

Recorrieron la curva de la pista; Beth miraba directamente al frente.

—Está bien —respondió por fin.

—¿Y cómo estás tú? —inquirió Ivy.

—Bien.

Ivy se sentía completamente marginada. Esforzándose por no perder la paciencia, inspiró hondo y soltó el aire despacio, observando cómo Max retrocedía con precaución para unirse a Will y a Dhanya. Tras una breve conversación, Max siguió patinando con Dhanya.

Kelsey y Bryan se acercaron por detrás a toda velocidad y adelantaron a todo el mundo.

—Me imagino que eso es lo que todos llaman «*power skating*» —observó Ivy.

—Yo lo llamaría competición —replicó Beth—. Compiten, y ésa es la manera de seducirse el uno al otro.

—¿Cómo que compiten? —preguntó Ivy, contenta de que por fin mantuvieran una conversación.

—Sí. Por demostrar quién bebe más, quién está de juerga durante más tiempo, quién conduce más rápido...

—¿De verdad? ¿Quién te lo ha dicho?

—Dhanya. En la playa compiten para ver quién flirtea de manera más escandalosa; con otras personas, quiero decir.

—El viejo juego de Gregory y Suzanne —señaló Ivy.

Beth la miró a los ojos y luego apartó la vista.

Aquél había sido el deporte favorito de Gregory y Suzanne, y lo habían practicado como si fueran deportistas olímpicos, una competición sin fin para ver quién flirteaba más y ponía más celoso al otro.

Beth e Ivy dieron otra vuelta a la pista antes de que Chase les diera alcance y se deslizara entre las dos.

—¿Sabes, Elizabeth?, hacerse la difícil no siempre hace que un hombre te desee.

—No estaba haciéndome la difícil ni mucho menos intentando hacer que tú me desearas —le contestó Beth.

Chase se echó a reír, como si Beth hubiera pretendido ser graciosa.

—Me parece extraño... Chicas que bailan con chicas, chicas que patinan con chicas, esperando que los chicos se fijen en ellas.

—En ocasiones —intervino Ivy—, simplemente están patinando y bailando.

Chase se volvió hacia ella, los ojos grises del muchacho lanzaban destellos.

—Rara vez.

Cogió a Beth de la mano e Ivy los miró mientras se alejaban. Beth mantenía la cabeza ligeramente vuelta hacia un lado. Aunque aparentemente acataba los deseos de los demás, Beth no estaba conectando ni con Chase ni con ella, pensó Ivy. Con una diferencia: Chase era tan egoísta que no se daba cuenta.

Abandonó la pista, deseando haber llevado su propio coche y poder volver a casa. Las instalaciones tenían un puesto de refrescos con mesas y sillas de madera pintadas de naranja chillón y azul. Las paredes estaban llenas de fotos de equipos de hockey. Ivy se sentó y sacó el móvil para ver si Guy la había llamado.

—¿Cansada? —inquirió Dhanya.

Desilusionada porque no tenía ningún mensaje, Ivy levantó la vista para mirar a Dhanya y a Max, que la habían seguido fuera de la pista.

—Sólo estaba tomándome un respiro.

—¿Os apetece un helado? —sugirió Max—. Yo invito.

Ivy no quería helado, pero aceptó, deseosa de dejarle demostrar ante Dhanya que era un chico «atento».

Mientras pedían el helado, Chase, Beth y Will se les unieron, de modo que juntaron dos mesas y dispusieron unas sillas a su alrededor. Bryan y Kelsey fueron los últimos en dejar de patinar, después de mantener una conversación bastante dramática —quizá una discusión— en medio de la pista que les puso a ambos las mejillas coloradas y los ojos brillantes. «Igual que Suzanne y Gregory», pensó Ivy, mientras se acercaban al puesto de refrescos. Se dijo que no era más que la manera en que algunos chicos y chicas jugaban al amor, pero a veces tenía la impresión de que nunca lograría escapar de los recuerdos del verano anterior.

Los ocho acababan de sentarse con sus conos de helado cuando el teléfono de Ivy comenzó a sonar.

Will se volvió hacia Ivy como si estuviera sorprendido. Conocía, claro está, los tonos de llamada de los amigos de ella, de su madre, de Andrew y de Philip, del mismo modo que Ivy conocía los tonos de llamada de los amigos de Will y de su padre. Que él se hubiera percatado de que aquel sonido era diferente era un ejemplo más de lo entrelazadas que habían llegado a estar sus vidas. Aun así, ella se sintió molesta por la forma en que la miró, como si nadie pudiera llamarla si antes no tenía su aprobación.

Se alejó un poco de los demás y se llevó el teléfono al oído.

—¿Dígame?

—Hola. Soy yo.

—Hola.

—Quienquiera que sea —se apresuró a añadir Guy.

Ivy rió y se sentó en una silla junto a otra mesa.

—¿Qué tal el trabajo?

—Duro. Y divertido. ¿A que no sabes una cosa? ¡Tengo ruedas!

—¿Sí? —Ivy persiguió una gota que caía de su cono de helado y la pescó con la lengua.

—Kip me ha prestado una vieja moto. Bueno, ¿qué estás haciendo? —preguntó Guy—. El sonido de fondo no parece música clásica.

—No. Es música disco, buena como acompañamiento para patinar, me imagino.

—Ivy le habló de la pista de patinaje y de los pases gratuitos—. ¿Te apetecería venir?

Hubo un momento de silencio.

—¿Con quién estás? —inquirió.

—Con algunas personas que no conoces. —Ivy mordió el cornete—. Beth, Max, Bryan y Chase. Y Kelsey y Dhanya; a ella tal vez la recuerdes del solárium del hospital. Y Will. Me encantaría verte, Guy.

—No creo que a Will vaya a hacerle mucha gracia.

Ivy lanzó una mirada hacia la mesa donde estaban los demás. Will y Beth la estaban observando, e Ivy asumió que habían adivinado quién la llamaba. Ella podía ignorar sus miradas y su hostilidad, pero no era justo hacer que Guy tuviera que soportarlas.

—Entonces, nos vemos mañana —replicó.

Conversaron un minuto más antes de que ella regresara a la mesa.

—¿A que sé quién era? —se burló Kelsey.

Ivy aplastó la punta del cornete en su boca.

—El bellissimo amnésico.

—¿El tipo que sacaron del mar? —preguntó Bryan con interés.

—En Chatham, ¿verdad? —añadió Max—. ¿Cómo se llama?

—Todavía no se acuerda —respondió Ivy—. Se hace llamar Guy.

—Qué original —observó Chase.

—No entiendo cómo alguien puede permanecer sin identificar durante tanto tiempo —manifestó Bryan—. ¿Has mirado en Google?

Chase se inclinó hacia adelante.

—¿Y qué ponemos para buscarlo?

—Yo probé con «personas desaparecidas en Massachusetts y Rhode Island» —les dijo Will.

Ivy lo miró sorprendida.

—Y estoy seguro de que la policía y el hospital hicieron lo mismo. Ayer volví a probar, pero sigue sin haber resultados.

—¿Y por qué no probaste en la lista de los más buscados del FBI?! —exclamó Ivy.

—Lo hice. Por supuesto, para estar en ella tienen que haberte condenado ya.

Ivy se dio la vuelta hacia el otro lado.

—Llamé a un amigo de mi padre que vive en Nueva York, un abogado penal, para hacer algunas averiguaciones.

Ivy se volvió de nuevo a mirarlo.

—¡No puedo creer que hicieras eso!

Will prosiguió con calma.

—Dijo que hay grandes luchas de poder y escasa comunicación entre las fuerzas del orden de una ciudad y la siguiente, y entre uno y otro lado de los límites estatales. A menos que una persona sea el líder de una importante banda de traficantes de droga o forme parte de un grupo terrorista, podría darse a la fuga o ser sospechoso de un crimen, y alguien que se encontrara a tan sólo quince kilómetros de distancia ni se enteraría.

Ivy tuvo que hacer acopio de todas sus fuerzas para no ponerse como una fiera con Will; no quería pelearse con él delante de los demás.

—Gracias por tan meticulosa investigación, Will —le dijo.

Ivy hizo una bola con el envoltorio de papel del cornete y, poniéndose en pie, lo arrojó a un cubo de la basura antes de regresar a la pista de patinaje.

Llevaba un par de minutos patinando cuando Bryan le dio alcance.

—Al contrario de lo que piensa la gente, tienes mal genio —declaró, dirigiéndole una sonrisa.

—Todo el mundo tiene un punto en el que pierde la calma —repuso Ivy.

—Desde luego —admitió él—. Es una de las cosas interesantes que uno aprende cuando conoce a una persona, el punto en el que salta. Tú no saltas fácilmente —añadió. Ivy siguió patinando—. ¿Es porque tienes un autocontrol tremendo o porque eres tan ingenua como para pensar que nadie va a hacerte daño?

—¿Son éstas las únicas razones que ves para no perder los nervios?

Él la adelantó y se dio la vuelta para estar frente a ella; ahora el chico patinaba hacia atrás.

—¿Conoces alguna otra?

—Sí. Porque no quieres hacer daño a la otra persona.

—Ah, eso... —Le sonrió—. ¡Baila conmigo, Ivy!

Rodeándola, se situó a su espalda y empezó a patinar acompañando sus movimientos a los de ella con precisión. Volvió a ponerse frente a Ivy y luego la hizo girar de modo que patinase de espaldas. Como buen bailarín, Bryan tenía tanto la

fuerza como la habilidad para saber cómo inclinar a su pareja y hacerle dar una vuelta; hacía que pareciera fácil. Patinar con él era divertido, e Ivy sonrió.

Tras cansarse de bailar, Bryan se puso a jugar un falso partido de hockey: la adelantaba a toda velocidad, se paraba en seco, giraba hacia atrás y daba vueltas alrededor de Ivy acercándose a ella todo lo posible sin llegar a tocarla. Patinó hacia atrás y, acto seguido, arremetió contra ella, como si tuviera un disco de hockey, fintando a derecha e izquierda. Ivy sonrió e imaginó que tenía que seguir patinando, que Bryan contaba con que ella siguiera avanzando en línea recta mientras él zigzagueaba en torno a ella y la esquivaba. Pero en una ocasión el chico fingió tan bien que Ivy no pudo evitarlo, cambió de dirección y chocaron.

—¡Sooooo! —La agarró para impedir que cayera al suelo y giraron sobre sí mismos, mientras Bryan reía y la abrazaba con fuerza.

Cuando cesaron de dar vueltas, Bryan no la soltó de inmediato. Ivy se liberó de sus brazos y vio a Kelsey observándolos.

—Patinemos sin más —le dijo Ivy a Bryan con calma—. Creo que le has ganado este asalto a Kelsey.

Bryan introdujo la mano de ella en el hueco que formaba su brazo y patinaron juntos manteniendo un ritmo tranquilo.

—¿Y piensas que eso es lo único que trataba de hacer, poner celosa a Kelsey?

—Sí.

—Muy bien, te seguiré el juego. Puedo fingir que estoy locamente enamorado de Kelsey y que no veo a ninguna otra chica más que a ella, ni siquiera a una chica con unos ojos verdes y un cabello increíble que ningún chico olvidaría jamás.

Al ver que Ivy no respondía, Bryan se volvió hacia ella.

—Finjo bastante bien, ¿sabes?

—Sí.

—Ya has visto lo bien que finto a derecha e izquierda. No sólo sé hacerlo en el hockey.

—Sí, y tú ya has visto lo que sucede cuando finges de forma demasiado convincente. No todos los choques terminan bien.

Los ojos de Bryan relucieron y echó la cabeza hacia atrás con una carcajada.

—No tienes ni idea —dijo, y se alejó patinando.

—Tu mayordomo me ha hecho pasar —le dijo Ivy a Guy el sábado por la tarde, después de que *Saco de pulgas* la hubo guiado hasta el estanque por el camino que bordeaba la casa.

Guy sonrió y extendió una toalla bajo la sombra tamizada de un viejo manzano. Se sentaron, apoyándose en los codos, y hablaron del trabajo: del excéntrico artista cuyo césped lleno de esculturas había cortado Guy aquella mañana, y del cangrejo ermitaño que Ivy había encontrado oculto bajo la almohada de un chiquillo. Guy se reía ahora con mucha más facilidad. Ivy saboreaba el sonido de su risa.

—¿Quieres que hoy te dé una clase de natación? —preguntó.

—Esperaba que hubieras traído el bañador.

Ella asintió.

—Y un flotador. Vuelvo en seguida.

Ivy se cambió de ropa en el cobertizo de Guy y luego se dirigió al estanque, cruzando la alta hierba. Se detuvo a unos treinta metros del agua. No había ni rastro de Guy. El gato se hallaba en la orilla arenosa del estanque, mirando el agua. La camiseta de Guy estaba junto a él.

—¡Ay, Dios mío! —Ivy voló orilla abajo—. ¡Guy! —gritó. Cuando había entrado tres metros en el estanque, divisó su forma oscura en el fondo—. ¡Guy!

Alargó el brazo para tirar de él hacia la superficie. En aquel preciso momento, él se puso en pie y la hizo caer de espaldas en el agua. Guy había pillado a Ivy desprevenida; ella emergió tosiendo y estornudando.

—¿Qué demonios estabas haciendo?

—¿Qué estabas haciendo tú? —inquirió él como respuesta, y, dándose cuenta de lo sucedido, empezó a sonreír—. ¡Ah, estabas salvándome!

Ivy, sintiéndose estúpida, no dijo nada.

—He estado practicando para aprender a estar bajo el agua —le explicó Guy—. Tengo que ser capaz de enfrentarme a este miedo sin tener encima a mi socorrista. No te enfades, Ivy.

No podía enfadarse con él. Era justo lo que le había dicho a Tristan el día que ella se había presentado en la piscina antes que él y había puesto a prueba su valor sumergiéndose para coger un penique.

—Mira lo que he encontrado —le dijo Guy, abriendo la mano.

Ivy se quedó sin aliento al ver el brillante penique.

—Lo he visto relucir bajo el agua, como un pedazo de sol —le dijo—. Es una señal.

Ella levantó rápidamente la vista.

—Una señal... ¿de qué?

«Tristan, ¿estás ahí?», preguntó en silencio.

Guy titubeó.

—De esperanza. O tal vez no sea más que un penique.

—No, es una señal —repuso Ivy.

El muchacho miró el penique con atención.

—Me parece que voy a dejarlo sobre la manta. No quiero perder mi trocito de esperanza.

Ivy observó cómo Guy caminaba hasta la orilla con la cabeza gacha, aparentemente sumido en sus pensamientos mientras examinaba el penique. ¿Debía hablarle de aquel día en la piscina, cuando ella y Tristan se besaron por primera vez? Pero si Tristan estaba oculto en Guy y Lacey tenía razón...

—¿Listo para una clase de natación? —le preguntó cuando hubo regresado.

—Más listo que nunca.

—Muy bien. La patada, respirar y flotar: éstos son los objetivos de hoy —enumeró Ivy, hablando como una profesora e intentando disimular que sentía los ojos de Guy cada vez que se posaban sobre su piel.

Le mostró los pies de crol, y le enseñó a utilizar el flotador que había llevado y a cruzar el estanque. Después pasaron a la respiración.

—Imagínate que el agua es una almohada para tu cabeza —le dijo, tal como Tristan le había dicho a ella en una ocasión.

»¡Eres un nadador nato! —le anunció diez minutos más tarde.

—Eso se lo dirás a todos tus alumnos.

—Probemos a hacer el muerto —propuso Ivy, y le hizo una demostración.

Guy la estudió durante un largo minuto y luego ladeó la cabeza de modo sugerente.

—¿Puedo limitarme a mirar?

—No.

Sonriendo, el chico volvió a dejarse caer en el agua. Primero se sentó y luego se hundió hasta el fondo. Cuando salió a la superficie farfullando, Ivy se echó a reír y él la salpicó.

—Yo hice lo mismo cuando estaba aprendiendo. Tienes que arquear la columna vertebral y echar la cabeza hacia atrás hasta que el agua te bañe la frente.

Se lo volvió a mostrar. Recordó que Tristan le había puesto una mano bajo la espalda para sostenerla y que después la había soltado.

«Estoy flotando», le había susurrado ella.

«Estás flotando», había replicado Tristan, mirándola.

«Flotando... Flotando...». Ahora Guy estaba de pie inclinado sobre ella e Ivy le

leyó los labios.

Sintió que él tocaba las puntas de su cabello, desparramado en el agua a sus espaldas. Guy se encorvó sobre ella, mientras el sol formaba tras la cabeza del chico un halo dorado y el reflejo del agua le iluminaba la cara.

Sus brazos la rodearon y la levantaron. Ivy tenía la impresión de que su cuerpo despertaba de un largo sueño.

—Ivy —susurró; luego buscó sus labios y la besó con una dulzura insoportable.

El beso era de Tristan. Ivy lo sabía, aunque Guy no fuera consciente de ello. Deseaba abrazarlo y que él la abrazara. Se deleitó en la forma en que le apartó el cabello húmedo de la cara. Cuando le besó las orejas y la punta de la nariz, se rió de su espíritu juguetón, con la certeza de sentir la alegría de Tristan en las caricias de Guy.

«Tristan, te quiero —pensó—. Siempre te querré».

El domingo, Ivy acompañó a Beth y a la tía Cindy a la iglesia. Will les dijo que se quedaría en el hotel para atender a los huéspedes. Utilizando a Beth como mensajera, le había comunicado a Ivy que estaba reuniendo lo necesario para encender la hoguera aquella noche. Will, siempre leal y atento... ¿Estaría intentando echárselo en cara? Ivy se reprendió a sí misma por pensar algo así. Will había sufrido mucho con ella; también él necesitaba la hoguera para cerrar aquel capítulo de su vida y seguir adelante.

Maggie y Andrew esperaron hasta última hora de la tarde para llamar, pues sabían que ella estaría trabajando la mayor parte del día. Ahora que casi todos los huéspedes habían abandonado el hotel —de hecho, sólo quedaban dos parejas—, Ivy tenía el largo porche delantero para ella sola y se había sentado allí para contemplar el horizonte mientras hablaba con ellos por teléfono. Unos diez minutos después, Philip la llamó desde su casa del árbol.

—Lacey me ha hecho una visita esta mañana —anunció.

—¿Ah, sí?

—En la iglesia —rió Philip—. Se ha puesto a hacerme cosquillas.

—Muy propio de Lacey.

—En medio del sermón del reverendo Heap.

—Eso sí que es propio de Lacey.

—El reverendo me ha lanzado una mirada asesina —prosiguió Philip—, y una de las señoras mayores que se ocupa de las flores ha empezado a señalarme y a exclamar: «¡Un ángel, un ángel!».

Ivy se echó a reír.

—Veía el resplandor de Lacey.

—Eso quiere decir que ella cree en los ángeles —intervino Ivy.

—Pero otra gente, como el reverendo Heap, sólo me veía a mí. Mamá se ha puesto muy colorada.

—¿Y qué ha dicho Andrew..., quiero decir, papá? —añadió Ivy, pasando a utilizar el nombre que usaba Philip.

—Ha pensado que era bastante gracioso. Bueno, Lacey sólo ha venido a verme porque ambos añorábamos a Tristan. Yo aún lo echo mucho de menos.

A Ivy se le hizo un nudo en la garganta.

—Mamá, papá y yo hemos estado viendo fotos tuyas cuando hemos llegado a casa.

—Buena idea —repuso Ivy, secándose una lágrima—. Creo que yo haré lo

mismo.

Después de que Philip hubo colgado, Ivy se quedó mirando largo tiempo el teléfono, sopesando si llamar a Guy o no. Aquel día, más que nunca, deseaba oír su voz.

Sobre la mesa de mimbre había una jarra con rosas de un intenso color encarnado recién cortadas del jardín de la tía Cindy. Su olor transportó a Ivy a la última noche que ella y Tristan habían pasado juntos. Él le había llevado un ramo de rosas de color lavanda. Para Ivy, aquel color tan inusual simbolizaba ese amor que llega sólo una vez en la vida. Y le recordaban el agua, el agua al amanecer, el agua al atardecer, el agua que le daba alas al Tristan terrenal. «Tristan, ¿estás conmigo?».

Era una locura creer que Tristan había vuelto a su lado, se dijo a sí misma. No era justo para Guy que viera en él a otra persona. Y, sin embargo, la sensación era fortísima. «Tristan, ¿estás ahí?».

Sonó el teléfono. Ivy escuchó el tono de llamada durante un minuto entero antes de contestar.

—Hola.

—Hola, soy yo —dijo Guy—. Temía que no contestaras.

—Estaba... pensando —repuso ella—. ¿Qué estás haciendo?

—Cortando tocones de árbol. ¿Y tú? Aparte de pensar, quiero decir.

—Cuando se marchan los huéspedes del fin de semana tenemos mucho que limpiar. He estado limpiando y he ido a la iglesia, y he hablado con mi familia.

—¿Algo va mal?

—¿Qué quieres decir?

—Tu voz —contestó Guy—. Te pasa algo.

Ivy luchó por contener las lágrimas.

—Ivy... Ivy, ¿estás ahí? —preguntó él, en respuesta a su largo silencio.

—Espera un momento. —Ivy buscó un pañuelo de papel en sus bolsillos.

—¿Estás bien? ¡Ivy, háblame!

—Estoy bien. —Se secó los ojos y se sonó la nariz.

—De acuerdo. No tienes que decir nada —terció él—. Pero no me cuelgues.

—No lo haré —replicó Ivy, recuperando por fin la compostura—. Estoy aquí.

—¿Qué pasa? —inquirió Guy.

—Hoy... hoy es 25 de junio.

—Y es un día especial —repuso él.

¿Lo sabía o estaba sólo aventurando una posibilidad?

—Sí, es el aniversario de la muerte de Tristan —dijo Ivy en voz alta—. Hoy hace un año que murió.

Guy tardó en responder.

—Lo siento. ¿Qué puedo hacer para ayudarte? ¿Quieres que venga a verte?

¿Prefieres estar sola?

—Will, Beth y yo vamos a encender una hoguera en Race Point. Tristan era un nadador increíble, un velocista.

—En tal caso, creo que le encantaría que le recordaran así.

—¿Te importaría venir? —preguntó Ivy de repente—. Por favor.

Guy vaciló.

—Hum... Claro —respondió—. Me reuniré allí contigo. ¿A qué hora?

—Sobre las ocho.

Después de la conversación, Ivy dio un largo paseo. Algo después de las seis, regresó a la cabaña para ponerse unos vaqueros y encontró a Dhanya sentada en el columpio.

—¿Qué tal? —preguntó Dhanya.

—Bien. Gracias.

—Will nos habló a Kelsey y a mí de la hoguera. Nos invitó.

Ivy se quedó asombrada.

—No es una fiesta.

—Es una conmemoración —intervino Kelsey, tras salir de la cabaña con un gran pedazo de pizza que sobresalía por el borde de un plato de papel—. Y las conmemoraciones son fiestas para los muertos, la mejor manera de honrar al queridísimo difunto.

—Se llamaba Tristan —espetó Ivy, y entró en la casa.

Estaba enfadada. ¿Por qué habría de pensar Will que a ella le gustaría que Dhanya y Kelsey los acompañaran? Pero también era verdad que ella le había pedido a Guy que fuera, y a Will tampoco le agradaría que lo hubiera invitado. «Sé justa», se dijo a sí misma.

Media hora más tarde, después de que Will hubo amontonado la leña, las palas y una nevera en el maletero de su coche, Ivy se acomodó en el asiento de atrás y Beth en el de delante. Kelsey y Dhanya siguieron a Will en el Jeep de Kelsey. Durante los 48 kilómetros de camino, Ivy estuvo esperando el momento adecuado para decirles que Guy iba a acudir, pero no logró encontrar la ocasión. Tanto Beth como Will guardaban silencio. A Ivy se le ocurrió que Will había invitado a las otras chicas para impedir que las cosas se pusieran demasiado intensas.

Cuando los dos coches llegaron al estacionamiento, Kelsey se ofreció a arrastrar la nevera con ruedas a través de las dunas. Will e Ivy llevaban los troncos y las astillas para encender el fuego. Beth cogió las toallas de playa y una brazada de salvia morada que había cortado en el jardín de la tía Cindy. Ivy le confió a Dhanya el álbum de fotos que había llevado.

Unas grandes dunas separaban el aparcamiento y la playa, por lo que caminaron en lenta procesión por el sendero principal que discurría entre ellas. Ivy disfrutaba del

esfuerzo de caminar en la arena profunda; la brisa oceánica era fresca, pero la arena estaba caliente bajo sus pies.

Ivy y Will cavaron el hoyo para la hoguera. Beth se sentó en una toalla de playa, sosteniendo el álbum, que Dhanya había dejado en el suelo. Kelsey asaltó de inmediato la nevera y descubrió que no habían llevado ninguna bebida alcohólica. Dhanya y ella jugaron entre la espuma superficial del mar, riendo y salpicándose la una a la otra.

Cuando hubieron terminado de cavar el hoyo, Will colocó los troncos y dispuso las astillas. Ivy contempló el agua de color índigo. Race Point Beach se extendía a lo largo del extremo norte del parque nacional Seashore, donde el largo dedo del cabo se arqueaba hacia el interior.

La curva de la playa, del mismo modo que la del horizonte, le causaba a Ivy la impresión de hallarse en una cornisa entre dos mundos. El mundo que siempre había conocido resplandecía al oeste, teñido de rosa y oro. Pero otro mundo de color malva y tachonado de estrellas, igual que el de la noche en que Tristan la había besado, se extendía al este. Se sentía atrapada entre ambos.

Cuando los troncos ardían a buen ritmo, Kelsey y Dhanya se unieron a ellos alrededor del fuego.

—¿Vamos a cantar canciones? —preguntó Kelsey mientras todos los demás se sentaban.

—Estamos compartiendo recuerdos de Tristan —respondió Will en voz baja—, hablando del tipo de persona que era y de las cosas que hacía.

—Eso es un poco deprimente, ¿no? —manifestó Kelsey, y en seguida se le iluminó la cara al mirar hacia las dunas—. Vaya, ¡hola!

Todo el mundo se volvió para seguir su mirada. Guy se dirigía hacia ellos.

—Vine lo antes que pude —dijo cuando estuvo cerca.

—¿Quién te invitó? —interrogó Will.

—Yo —respondió Ivy.

Guy la miró fijamente.

—Te he traído unas flores.

Sostenía detrás de la espalda un ramo envuelto en papel de floristería, como si no estuviera convencido de ofrecérselo.

Ivy sonrió, se puso en pie y extendió las manos.

—¡Oh! —Trasladó la mirada de las rosas a Guy, mientras las lágrimas le escocían en los ojos—. Son de color lavanda.

—Me he equivocado —dijo Guy, e hizo el ademán de retirarlas.

Ivy extendió los brazos para coger las flores, y sus manos tomaron y retuvieron las de él.

—¡No! No. Son perfectas. —Lo miró a los ojos—. ¿Cómo sabías que... que me

encantan las rosas lavanda?

Él se encogió de hombros.

—Simplemente me parecieron perfectas para ti.

—Son preciosas. Gracias —dijo Ivy, sosteniendo las flores en sus brazos.

—Mis padres me regalaron rosas lavanda cuando cumplí dieciséis años —terció Dhanya—. Cada año me las regalan de un color diferente. Y siempre tantas como años cumplo.

—Antes de que la princesa Dhanya nos cuente los detalles de cada una de sus especialísimas celebraciones de cumpleaños —intervino Kelsey—, cógete un refresco, Guy. Vamos a darle marcha a esta conmemoración.

Ivy le hizo sitio en su manta. Guy se sentó a su lado, frente a Will y a Beth.

Will habló de las excepcionales dotes de Tristan para la natación, e Ivy recordó el día en que Suzanne y Beth la habían arrastrado a su primer campeonato del instituto para verlo competir.

—¿Puedo ver las fotos que habéis traído? —preguntó Dhanya.

Beth le pasó el álbum, y Dhanya comenzó a volver las hojas.

—Eh, ¿quién es este chico tan guapo? —Le acercó el libro a Ivy, se lo puso en el regazo y se apretujó junto a ella en la manta.

—Gregory.

Ivy oyó a Beth contener el aliento. Will dejó caer la cabeza y miró al fuego.

—¿El asesino? Déjame ver —intervino Kelsey. Se desplazó de lado a toda prisa y se inclinó hacia ellas—. No tiene pinta de asesino.

—¿Y qué pinta tiene un asesino? —espetó Beth, airada—. ¿Cómo se le distingue de los demás?

—Para empezar —respondió Kelsey—, la crueldad debería reflejarse en sus ojos o en su boca. En estas fotos tan pequeñas no puedo vérselos.

—Ivy, ésa eres tú... ¡y qué vestido tan cursi! —exclamó Dhanya—. Dime que no lo elegiste tú.

—No lo elegí yo. Éste es Tristan —las informó Ivy, señalando una foto de la boda de su madre. Era una mesa de comensales junto a la que Tristan pasaba por casualidad. Guy se acercó para estudiar la foto, pero Ivy no observó el más mínimo gesto de reconocimiento en su rostro.

—¿Tu Tristan? —inquirió Dhanya—. ¡Pero si no era más que un camarero!

Ivy se echó a reír, y les habló de la boda y de la breve carrera de Tristan en el sector del catering.

—Creo que fue amor a primera vista, pero no hacia mí, sino hacia mi hermano pequeño.

Guy señaló al hermano de Ivy en otra foto.

—Philip. Le reconozco.

El corazón de Ivy dio un salto. Entonces se acordó de que se habían conocido en el hospital.

—Es una monada de crío —observó Kelsey, y después regresó a su propia manta y se volvió de espaldas para contemplar el cielo, cada vez más oscuro.

Dhanya pasó la página.

—Beth, llevabas el pelo distinto. Ahora me gusta más.

Dhanya estaba mirando la foto de Beth, Tristan y *Ella*.

—Yo le di a *Ella* a Tristan —le explicó Ivy a Guy—. No podía quedarme con ella y Tristan respondió a mi anuncio. Él no sabía nada de gatos, pero me aseguró que la cuidaría bien, dijo que la «bañaría».

Guy sonrió.

—No era más que una treta para verte a ti.

—Sí. Pero en seguida le cogió cariño —repuso Ivy.

—¿Y dónde está *Ella* ahora? —inquirió Guy.

—Gregory la ahorcó —intervino Beth.

Dhanya soltó un grito. Will arrojó una astilla al fuego.

—Habría utilizado cualquier medio para acabar contigo —observó Guy.

—Sí. Si no hubiera sido por Will, Gregory lo habría conseguido. Will arriesgó su vida por mí. Me salvó.

Will estaba mirando las llamas. Ivy se puso en pie y se acercó a él. Se arrodilló a su lado y lo rodeó con sus brazos. Durante un minuto, Will descansó su cuerpo contra ella, posando una mano sobre las suyas.

Cuando Ivy levantó los ojos, Guy había cerrado el álbum y estaba observándolos desde el otro lado del fuego.

Dhanya gimoteaba en voz alta.

Kelsey se incorporó.

—Dhanya, estás llorando por un gato y un tío que ni siquiera conoces.

—Conozco a Ivy y a Will —repuso Dhanya.

—Si nadie va a animarse —terció Kelsey—, yo me voy.

Nadie dijo nada divertido.

—Muy bien, chicos y chicas, me largo. ¿Vienes, Dhanya?

Dhanya hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Yo iré contigo —dijo Beth, poniéndose en pie.

Will e Ivy la miraron sorprendidos.

—Se acabó. Tristan ya no está con nosotros —les dijo Beth, y arrojó el ramo de salvia al fuego.

El ramo se inflamó, al tiempo que las llamas se elevaban momentáneamente hacia el cielo y en seguida volvían a bajar. Una lluvia de chispas, que se oscurecían al convertirse en cenizas, hizo pensar a Ivy en estrellas fugaces.

—Descansa en paz, Tristan —musitó Will.

Will e Ivy cubrieron el fuego con arena alrededor de una hora después. Ivy quería volver a casa yendo de paquete en la moto de Guy, pero sabía que Will seguía dolido y que se sentiría traicionado si no regresaba con él y con Dhanya.

Todos se fueron a la cama temprano, e Ivy durmió profundamente hasta las tres de la mañana, cuando despertó sobresaltada. Tras abrir los ojos, se sintió despabilada de inmediato, como si alguien la hubiera llamado. Se incorporó, escuchando con atención. Beth, Dhanya y Kelsey seguían dormidas. Ivy se arrodilló junto a la ventana y acercó el rostro al cristal, pero no vio ni oyó a nadie en el exterior. Se levantó, se puso la camiseta y los vaqueros en un santiamén, cogió los zapatos y la billetera, y bajó de puntillas la escalera. Fuera de la cabaña, la luna llena estaba alta y le daba al jardín un baño de plata. Ivy se detuvo tan sólo un momento para aspirar la noche silenciosa y, acto seguido, se dirigió con decisión hacia su coche, como si hubiera planeado volver a Race Point varias horas antes. Avanzó poco a poco y con las luces apagadas hasta llegar a la carretera asfaltada; luego encendió los faros y partió.

Había una parte de Ivy que permanecía fuera de ella y cuestionaba sus propios actos. Esa sensación de que alguien la llamaba... ¿habría sido un sueño? Cuanto sabía era que, fuera lo que fuese lo que la había despertado, era más fuerte que ella.

Ivy dejó el coche en un aparcamiento vacío en Race Point y echó a andar hacia el mar. Los intensos colores de la hoguera y del atardecer se habían consumido. El paisaje de las dunas y el océano, sumergidos en la luz de la luna, parecía de otro mundo.

—Sabía que vendrías.

Al oír la voz de Guy, a Ivy se le detuvo el corazón. Guy la había seguido desde el camino a través de las dunas. Bajo la luz lunar, su cabello estaba salpicado de plata.

—¿Lo sabías? ¿Cómo?

—No podía dormir, y no hacía más que pensar: «Va a volver. Tengo que estar allí». —Se detuvo a menos de un metro de ella—. ¿Qué te ha hecho venir? —inquirió.

—No lo sé. He tenido la impresión de que alguien me llamaba.

Caminaron juntos hasta el lugar donde habían encendido el fuego. Ivy había dejado una única rosa lavanda sobre las ascuas enterradas. La recogió, y acarició con un dedo sus pétalos aterciopelados.

—Él te regaló rosas lavanda —dijo Guy.

—¿Tú lo sabías?

—Cuando vi la expresión de tu cara, lo supe.

Ivy bajó la mirada.

—Estaba intentando ayudarte —le dijo Guy—. Lo siento si hice que te sintieras peor.

—No me hiciste sentir peor. Que me trajeras esas rosas me pareció... una especie de milagro. Me pareció... un mensaje de Tristan.

Guy le tomó la mano.

—Ven. Conozco un buen sitio donde sentarse.

La condujo a un lugar resguardado entre montículos arenosos que susurraban al mecerse la hierba. Sentados en la arena, apoyaron la espalda contra un tronco decolorado por el sol.

—Cuando Will y tú hablabais de Tristan, me sentí como si le conociera.

Ivy, esperanzada, lo miró a los ojos.

—¿Cómo murió Tristan? —inquirió él.

—Gregory cortó el cable de los frenos de su coche —respondió Ivy—. Íbamos por una carretera llena de curvas; nos topamos con un ciervo y otro coche venía de frente. No pudimos parar. Yo sobreviví. Tristan no.

Escudriñó el rostro de Guy buscando un gesto de reconocimiento, pero él apartó la mirada antes de que Ivy pudiera leer sus ojos.

—¿Estaba Gregory celoso de Tristan? —preguntó—. ¿Estaba Gregory enamorado de ti?

—No, el objetivo era yo. Me había tropezado con Gregory la noche en que él mató a su madre y...

—¡A su madre!

—Gregory creía que yo sabía que la había matado él.

—Aun así —replicó Guy—, ¿estaba Gregory enamorado de ti?

—Durante algún tiempo fingió que le importaba. Yo me despertaba en medio de terribles pesadillas, y allí estaba él. Era muy cariñoso conmigo. Me abrazaba hasta que volvía a quedarme dormida.

—Entonces, tal vez...

—No. Al final quedó muy claro... Gregory me odiaba.

—El amor puede provocar odio —observó Guy. Dibujó un triángulo en la arena y lo resiguió dos veces, frunciendo el ceño.

—¿Qué es esto? —le preguntó Ivy.

Él sacudió la cabeza.

—No lo sé. A veces, algo me parece familiar, y luego vuelvo a perder el hilo.

Ivy alargó la mano y le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—A mí me atormenta un pasado que no puedo olvidar, y a ti te atormenta un pasado que no logras recordar.

Guy la rodeó con sus brazos.

—En tal caso, vivamos el presente. Cada momento que paso contigo es como un regalo.

Se recostaron contra el tronco, contemplando las estrellas. El tierno beso de Guy se convirtió en un beso apasionado. Al cabo de un rato, él se quitó la camisa, la extendió sobre la arena y se tumbó sobre el borde, dejándole a Ivy la mayor parte de la tela. Ella se tumbó y se apoyó contra su pecho.

—Ahora duerme —dijo Guy, abrazándola con fuerza—. Ahora estamos juntos. Duerme.

Al abrir los ojos, Ivy divisó al este un cielo salpicado de rosa y melocotón. Guy, con los ojos cerrados, la rodeaba aún con los brazos. Ivy se acercó a él y, apoyada sobre el codo, estudió su rostro, sus pestañas doradas y su áspera barba. Resiguió con el dedo la forma de sus labios.

Él abrió los ojos.

—Buenos días —dijo en voz baja—. ¿Has dormido bien?

—De maravilla. Encontré una buena almohada. ¿Y tú?

Guy se incorporó lo suficiente para besarle el hombro.

—Yo encontré a una compañera de cama que no tiene pulgas.

Riendo, Ivy lo derribó de un empujón.

—¿A qué hora tienes que estar en el trabajo? —le preguntó él.

¡El trabajo! Ivy se incorporó y buscó su móvil. Estaba muerto.

—¿Sabes qué hora es?

Guy se sacó el teléfono del bolsillo.

—Un poco más de las cinco.

—El hotel está a casi una hora de aquí, ¡y empiezo a trabajar a las seis y media!

—Volvamos a la realidad —dijo él, y, tras ponerse en pie, le tendió la mano. Ivy recogió la camisa de Guy y la sacudió.

Guy, que había aparcado su motocicleta junto a la oficina de atención al visitante, dio alcance a Ivy y la siguió por la estatal 6.

Cuando llegaron al aparcamiento del hotel, el sol lanzaba rayos amarillos a través de los huecos del oscuro matorral de pino. Guy se bajó de la moto y volvió a consultar su teléfono.

—Las cinco y cincuenta y ocho —la informó.

Ivy se apoyó en su coche, reacia a despedirse.

—¿Sabes? Beth ha dicho siempre que los coches son como la ropa..., detalles que dan forma al personaje de una historia.

—¿Y?

—¿Qué tipo de coche te gustaría conducir? —inquirió.

—Algo con muchos caballos que, a pesar de las abolladuras, no se vea feo.

Ivy sonrió. Recorrieron de la mano el sendero que conducía a la cabaña.

—¿Qué coche crees que conducías?

—Probablemente un coche viejo, de otra persona. Como el de mis padres o... Ni siquiera sé... —Se le quebró la voz—. Ni siquiera sé si tengo padres.

—¿Qué tipo de padres querrías tener? ¿Qué te parecería tener una madre que fuera médica?

Ivy notó que Guy no quería seguir.

—Eso es peligroso, Ivy.

—¿El qué? —preguntó ella, a la defensiva.

—Imaginar cosas sobre mí. No quiero confundirme. No quiero mezclar lo que realmente sucedió con las cosas que deseo... —titubeó— que deseo tanto que sean verdad.

«¿Qué es lo que te gustaría que fuera verdad?», estaba a punto de preguntarle Ivy, cuando vio que Guy volvía la cabeza hacia la cabaña.

Beth estaba sentada en el columpio, Will a la entrada de la casa, ambos con los brazos cruzados.

—¿Dónde has estado? —preguntó Beth, con voz dura.

—En Race Point —contestó Ivy.

—¿Por qué regresaste allí? ¿Por qué regresó él?

Ivy contuvo su enfado por que Beth se refiriera a Guy en tercera persona.

—Porque quisimos.

Will se puso bruscamente en pie y se marchó sin decir ni una palabra. Beth se levantó del columpio. Al mismo tiempo, Kelsey apareció en la puerta de la cabaña, aún con su camisón de satén.

—Bueno, bueno, bueno —dijo, manteniendo abierta la puerta mosquitera—. Ivy, la chica buena, que jamás se escabulliría a medianoche para correr una aventura, vuelve al alba. —Kelsey le guiñó un ojo a Guy—. Me da la impresión de que Ivy ha pasado la noche mucho mejor que nosotros.

Beth empujó a Kelsey para pasar y entró en la cabaña. Kelsey miró atrás un instante y, volviéndose hacia Ivy, le dijo:

—Me debes una por no permitir que Beth fuera corriendo a contarle a la tía Cindy que no estabas y te metiera en un buen lío. Y estás en deuda con Dhanya y conmigo por haber perdido una hora de sueño... Beth estaba histérica.

Ivy se volvió hacia Guy.

—Será mejor que te vayas —le dijo en voz baja—. Te llamo más tarde, ¿de acuerdo?

Él le apretó la mano y regresó en silencio al aparcamiento.

Media hora después, Ivy era la última en llegar a la cocina del hotel, vestida para trabajar. Por la expresión adusta de Will, la frialdad de Beth, el brillo en los ojos de

Kelsey y las miradas furtivas de Dhanya, era obvio que algo había sucedido durante la noche. La tía Cindy se los quedó mirando y, en lugar de asignarle a cada uno su tarea, dijo:

—Hoy necesito a uno de vosotros en el jardín, otro que me ayude con el desayuno, otro que limpie la habitación que quedó libre a última hora y dos que frieguen el porche. Allá vosotros.

Luego, se marchó a preparar su habitual cafetera de café bien cargado.

Como deseaba estar lejos de los demás, Ivy eligió la tarea menos popular: limpiar la habitación. Aquella mañana el trabajo no era demasiado duro y todos terminaron temprano. Ivy se retiró a la playa que se extendía cerca del pequeño hotel.

Bajó la mitad de los 52 escalones de madera que conducían al pie del risco y permaneció sentada unos minutos en un banco del descansillo. Quería pensar en Guy, recordar cada dulce momento pasado con él, repasar cada una de las señales que le indicaban que Tristan había vuelto a su lado. Al cabo de un rato, descendió el resto de los peldaños y dio un paseo por la orilla.

Otros pensamientos más oscuros comenzaron a infiltrarse en su mente. ¿Y si Lacey tenía razón y Tristan había hecho algo prohibido cuando la salvó? Si estaba ocultándose en el interior de Guy, ¿era posible que su amor por aquel chico condenara el alma de Tristan para siempre?

Al final subió la escalera y regresó al hotel, profundamente sumida en sus pensamientos.

—Ivy.

Al levantar la cabeza, vio a Beth y a Will de pie en el descansillo. Con cara seria, hombro con hombro, la hicieron pensar en aquellos ángeles que, enarbolando una espada, prohibieron a Adán y a Eva volver al jardín del Edén.

—Perdonad —les dijo, intentando pasar de largo.

Ellos le bloquearon el paso.

—Tenemos que hablar —declaró Will—. Las cosas han llegado demasiado lejos.

Ivy parpadeó.

—Pero, bueno, ¿qué es esto? ¿Un juicio?

—Llámalo como quieras —repuso él—. Lo hacemos porque nos importas. Ivy, no estás tomando las decisiones correctas.

—Estás corriendo enormes riesgos —terció Beth.

—Estoy corriendo los mismos riesgos que cualquiera que haya amado alguna vez a otra persona.

Beth meneó la cabeza.

—Pero tú no sabes quién es Guy.

—De hecho, creo que conozco a Guy mejor de lo que él se conoce a sí mismo.

—Lo cual —le recordó Will— es justo lo que dijiste de Gregory cuando

encontraron muerta a su madre. Te daba pena e inventabas excusas para justificar su temerario comportamiento. Dijiste que, como vivías con él, le comprendías. Ahora estás haciendo lo mismo con Guy.

—Estás defendiendo a un chico que no recuerda por qué estuvo envuelto en una brutal pelea en la que podría haber muerto —añadió Beth.

—¿Cómo sabes que Guy no ha matado a alguien y recibió una paliza en la refriega?

—¡Eso no tiene ni pies ni cabeza! —exclamó Ivy—. ¡Del mismo modo que pensar que Guy era el conductor que nos echó a Beth y a mí de la carretera!

—Ivy, está fingiendo que no puede recordar. ¿Por qué eres tan ingenua? —gritó Will.

—¿Y tú por qué estás siempre tan dispuesto a pensar lo peor de los demás? —contraatacó ella.

—He recibido un correo electrónico de Suzanne —dijo Beth con voz queda.

—¿Ah, sí? —Ivy se apoyó contra la barandilla, sintiéndose de pronto agotada por la discusión.

—Ha estado soñando con Gregory.

Ivy se quedó pensativa unos instantes.

—No es algo que me sorprenda.

—Ha estado soñando con él las dos últimas semanas.

—Beth, todos nosotros hemos estado pensando en Gregory y en Tristan durante las dos últimas semanas —señaló Ivy.

—Yo he leído los mensajes —intervino Will—. Suzanne no recuerda los sueños. Sólo sabe que habla con Gregory.

—Pero son sólo sueños —replicó Ivy—. Está reviviendo escenas del pasado.

Will apretó los puños con impaciencia.

—He dicho que no recuerda los sueños. Pero tiene la impresión de que la está acosando.

Ivy los miró alternativamente a uno y a otro. La frente de Will estaba perlada de sudor. Los dedos de Beth apretaban con tanta fuerza su amatista que se le habían quedado blancos por la falta de circulación.

—Tenía que suceder tarde o temprano —razonó Ivy—. Cuando Gregory murió y la verdad salió a la luz, Suzanne lo afrontó «estupendamente», como decía todo el mundo. Pero no es posible que alguien le haga frente a una situación de ese tipo «estupendamente». Es una pesadilla y provocará pesadillas, y sólo se puede superar pasando por ese proceso. No hay atajo hacia la curación. Y Suzanne está pasando ahora por ese proceso.

—No. Gregory ha vuelto —insistió Beth, bajando dos escalones en dirección a Ivy. Posó una mano fría sobre su brazo—. Ivy, casi perdiste la vida hace dos

semanas... en un accidente de coche, justo como el que Gregory causó el año pasado. ¿Qué tiene que suceder para que me creas?

Ivy liberó su brazo y se escabulló a través del hueco que quedaba entre sus amigos.

—Te estás dejando llevar por la imaginación, Beth. Will y tú habéis tomado una decisión, y ni siquiera os estáis molestando en escucharme.

—Yo estoy escuchando —le gritó Beth volviéndose hacia ella—. Y oigo cosas que tú no puedes oír.

Estar peleada con sus dos mejores amigos le causaba una impresión extraña. Estaba preocupada por Beth, pero no tenía sentido discutir con Will, al menos ahora que él estaba convencido de que era Ivy quien se estaba pasando de rosca.

Al final de aquella tarde, tras haber planeado acudir con Guy a un festival de verano, Ivy subió al piso de arriba para buscar algo especial que ponerse. Halló a Beth recorriendo a grandes pasos el dormitorio con el teléfono móvil pegado al oído.

—No, estoy ocupada —le respondía Beth a su interlocutor—. Ya he hecho planes para esta noche. —Tras escuchar unos instantes, Beth frunció el entrecejo—. Yo nunca dije eso, Chase... No, no puedes venir conmigo.

Al ver a Ivy, Beth le dio la espalda y se encorvó sobre el teléfono.

Ivy la observó un momento a través del espejo y prosiguió el camino hacia su cómoda.

—Lo siento, tengo que irme —dijo Beth, y colgó.

Ivy miró hacia atrás por encima de su hombro. Una semana antes se habría sentado en la cama, le habría dado una palmadita al colchón y le habría preguntado a su amiga: «¿Qué tal va todo?». Ahora observó en silencio a Beth, quien le frunció el ceño a la imagen de Ivy que se reflejaba en el espejo, meneó los hombros como si hubiera tocado algo desagradable y se encaminó al piso inferior.

—¡El Festival de las Fresas! —exclamó Ivy varias horas después, deslizándose feliz su mano en la de Guy y contemplando una pancarta extendida entre dos viejos camiones de bomberos.

El carnaval anual que, a lo largo de toda una semana, recaudaba fondos para los cuarteles de bomberos del cabo era un colorista revoltijo de casetas y atracciones que se desarrollaba bajo un entramado de luces.

—¿Por dónde quieres empezar? —inquirió Ivy.

—Por los juegos —respondió Guy, dirigiéndole una sonrisa—. Esta noche me siento afortunado. ¿Qué te parecería una partida de dardos? Por aquí.

El puesto, a cuyo cuidado se encontraba una mujer tocada con un casco de bombero, estaba adornado con hileras de globos rojos, blancos y azules. Guy apostó dos dólares.

—Aquí tienes los *dajdos* —dijo la mujer, con un fuerte acento de Massachusetts—. Buena suerte.

Guy cogió un dardo y le dio varias vueltas entre sus manos, examinándolo.

—No recuerdo... ¿Cómo va? —le preguntó a Ivy, y al ver su reacción se echó a reír—. Estoy bromeando. —Levantó el brazo, apuntó y lanzó. ¡Pop!

—¡Uno! —exclamó la mujer.

Lanzó el segundo dardo y falló.

—Uno de dos.

Guy apretó la mandíbula y lanzó dos dardos seguidos. ¡Pop! ¡Pop!

—Tres de cuatro —anunció la mujer.

Guy lanzó el último dardo. ¡Pop!

—¡Cuatro de cinco! Elija un premio, ¡de cualquier fila, señor!

Guy se dio la vuelta hacia Ivy.

—¿Cuál te gustaría?

—Elige tú —respondió Ivy, llena de curiosidad por ver qué iba a elegir.

Guy estudió el arco iris de animales de peluche.

—Fila superior, el tercero por la izquierda.

La mujer le tendió un caballo de peluche de color blanco y con alas.

—O es un ángel, o un Pegaso —le dijo Guy a Ivy mientras le ponía el juguete en las manos.

—Un Pegaso —repitió ella—. Sabes mitología.

Guy le dirigió una sonrisa torcida.

—Otra prueba más de que soy un chico con clase.

—¡Siempre lo he sabido! Gracias —repuso Ivy, poniéndose el peluche bajo el brazo—. *Peg* es un encanto.

Se acercaron a otra caseta y se turnaron para intentar ensartar unos aros en unas botellas; luego se montaron en la noria, que subía y bajaba entre las luces parpadeantes de la feria.

—¿Qué prefieres? ¿Volver a subir o ir a cenar? —le preguntó Guy cuando se bajaron.

—Quiero un postre —contestó Ivy—. Y luego volver a subir. Y luego otro postre.

Él se echó a reír y caminaron abrazados, siguiendo las indicaciones hacia los puestos de comida. Por el camino se toparon con Max, que le hizo señas a Ivy para que se detuviera.

—¡Por aquí, Ivy! —la llamó. Beth y él estaban sentados en un banco cerca de los autos de choque.

—¿Quiénes son? —inquirió Guy.

—Max. Y Beth.

—¿Está Will aquí esta noche? —La voz de Guy denotaba un matiz de inquietud.

—Creo que han venido todos juntos —respondió ella, y observó que Guy miraba a su alrededor con cautela—. ¿Por qué no te pones en la fila en el puesto de hamburguesas mientras yo los saludo? —sugirió la chica.

Se unió a Max y a Beth, y se apretujó con ellos en el banco.

—Hola, ¿dónde están los demás?

Max se lo indicó.

—En los autos de choque. Beth no quería montarse. Y yo sé que Bryan y Kelsey se lanzan como locos contra los coches, de modo que tampoco me apetecía.

Ivy sonrió y se levantó un momento para mirar. Los autos de choque eran de los antiguos, con altos mástiles terminados en lenguas semejantes a serpientes que lamían un techo de metal al tiempo que echaban chispas. Will y Dhanya avanzaban sin problemas sobre el suelo pulido; Bryan, Kelsey y alguna otra persona hacían girar sus coches como posesos y provocaban múltiples colisiones.

—¿Ése es Chase? —preguntó Ivy, sorprendida.

—Sí —respondió Max, al no hacerlo Beth.

—El olor —murmuró Beth—. Ivy, ese terrible olor.

—¿Como a pelo quemado? —inquirió Max—. Los autos de choque siempre huelen así.

Ivy se sentó.

—No creí que Chase fuera a venir esta noche.

—Ni nosotros tampoco —repuso Max—. Estaba esperando en el aparcamiento y nos ha seguido hasta aquí.

—Ten cuidado —le advirtió Beth—. Es peligroso.

Ivy frunció el ceño. ¿Era de Chase de quien tenía miedo Beth?

—Es eléctrico, pero es seguro —dijo Max.

Beth sacudió la cabeza y retorció la cadena de su colgante.

Ivy se dio cuenta de que Max y Beth estaban manteniendo conversaciones distintas, sin que ninguno de los dos se diera cuenta de que el otro no comprendía.

Los coches se detuvieron, y Kelsey, Bryan y Chase siguieron empujándose y riendo con gran escándalo mientras bajaban por la rampa de la salida.

—¡Hola, Ivy! Deberías haber venido con nosotros. Guy y tú —dijo Kelsey, y se detuvo a mirar a su alrededor—. ¿Dónde está el Hombre Misterioso?

—Ha ido a por algo de comer —contestó Ivy, señalando por encima del hombro en dirección al puesto de hamburguesas.

—El Hombre Misterioso —repitió Bryan—. ¿Te refieres a nuestro agradable amnésico local?

—¿Dónde? —quiso saber Chase, con los ojos grises brillantes de curiosidad.

—Ese chico tan extraordinariamente guapo, el tercero de la fila —les aclaró Kelsey.

Bryan, Max y Chase estiraron el cuello para observarle. Al ver que Will tenía los ojos entornados, Ivy se volvió a su vez a mirar.

Guy estaba hablando con una chica de cabello oscuro; el muchacho agitaba la

cabeza y gesticulaba con energía, como si quisiera dejar algo bien claro. Se alejó de la muchacha, pero al cabo de un instante, después de que ella hubo dicho algo a sus espaldas, regresó y continuó la conversación, más acaloradamente que antes.

—Perdonad —dijo Ivy, y se dirigió hacia ellos.

—¡Van a agarrarse del moño! —anunció Kelsey, esperanzada.

Antes de que Ivy llegase hasta Guy, la chica se marchó. Iba rebuscando en su bolso e Ivy oyó un fragmento del tono de llamada de su teléfono. La chica se puso el móvil en la oreja y volvió a mirar a Guy. Ivy apenas si captó el sonido de su voz suave mientras se alejaba a toda prisa.

—¿Ha dicho «Adiós, Luke»? —inquirió Ivy.

Guy se volvió en redondo.

—¿Qué?

—Me ha parecido que te llamaba Luke —respondió Ivy.

—No —replicó él, pero no la miró a los ojos.

—¿La conoces, Guy?

—No la había visto en mi vida. Quería saber cómo llegar a un sitio.

Si eso era cierto, Guy se había irritado mucho sólo por tener que dar unas indicaciones.

—¿Adónde?

Sus ojos lanzaban chispas.

—¿Es un interrogatorio?

Ladeando la cabeza, Ivy lo observó con atención.

—No.

—Lo siento —se disculpó Guy, con voz más suave—. No debería haber saltado así.

Tras un instante, Ivy asintió.

—Y yo no debería haberte presionado.

Guy apartó la mirada de ella, observando, nervioso, a su alrededor.

—Estoy realmente cansado, Ivy. ¿Te importaría llevarme a casa?

—¿No quieres comer nada?

—Tengo cosas en la nevera.

Ella cedió con un suspiro. Tal vez Luke fuera el nombre de la persona que había llamado a la chica por teléfono, pensó Ivy mientras caminaban en silencio hacia su coche. Aun así, sabía que algo había alterado a Guy y que estaba disimulando.

Cuando llegaron a Willow Pond, él no quiso que Ivy se quedara.

—Me voy directamente a la cama —le dijo, y se bajó con rapidez del Escarabajo.

Ivy abrió su puerta y, rodeando la mitad del coche, se acercó a Guy.

—¿Qué te parece si me quedo sentada junto al estanque y voy a verte dentro de un ratito para asegurarme de que estás bien?

—No.

La prontitud de su respuesta la hizo parpadear.

—Necesito dormir un poco, Ivy. Necesito... un poco de tiempo para mí, un poco de espacio.

Justo lo que ella le había pedido a Will. Se le hizo un nudo en la garganta.

—Mañana estaré mejor. No olvides darle de comer a *Pegaso* —añadió, con una sonrisa forzada.

—Llámame —le dijo ella.

Sin contestar, Guy le acarició la mejilla con el dorso de los dedos y se marchó.

Ivy recorría a grandes pasos el primer piso de la cabaña mientras reproducía mentalmente la escena que se había desarrollado en la feria entre Guy y la muchacha. Intentaba interpretarla: los gestos de Guy sugerían fuertes emociones, pero Ivy no sabía decir si lo que había visto era cólera, frustración o incredulidad.

Si la chica había afirmado conocerle, ¿por qué Guy no se lo había dicho a Ivy para que pudieran seguir las pistas que ahora tenía, fueran las que fuesen? Tal vez quisiera comprobar las cosas sin tenerla a ella mirando por encima de su hombro. Tal vez no le gustara lo que había sabido acerca de sí mismo; tal vez fuera algo terrible.

«No —se dijo Ivy—. Beth y Will te han envenenado la mente».

No obstante, una vez arraigada la sospecha no hubo forma de deshacerse de ella. Cada vez que cruzaba la cocina veía el ordenador portátil de Beth abierto sobre la mesa. ¿Era el deseo de ayudar o la incapacidad de confiar lo que la tentaba? No estaba segura, pero a las once y cuarto, mientras los demás seguían fuera, se sentó para consultar en Google el nombre «Luke».

«Luke», ¿y qué más? Ivy tamborileó los dedos sobre la mesa. «Luke» y «persona desaparecida», tecleó, y a continuación se rió de sí misma. Sólo 51.800 resultados. Probó con «Luke», «persona desaparecida» y «Massachusetts». 8.310 resultados. Al echarles un vistazo, halló entradas correspondientes a hospitales llamados Saint Luke y a personas llamadas Luke que no eran de Massachusetts pero tenían un pariente en ese estado o habían pasado por allí. Podía eliminar de la búsqueda «Saint» y «hospital», pero ¿tenía realmente sentido acotar su búsqueda a Massachusetts? «¿Por qué no Rhode Island o cualquier otro estado?», pensó. El cabo Cod estaba plagado de visitantes. La muchacha de la feria podría haber sido una turista.

Quizá si buscaba la fecha... Pero ¿cuándo había desaparecido Guy? ¿El día que lo habían abandonado en la playa dándolo por muerto? ¿O cabía la posibilidad de que desapareciera antes? Los artículos y anuncios siempre mencionaban la edad, pero Ivy no sabía con exactitud cuántos años tenía Guy.

Siguió buscando, haciendo clic en multitud de entradas, leyendo descripción tras descripción de personas que se habían desvanecido en el aire. No había pensado que

hubiera tantas. ¿Les habría sucedido tal vez algo terrible?, se preguntó, ¿o habían «huido» y mentido para comenzar una nueva vida? Absorta en lo que estaba leyendo, no oyó los pasos. No advirtió la presencia de Will hasta que éste se apoyó en el respaldo de su silla.

—¿Qué estás haciendo, Ivy?

Ella cerró de golpe la tapa del ordenador y dio media vuelta precipitadamente.

—¡Will! Me has asustado —dijo, sin encontrar una excusa mejor para la reacción tan exagerada que había tenido.

Will se mantuvo imperturbable.

—¿Quién es Luke?

Cuando el chico alargó el brazo para abrir la tapa del ordenador, Ivy puso la mano encima para impedirse.

—No lo sé.

—¿Es así como se llama Guy en realidad?

—Si lo fuera —respondió ella—, estoy segura de que, a estas alturas, tú ya lo habrías descubierto con tu meticulosa investigación.

Will hizo una mueca.

—Yo no soy tu enemigo, Ivy.

—¿Y crees que Guy sí lo es?

Él cruzó los brazos sobre el pecho.

—Creo que no percibes la diferencia entre un chico que te quiere y un chico que te está utilizando.

Ivy sintió que se le acaloraban las mejillas.

—¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí ahora mismo!

Antes de que Will pudiera dar un portazo tras de sí, Ivy cerró la sesión y apagó el ordenador. Deseaba con todas sus fuerzas poder sofocar el miedo que poco a poco iba invadiendo su mente.

El martes por la mañana, en cuanto despertó, Ivy comprobó si tenía alguna llamada en el móvil, pero Guy no había telefonado. Le costaba trabajo no llamarle, pero él le había dicho que quería espacio, de modo que se obligó a sí misma a tener paciencia.

A última hora de la tarde, como no podía soportar el silencio del teléfono, cogió el coche y se desplazó hasta Saint Peter para practicar sus ejercicios de piano, esperando distraer sus pensamientos con Chopin, Schubert y Beethoven.

A las seis y media fue a por un bocadillo a un café próximo a la iglesia y luego volvió para seguir practicando.

«¿Y si le ha pasado algo?», pensó, y estuvo a punto de utilizar esta idea como excusa para llamarle. Pero sabía que Kip tenía su número de teléfono para avisarla «en caso de emergencia» y que se habría puesto en contacto con ella si hubiera algún problema. A las ocho y veinte regresó a casa, con el teléfono en el asiento del copiloto para poder contestar en seguida.

Cuando llegó al hotel Seabright, Ivy advirtió que ni el coche de Will ni el de Kelsey estaban allí. No había luz en ninguna ventana y dentro todo era silencio. Ivy caminó sin hacer ruido, reacia a perturbar la penumbra de la vivienda. En la cocina sólo lucía una lamparilla que iluminaba una nota de la tía Cindy en la que informaba de que aquella noche no estaría en casa.

Con la esperanza de quitarse a Guy de la cabeza, se dirigió al piso superior a por su libro de misterio. A mitad de camino se detuvo. La luz de una vela temblaba contra el techo del dormitorio. Subió de puntillas el resto de la escalera y contempló asombrada a Beth, que estaba sentada en el suelo junto a la cama de Dhanya. Sus cinco sentidos estaban puestos en el tablero de ouija. Por encima del círculo de velas de té, el perfil de Beth tenía una blancura espectral, y sus mejillas estaban teñidas de rojo.

No dio muestras de haberse percatado de la presencia de Ivy. Apoyando el dedo en la tablilla, cantaba suavemente con los ojos cerrados. Ivy inclinó el cuerpo hacia adelante, esforzándose por oír las palabras.

«Respóndeme, respóndeme, dame una respuesta», murmuraba Beth.

Pasaron unos segundos. Las manos, los hombros y la cabeza de Beth estaban inmóviles. El único movimiento perceptible era el de sus ojos, a pesar de que sus pálidos párpados estaban cerrados. Igual que cuando una persona está soñando, sus globos oculares se movían velozmente tras los párpados y contemplaban cosas que Ivy no podía ver.

«Respóndeme, respóndeme, dame una respuesta».

La tablilla comenzó a moverse, al principio de modo errático.

«¡Respóndeme, respóndeme!», salmodió Beth, con voz más insistente.

La pieza triangular recorrió el tablero describiendo un lento movimiento circular en sentido contrario al de las agujas del reloj. Ivy contó seis círculos. Luego, otros seis. Y, de nuevo, otros seis.

«Respóndeme, respóndeme, dame una respuesta. ¿Eres tú?».

La tablilla se movió hacia la letra G.

Ivy contuvo el aliento. ¿Guy o Gregory?

El señalador de plástico se deslizó lateralmente y hacia abajo en dirección a la letra R.

Ivy siguió observando, con los nervios a flor de piel.

«E... G... O... R... Y...».

—Gregory —articuló Ivy.

«E... S... T... Á...».

—Está —repitió en voz baja, pero Beth, profundamente sumida en trance, no la oyó.

«A...».

—¡Para! —gritó Ivy.

«Q...».

—¡Para, Beth!

«U...».

—¡Para ya!

Antes de que la tablilla tocara la I final, Ivy se agachó, la empujó hacia «ADIÓS» y la lanzó fuera del tablero.

La cabeza de Beth cayó bruscamente hacia atrás como si Ivy le hubiera dado un bofetón.

—Beth, ¿qué estás haciendo? —inquirió Ivy—. No me puedo creer que intentaras...

—Él está aquí —dijo Beth con voz ausente—. Ahora nada lo detendrá.

Un fuerte golpe hizo que Ivy diera un respingo. Miró en dirección a la escalera, había alguien en la puerta de la cabaña. Beth se inclinó y apagó las velas soplándolas una a una, sin prisa. Antes de que apagara la última, Ivy corrió escaleras abajo. Respiró hondo y abrió la puerta principal.

—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó.

—Ivy, ¿estás bien? —preguntó Guy, y entró rápidamente en la casa—. Estás temblando. ¿Qué pasa?

—Sólo estoy... asustada.

Estaba demasiado oscuro para verle los ojos, pero Ivy notaba que Guy la estaba escrutando.

—¿Asustada de mí? —inquirió.

Ella emitió una risa vacilante.

—No. Beth... —¿Cómo podía explicarlo?—. Es una larga historia —dijo.

—Entonces, vamos a dar un largo paseo —repuso él.

—Lo que más me gusta cuando estoy en la playa es que la mitad del mundo es el cielo —le dijo Ivy a Guy en lo alto de la escalera que bajaba al acantilado.

—La mitad del mundo son las estrellas —replicó el muchacho.

Ivy se volvió hacia él. «Tristan —pensó—, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas de haberme besado en una catedral de estrellas?».

Guy echó la cabeza hacia atrás y se puso a contemplar el firmamento.

—Las estrellas brillan muchísimo cuando estás lejos de las luces de la ciudad. Parece que estén más cerca.

—Lo bastante cerca como para tocarlas —corroboró Ivy.

—Ahí está Orión, el cazador —señaló Guy—. Reconozco su espada.

Bajaron juntos los escalones, se quitaron los zapatos y tomaron el camino que discurría entre las dunas.

—¿Quieres pasear por la orilla? —le preguntó Guy—. Ahora que sé flotar —añadió con una sonrisa—, ya no tengo miedo de ahogarme en un palmo de agua.

Ivy cogió a Guy de la mano y se encaminaron hacia el agua. La marea estaba bajando y había dejado atrás un alijo de conchas y piedrecitas plateadas. Cuando hubieron recorrido cierta distancia, Ivy se dio la vuelta para mirar las huellas de sus pies. Las de él se encontraban junto a las de ella; Guy se había adaptado al paso de la muchacha. El chico se volvió a su vez, sonrió y la rodeó con el brazo mientras seguían paseando.

—Bueno, dime qué ha sido lo que te ha asustado —dijo Guy—. ¿Algo acerca de Beth?

Ivy asintió.

—Beth es médium.

Guy aminoró el paso.

—¿Sí?

—Sí, tiene un verdadero don. Pero es también una pesadilla. Lo que ve, lo que siente, muchas veces le da miedo.

—Dijiste que el año pasado te había ayudado. ¿Fue ella quien descubrió que Gregory era el asesino?

—Lo descubrió en gran parte.

—¿Qué ha visto Beth esta noche? —preguntó Guy.

Ivy se encogió de hombros y eludió su pregunta.

—No tiene importancia. He exagerado. A veces, me parece que Beth mezcla lo

que ve y lo que imagina. Tiene una imaginación muy fértil.

Con una mano, Guy volvió el rostro de Ivy hacia él y la miró fijamente.

—Creo que sí tiene importancia, porque te ha alterado. Pero ya me lo contarás cuando te parezca oportuno. —Entonces dejó caer el brazo que rodeaba el hombro de la chica y exclamó—: ¡Mira esto!

Corrió disparado hacia el agua, se sumergió en ella hasta los muslos y, volviéndose para sonreírle, dejó que una ola embistiera contra él y continuara su camino hasta la orilla.

—¿No estás impresionada? Anda, dime que estás impresionada.

—Mucho.

Ivy corrió hacia él levantando salpicaduras de espuma con los pies. Se tomaron de las manos, cara a cara, mientras las olas se precipitaban contra ellos una tras otra. Cada vez que una ola se retiraba, Ivy sentía que Guy le agarraba la mano más fuerte.

—No te gusta la resaca.

—Me da más miedo que cuando rompe la ola —admitió él—. Parece como si el océano quisiera arrastrarme a la oscuridad.

—Yo no dejaré que el océano te lleve —repuso Ivy—. Nada conseguirá que te suelte.

—¿Cómo he llegado a tener tanta suerte? Debo de haber hecho algo realmente bueno en la vida.

—Hiciste muchas cosas buenas.

Él soltó una carcajada.

—¡De verdad, lo sé! —insistió Ivy.

Aún riendo, Guy se llevó la mano izquierda de ella a los labios y la besó en los nudillos.

—Y yo creo en algo que está muy por encima de la suerte —añadió.

—Tus ángeles —aventuró él—. Casi me has convertido en un creyente... Casi —dijo.

Volvieron a la orilla y, siguiendo sus propias huellas, regresaron al camino que cruzaba las dunas. A mitad del tramo de peldaños de madera, en el descansillo donde se hallaban los bancos, Guy agarró a Ivy del codo.

—¿Podríamos detenernos? Quiero echar un vistazo —dijo.

Juntos, contemplaron el mar y el cielo, una eternidad de negro y plata.

—Me siento como si estuviéramos flotando en medio del aire —manifestó.

—A medio camino entre el cielo y la tierra —añadió Ivy.

Guy se volvió hacia ella. Tomando su cara con ambas manos, la elevó hacia él y se inclinó para besarla en la parte inferior del cuello, en el tierno hueco que formaba su clavícula. Su boca ascendió hasta la garganta de ella, oprimiéndola con suavidad.

—Te quiero, Ivy.

Ella apoyó su cuerpo contra él.

—Y yo a ti. —«Siempre te he querido», dijo en silencio.

—Creí que había perdido todo lo que una persona puede perder —declaró Guy—. Y me dije que las cosas no podían ir peor: sin identidad, no me quedaba nada que perder. Me equivocaba. Ahora me aterroriza perderte a ti. Si te pierdo, Ivy...

—¡Calla! —Le dio un golpecito en la mejilla con la mano.

—Preferiría haberme ahogado a perderte.

—No vas a perderme.

Él sacudió la cabeza.

—Pero si algo se interpusiera entre nosotros...

—Nada puede interponerse entre nosotros —replicó ella—. Te lo prometo, nada en el cielo ni en la tierra puede hacerlo.

Dieron media vuelta para subir el resto de los escalones, despacio, caminando abrazados. No había necesidad de hablar, ni tampoco deseo de hacerlo. Ivy no quería pensar ni en lo sucedido en el pasado ni en lo que le deparaba el futuro. Tristan había vuelto a su lado. Lo único que quería era vivir el presente. Todo lo que siempre había deseado estaba allí en ese momento.

—¿Luke McKenna?

Sobresaltada por aquella voz profunda, Ivy levantó los ojos y vio, con sorpresa, a dos agentes de policía. La cabeza de Guy giró rápidamente y su brazo la soltó.

—Estás bajo arresto —le dijo el hombre—. Tienes derecho a guardar...

Guy salió disparado y corrió hacia los árboles. Los agentes dieron media vuelta con las linternas encendidas, pero él se escabulló entre los pinos y se perdió en la oscuridad. El agente más joven, una mujer, salió en su persecución. El hombre, de constitución robusta, se quedó con Ivy y, con los brazos cruzados, no le quitó ojo de encima.

A Ivy la cabeza le daba vueltas. «Luke —pensaba—. Se llama Luke». Y él lo sabía. Había reaccionado sin titubear cuando el agente pronunció su nombre. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Desde la feria? ¿Desde antes?

El oficial de policía se volvió e Ivy siguió su mirada. Will se hallaba a medio camino entre la cabaña y el granero.

—¿Eres consciente del peligro que has corrido? —le preguntó el hombre a Ivy—. ¿Te das cuenta de lo que ha hecho Luke McKenna?

Ivy miró al oficial y no dijo nada. Una brisa fría llegó desde el océano y la dejó helada.

—Ha sido una suerte para ti que tu amigo nos alertara —prosiguió el agente.

Ivy miró en dirección a Will y luego clavó sus ojos en la cara del oficial.

—¿De qué se acusa a Guy... a Luke?

La gruesa barbilla y los rollizos carrillos del hombre descansaban sobre el cuello

de su uniforme. La estaba analizando, como si pensara que tal vez estuviera fingiendo ignorancia.

—¿No tienes ni idea?

—No —contestó ella, mirándolo directamente a los ojos.

—Asesinato.

Ivy se dobló como si le hubieran dado un puñetazo en las entrañas. Apenas si pudo caminar hasta la puerta de la cabaña y, cuando por fin llegó hasta ella, se derrumbó en el escalón de la entrada.

Unos minutos después, la mujer regresó, sin aliento.

—No he podido darle alcance —informó entre jadeos—. Está en buena forma y conoce la zona mejor que yo. Por supuesto, habría necesitado un poco de apoyo.

El oficial de mayor edad replicó:

—No le he oído arrancar la moto. Y sabemos dónde vive. Le atraparemos. — Luego señaló a Ivy con la cabeza—. Quiero que la lleves a comisaría y le tomes declaración. No parece saber nada.

—¿Cuántos años tienes? —inquirió la mujer.

—Dieciocho —respondió Ivy, pensando que al menos no se pondrían en contacto con su madre.

—No vamos a acusarte de nada, sólo queremos hacerte algunas preguntas. Aun así, tienes derecho a que tu abogado esté presente.

—No necesito un abogado.

—¿Quieres que tu amigo te acompañe? —sugirió la mujer, señalando a Will, que se estaba acercando a ellas.

«Will al rescate —pensó Ivy—. Will al rescate una vez más».

—Gracias. Prefiero ir sola.

Will se detuvo en seco.

—Muy bien, el coche está en el aparcamiento.

El oficial de mayor edad permaneció en el hotel, esperando a que fueran a recoger la motocicleta. Ivy siguió al coche de policía en su Escarabajo. Una vez en la pequeña comisaría, la llevaron a una habitación que hedía a café quemado y a la mantequilla artificial de las palomitas de maíz para microondas.

—¿Quieres que te traiga algo? ¿Agua, café, té? —le preguntó la agente, sirviéndose una taza de café turbio y disolviendo en él unos grumos secos de leche en polvo.

Ivy hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Me llamo Donovan —la informó la policía, sentándose a una mesa frente a Ivy—. Rosemary Donovan. —Le tendió una tarjeta con su nombre, número de placa y número de teléfono, y abrió una carpeta—. Tengo algunas preguntas para ti.

Despacio, con mucho esfuerzo, Ivy las contestó todas. Cómo y cuándo había conocido a Luke, cómo había abandonado él el hospital, y qué le había contado sobre

su pasado: nada. La última pregunta fue la más difícil para ella: ¿qué había observado en él mientras estaban juntos? Ivy se quedó mirando los círculos de café impresos en la mesa que las separaba.

¿Qué podía decir? ¿Que se había fijado en lo amable que había sido con un gato callejero? ¿Que cuando Guy —Luke— la había besado la ternura con que lo hizo casi la había hecho llorar? ¿Cómo podía alguien que se había mostrado tan cariñoso ser un asesino? ¿Cómo podía haber actuado de forma tan convincente?

«Gregory está aquí».

Recordando el mensaje del tablero de la ouija, Ivy se quedó helada. Gregory había vuelto, tal como decía Beth. Y Lacey tenía razón: colándose en la mente de Guy, Gregory podía persuadir, tentar con facilidad.

Tras un largo silencio, Donovan preguntó:

—¿Estás enamorada de Luke?

Ivy se sintió mareada. ¿Cómo podía haberse enamorado de un corazón poseído por Gregory? Dejó caer la cabeza entre las manos.

—¿Hay alguna cosa que quieras decirme? —le preguntó la agente con voz queda.

—No.

—Tal vez quieras hacerme algunas preguntas —sugirió la mujer.

Ivy levantó la vista.

—¿Quién resultó muerto? ¿Por qué piensan que... —titubeó e hizo un decidido esfuerzo por utilizar su verdadero nombre— que fue Luke quien lo hizo? ¿Cómo sabía Will que a Luke lo buscaban por asesinato?

—¿Will O’Leary? —Donovan consultó el expediente—. Se puso en contacto con el hospital de Hyannis y les habló de un paciente que se había ido sin pagar. O’Leary les dio el nombre de pila del paciente y el hospital llamó a la policía local, que informó a otros municipios. Se cotejaron las informaciones y nos dimos cuenta de que estábamos investigando a alguien en cuyo historial había algo más que unas facturas médicas sin pagar. En cuanto a la víctima... —Le tendió una fotografía.

Ivy contempló a una chica de cabello y ojos oscuros, unos ojos con una chispa de malicia.

—Se llamaba Corinne Santori.

—¿Cuántos años tenía? —inquirió Ivy.

—Diecinueve. Era una antigua novia de Luke. Un amigo dijo que habían estado prometidos en secreto. Ella rompió el compromiso y él se enfureció.

—¿Cómo... lo hizo?

—La estranguló.

Ivy cerró los ojos, recordando la ternura con que Guy le había besado el cuello cuando estaban en el descansillo de la escalera, a medio camino entre el cielo y la tierra.

—¿Estás bien? —le preguntó la mujer.

—Sí. —Ivy respiró hondo y, a continuación, describió a la chica que había visto en la feria. No ocultó que Guy le había negado que la muchacha lo hubiera llamado Luke.

«Mintió, negó y fingió que yo le importaba —pensó Ivy—. ¿Cómo no me daría cuenta de la presencia de Gregory en Guy?».

Cuando hubieron terminado, la oficial de policía se ofreció a acompañarla de vuelta a la cabaña.

—Estoy bien —insistió Ivy.

—Entonces le diré a mi compañero que te espere.

Ivy asintió con la cabeza.

—Ten cuidado, Ivy. Ten muchísimo cuidado. No queremos otra chica muerta.

Cuando Ivy llegó al hotel, vio cómo un camión cargado con la moto de Guy salía del aparcamiento mientras el policía de mayor edad lo seguía en su coche. La tía Cindy no había regresado aún, pero Ivy sabía que tal vez algún huésped se habría fijado en el coche de policía y le preguntaría qué había sucedido. Fue a buscar bolígrafo y papel a la cocina y se los llevó afuera; quería escribir una nota que explicara lo que había pasado. Anotó los hechos fundamentales: se había enterado de que el nombre de Guy era Luke McKenna y de que la policía lo estaba buscando; cuando intentaron arrestarlo, Luke huyó; la policía la había interrogado, pero ella no sabía nada de la vida anterior del chico.

Ivy se sentía inquietantemente tranquila mientras escribía. Era como si su corazón y su mente se hubieran cerrado antes de poder asimilar por entero el horror de los actos cometidos por Guy. Estaba firmando la nota cuando oyó abrirse la puerta mosquitera de la cabaña.

Beth se encontraba en el umbral, mirando a Ivy.

—¿Cómo estás?

La voz de Beth tenía su dulzura habitual y la intensa coloración de sus mejillas había desaparecido. Si Ivy no hubiera presenciado aquella misma tarde la sesión de ouija, no habría adivinado lo que había sucedido.

—Bien —contestó ella, imaginando que Will le habría contado a Beth todos los detalles desagradables.

—¿Quieres que te deje sola?

—No. Me alegro de que estés aquí, Beth.

Cuando Ivy le mostró la nota, Beth posó su mano sobre la de ella.

—Lo siento. Lo siento muchísimo.

Eran unas palabras muy sencillas. Ivy sollozó. El dolor era tan tremendo que le parecía no poder respirar. Beth le puso con suavidad una mano en la espalda.

—¿Cómo pude estar tan ciega? —dijo Ivy, atragantándose con sus lágrimas—. Tú tenías razón, Beth. Tenías razón desde el principio. ¿Cómo pude imaginar que Guy era Tristan?

—Yo sí lo entiendo —repuso Beth—. Todavía echas de menos a Tristan. Aún estás curándote. Tu corazón deseaba tantísimo que fuera él que te convenciste a ti misma.

—Pero Will y tú me lo advertisteis. Y yo me negué a escucharos. Lo siento mucho. —Beth guardó silencio—. Últimamente me preguntaba: «¿Qué le pasa a Beth?». Pero era yo quien actuaba de un modo extraño. Y tú, tú veías que estaba

cometiendo los mismos errores de antes, que estaba confiando en la persona equivocada. —Ivy respiró hondo y soltó lentamente el aire—. Fue la noche de la sesión de espiritismo, ¿verdad? ¿Fue entonces cuando dejamos que Gregory regresara a nuestro mundo?

Beth asintió, y su cabello claro cayó hacia adelante, ocultándole la cara.

—El año pasado —dijo Ivy—, cuando Tristan volvió, le resultó fácil introducirse en la mente de Will. Will no era médium como tú, ni un creyente como Philip, pero Tristan logró acceder a él porque ambos pensaban de manera parecida. Del mismo modo —razonó—, a Gregory le resultaría fácil entrar en la mente de un asesino.

—Especialmente en alguien de su edad como Luke —replicó Beth.

Ivy se estremeció.

—Cuando estabas consultando la ouija, el señalador deletreó: «Gregory está aquí».

—Pensé que si podía establecer contacto con él... —comenzó Beth.

—Y cuando bajé y abrí la puerta —continuó Ivy—, allí estaba.

—Volverá —repuso Beth—. En algún momento, Luke volverá. —Aferró la mano de Ivy—. No te alejes de mí, Ivy. Ahora no. Tenemos que cuidar la una de la otra. Por favor, no te alejes.

Ivy rodeó a Beth con sus brazos.

—¡Nunca! Nunca más.

Ivy dejó la nota para la tía Cindy en la bandeja del correo. Una vez en la cabaña, miró hacia el granero. Aún se sentía demasiado dolida para acercarse a Will y comenzar a reparar la brecha que se había abierto entre ellos. Si algo había aprendido en el curso de las últimas semanas era que no quería a Will como había querido a Tristan, con todo su corazón y con toda su alma, como sí que había empezado a querer a Luke. No podía borrar esa certeza y fingir que lo amaba del mismo modo.

Cuando Ivy salió de la ducha, Beth se había acostado ya.

—¿Estás bien? —le preguntó Ivy.

—Sí, ¿y tú?

—Lo estaré —contestó Ivy con decisión.

—Mientras estemos juntas, todo irá bien —declaró Beth.

Ivy permaneció largo rato tumbada en la cama, despierta, mirando al techo de la cabaña. Beth se durmió en seguida, y Dhanya y Kelsey llegaron a casa una hora después. Ivy se quedó inmóvil hasta tener la seguridad de que todo el mundo dormía. Después, se levantó y bajó de puntillas la escalera. Cuando encendió la lámpara que había junto al sofá del salón, la recibió un suave maullido.

—¡Dusty! Deberías estar fuera protegiendo el jardín de ratones y topillos.

El gato rodó sobre su espalda para que le rascara la barriga, y luego saltó del sofá

y se dirigió hacia la puerta. Al abrirla para que saliera al exterior, Ivy observó el pestillo roto de la puerta mosquitera. En un lugar donde las puertas no solían cerrarse con llave, nadie había pensado en arreglarlo. Ivy se planteó por unos instantes cerrar la puerta principal y echar el cerrojo, pero al final la dejó abierta y se sentó en el sofá. Luke era un fugitivo de la ley y tendría la sensatez de no presentarse en un sitio donde conocían su identidad. En cuanto a Gregory, un cerrojo no lo detendría.

Ivy se puso a trabajar en el puzle y casi lo terminó antes de que la venciera la necesidad de dormir. Apagó la luz. Tumbada en el sofá, miró hacia el jardín a través de la puerta mosquitera, contemplando los claroscuros que componían la luz de la luna y la oscuridad.

Algo más tarde, despertó sobresaltada. Al ver la tela de rayas del sofá, al principio no supo dónde se encontraba ni qué la había despertado. La habitación estaba a oscuras, la casa tranquila.

De pronto, una mano le cubrió la boca.

«Luke», pensó, e intentó liberarse de la mano, dando puntapiés hacia atrás con las piernas, pero su atacante era fuerte, a juzgar por el escaso esfuerzo que le costó dominarla.

—¡Ivy, chiss! ¡Chiss! —dijo Luke.

Ivy se debatió con fuerza, moviendo la cabeza de un lado a otro, intentando morderle la mano para hacer que la retirara. «¡Tristan, ayúdame! ¡Por favor, Tristan!», rogó.

Luke mantuvo la espalda de ella firmemente sujeta contra su pecho, pero le descubrió la boca. Antes de que Ivy pudiera gritar, le puso ante los ojos un penique reluciente.

—Ivy, ya recuerdo —dijo con voz queda.

—¡Recuerdas! ¿Recuerdas qué? ¿Que mataste a Corinne?

Él le puso el penique en la palma de la mano.

—La primera vez que nos besamos, tú estabas buceando para coger un penique. Te vi flotando en el fondo de la piscina y creí que te habías ahogado. Me lancé al agua a por ti.

Por unos instantes, Ivy fue incapaz de hablar, incapaz de respirar.

Guy posó la palma de su mano sobre la de Ivy y entrelazó los dedos a su alrededor.

—Me llaman Luke, pero mi nombre... es Tristan.

El corazón de Ivy latía con tanta fuerza como la noche del accidente. Se dio la vuelta, dejando que el penique cayera al suelo. Él trazó suavemente sus facciones con el dedo, mientras su propio rostro resplandecía de fascinación al mirarla. La besó y descansó su cara contra la de ella. Ivy sentía las cálidas lágrimas de él deslizarse por sus mejillas.

—Tristan, pensé que eras tú, pero luego dejé de creer.

—¡No lo hagas! Si dejas de creer, sólo me quedará la oscuridad.

Ella lo abrazó con fuerza.

—Te quiero, Tristan. Te querré siempre.

—Siempre, Ivy —murmuró él, como aquella noche.

—No puedo dejarte marchar otra vez —terció ella, y sintió que él inspiraba profundamente.

—Ivy, algo va mal. No sé lo que pasó desde que me despedí de ti como Tristan hasta que recuperé el sentido como Guy... como Luke —se corrigió a sí mismo—, pero algo terrible está pasando. Lo percibo en lo más profundo de mi ser.

—¿Qué eres ahora? —inquirió Ivy—, ¿ángel o humano? ¿Es como antes, cuando me hablabas a través de Will y de Beth?

—No. —Se distanció unos centímetros de ella y extendió las manos—. Ahora el rostro de Luke es el mío, sus manos son las mías... y sólo mías. No sé dónde está el espíritu de Luke. Su mente y su alma no están en este cuerpo, y no sé nada de su vida aparte de lo que me cuentan los demás. Los fragmentos y pedazos que he ido recordando poco a poco son de mi vida como Tristan.

—¿Te acuerdas de Gregory? —le preguntó Ivy—. Aparte de lo que te contamos la otra noche, quiero decir.

—Recuerdo cómo era estar cara a cara con él. Recuerdo sus ojos grises. Unas veces eran fríos y distantes; otras, cuando lo pillabas desprevenido, ardían de rabia.

—Gregory ha vuelto.

—¿Ha vuelto? —repitió Tristan—. Ivy, si eso es cierto, estás en peligro.

—Esta misma tarde, Beth ha intentado ponerse en contacto con él a través de un tablero de ouija. La tablilla deletreó: «Gregory está aquí». Y cuando bajé la escalera... —Ivy se detuvo, al tiempo que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—Tú abriste la puerta y me viste —siguió él—. Después descubriste que me acusaban de asesinato, y creíste que Gregory habitaba en mí.

Ella asintió.

—¿Quién más había en la casa en aquel momento? —inquirió él.

Ivy no contestó.

—¿Quién más? Ivy...

Ella miró hacia atrás y, luego, al oír voces en el exterior de la cabaña, se volvió hacia la puerta mosquitera. Los rayos de luz de unas linternas barrían el jardín.

—La policía ha vuelto —dijo Ivy, agarrando a Tristan del brazo—. Supusieron que volverías. Te están buscando.

Se oyó la voz de la tía Cindy por encima de las demás.

—Esto es un hotel. Los clientes están durmiendo. No pueden entrar así en una

propiedad privada...

Tristan tomó a Ivy en sus brazos.

—No puedo dejarte con...

—Ellos sólo te conocen como Luke —lo interrumpió ella—. Creen que eres un asesino. Tienes que irte.

—¿Quién más, aparte de Beth, estaba aquí? —preguntó Tristan.

—Venga —le imploró Ivy, arrastrándolo hacia la puerta de la cocina—. Vete, Tristan. Por favor, ¡vete!

—Corres un enorme peligro, Ivy.

—Desde la cárcel no podrás ayudarme. ¡Vete!

Tristan atrajo el rostro de Ivy hacia él, la besó una última vez y se escabulló por la puerta.

Ivy sabía que, si los agentes la encontraban abajo, imaginarían que él había estado allí. Subió la escalera corriendo a toda prisa.

—Ángeles, protegedle. Ángeles, protegedme —rezó.

Entonces miró hacia la cama que había frente a la suya. Beth, su mejor amiga, dormía con la cara serena y pálida; su cabello castaño claro estaba extendido sobre la almohada como si de plumas se tratase. Tragando saliva con fuerza, Ivy se confesó a sí misma lo que no había sido capaz de decirle a Tristan en voz alta: la única persona que había en la casa cuando el tablero de la ouija había deletreado su aterrador mensaje era Beth.

Era en Beth, una médium natural, en quien Tristan había podido entrar con más facilidad el verano anterior, cuando intentaba establecer contacto con Ivy. Probablemente, la noche de la sesión de espiritismo Gregory había descubierto el mismo portal abierto en la mente de Beth. Ivy había atribuido los dolores de cabeza de su amiga al accidente, pero ahora, al recordar, se daba cuenta de que habían comenzado justo después de la sesión. Desde entonces, el comportamiento de Beth había sido cada vez más extraño. Ivy sabía lo que aquello significaba: a cada segundo, Gregory iba cobrando más fuerza en su interior.

—¡Ivy Lyons! —gritó la policía, tras llamar a la puerta de la cabaña.

La chica casi soltó una carcajada. Sus leyes y sus pistolas eran armas inútiles contra un demonio que sólo quería una cosa: a Ivy.

## **AGRADECIMIENTOS**

Gracias a mi marido, Bob, que siempre me escucha y me hace reír; a mi hermana, Liz, que exploró conmigo su tierra, el precioso cabo Cod; a Karen, que tan cómoda me hizo sentir en The Village Inn; y a Josh Bank, Lanie Davis y Emilia Rhodes, por toda su labor editorial.

# NOTAS

[1] John Doe suele utilizarse en la jerga jurídica estadounidense para hablar de un hombre cuya identidad ha de mantenerse en secreto. Su equivalente femenino es Jane Doe, mientras que, en el caso de los niños, es frecuente el uso de Baby Doe. Con el tiempo, la expresión empezó a utilizarse para nombrar a una persona de la que se desconoce el nombre, como sucede con los cadáveres sin identificar hasta el momento en que se certifica quiénes son. (*N. de la t.*) <<